

P.L.

232-~~1000~~ 1000



JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

PAISAJES Y COSAS DE CASTILLA



EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

1919

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

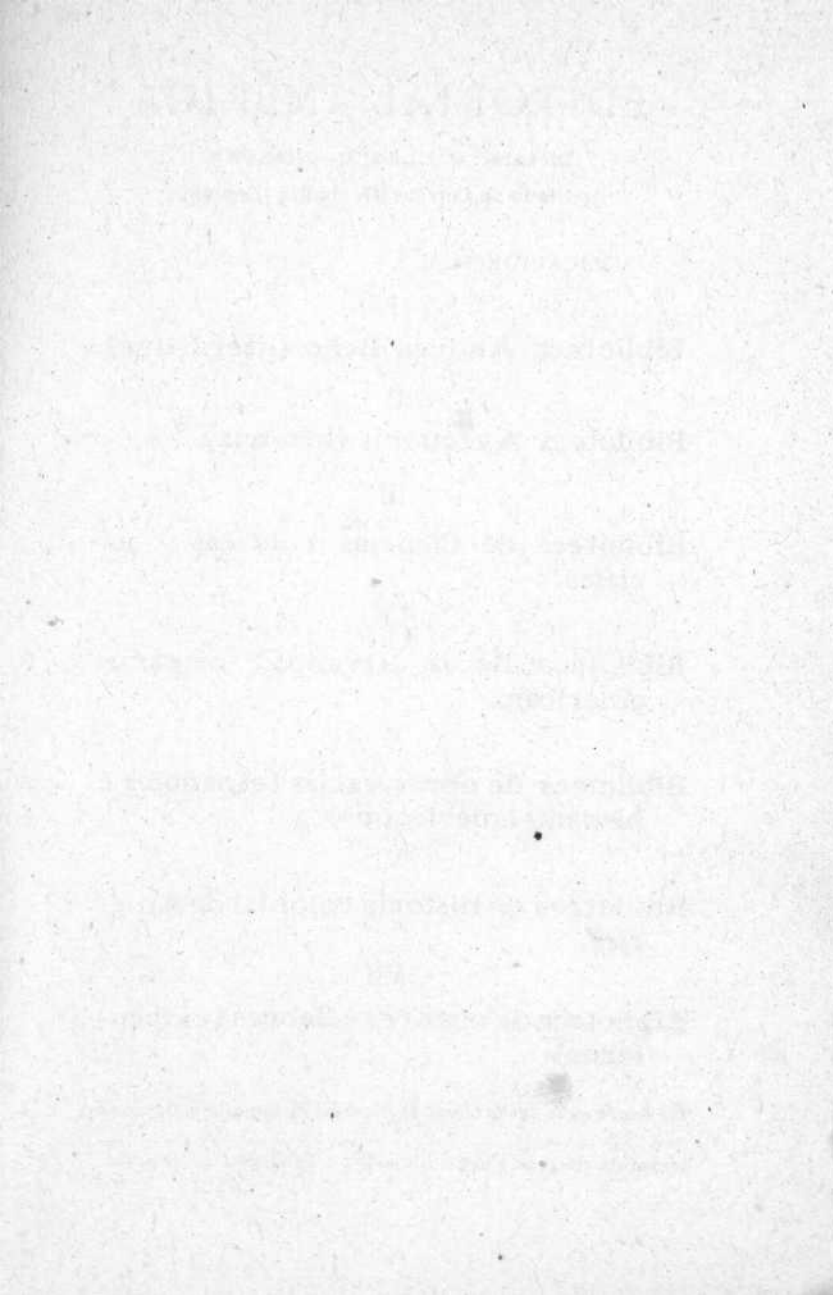
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

R. 32171

CATA 38.076

C.B. 1044261



EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

Apartado de Correos 117. Madrid (España).

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

PAISAJES Y COSAS DE CASTILLA

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

Tomos publicados últimamente:

- IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Frago, Cristobal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.
Precio: 3 pesetas.
- V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clio*.
Precio: 3,50 pesetas.
- VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana*.
Precio: 3,50 pesetas.
- VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire*. (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)
Precio: 4,50 pesetas.
- VIII.—F. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires*.
Precio: 3,50 pesetas.
- IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas*.
Precio 2,50 pesetas.
- X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron*.
Precio: 3 pesetas.
- XI.—R. CANSINOS-ASSENS: *Poetas y prosistas del novecientos*. (España y América.)
Precio: 4 pesetas.
- XII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Pequeña Ópera lírica.—Trovadores y Trovas*.
Precio: 3,50 pesetas.
- XIII.—RAFAEL LASSÓ DE LA VEGA: *El corazón iluminado y Otros poemas*.
Precio: 3,50 pesetas.
- XIV.—JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS: *Paisajes y cosas de Castilla*.
Precio: 3,50 pesetas.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

PAISAJES Y COSAS DE CASTILLA

EDITORIAL-AMÉRICA

MADRID

1919

—

CONCESSIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

A DON CLEMENTE DE VELASCO,
cariñosamente,

EL AUTOR

ADVERTENCIA

Publico, en este volumen, impresiones y apuntes de paisaje de nuestra España que guardan entre sí, á lo que se me figura, una estrecha é íntima trabazón espiritual.

La primera parte del presente volumen—Paisajes teresianos—está compuesta exclusivamente de sugerencias en torno á lugares frecuentados por Teresa de Jesús y que fueron su tumba. Alba de Tormes, su paisaje, su vega, su río, sus monasterios y torreones, son el fondo del escenario. En ellos he querido que resalte el espíritu llano y abierto de la Santa, su optimismo, su alegría, la juventud perenne de su espíritu.

En Paisajes leoneses he querido apuntar y señalar las diferencias, más reales que aparentes, que separan á los dos viejos reinos de León y de Castilla. Salamanca, León y Zamora participan, en su espíritu y en sus piedras, de la gracia gallega, de la sutileza astur, de la mansedumbre jusa y de la sequedad de la meseta. Estos cuatro

factores integran el sentido leonés dentro de la historia nacional.

Y en la última parte del libro—Andanzas y correrías—he puesto breves, rápidas notas é impresiones de viaje por algunas ciudades españolas. No he querido retocarlas adrede. Prefiero que conserven el sello de actualidad efímera y pasajera con que fueron compuestas.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS.

PAISAJES TERESIANOS

LAS CAMPANAS

De retorno del paseo, al volver á la villa por su parte más alta y pintoresca, la del castillo, comienzan á tañer las campanas. Las de las Madres anuncian la conclusión de un triduo, juguetonas, alegres, atropelladas; la hermana campanera debe ser pizpireta, nerviosa, ágil; debe tener el espíritu contento en la paz del claustro la hermana campanera.

Al tañer las campanas hay quien las imprime un sello personal, como á las teclas del piano, como á las cuerdas del violín, como á los colores de la paleta y como á las frases de un período literario. Y cuando concluyen de tañer las campanas carmelitanas, las de San Pedro, más ritualistas, más ágiles, preludian el *Ángelus*. Resbalan aquellas campanadas sobre el silencio de la vega, rasgándole. Anochece. Van perdiendo en el horizonte su brillo rojo unas nubes juguetonas. Tal vez el monaguillo, desde lo alto de la torre, perezosamente recostado, contempla el espectáculo de la llegada de la noche. Tornan

los bueyes lentamente de la dehesa comunal al amor de las terradas. Salen las mujeres lentamente de la iglesia. A lo lejos, sobre un promontorio rocoso, unos hombres microscópicos pasean en un jardín.

En una calleja estrecha, junto á un ventanuco, hablan de amor dos mozalbetes; en un balcón, cerca del río, una muchacha contempla los pinos absorta, distraída en una meditación interesante.

El chico observa vagamente cómo van perdiendo su nota amarillenta, pajiza, los campos; cómo van trocándose en manchas informes y negras, el torreón del homenaje, la aceña del puente, los macizos blancos de unos pilares. Y tornan á tañer las campanas una, dos, tres veces, y los tañidos saben á tristeza vaga, indefinible; á meditación que nos acecha en hora Perezosa; á recuerdo tenaz que se apodera de nosotros en un momento de descuido.

Las campanas son las notas personales, inconfundibles, de los pueblos. Estas campanas que ahora oímos, que nos suenan á cosa conocida, á paso familiar, á aldabonazo de la madre, las oyeron nuestros abuelos, los ascendientes de nuestros abuelos, durante cuatro, durante cinco siglos. Son muy viejas las campanas y no alteran su compás, su tañido de pena, su tañido de fiesta, por los accidentes que á nosotros, los humanos, nos conturban. La hermana campane-

ra toca como tocaban las monjitas desde que Teresa de Jesús fundara el Monasterio; el monago, para repicar con garbo, para tañer con solemnidad, se atiene á los cánones, á las reglas que le dieran otros monagos y otros campaneros.

Las campanas, noblemente, convierten en voz de fórmula, de rutina, los alborozos y los dolores de la pobre humanidad. Saludan á la aurora con la misma canción de todos los días; repican en las bodas con algazara festiva, con estruendo gozoso; en las secas, en las cortadas campanadas del agonizante envuelven de majestad el misterio. No cantan cosas triviales las campanas; nos saludan cuando venimos al mundo, cuando vamos á convertir en realidad ensueños que prendieran en una mujer, ó cuando los vamos á perder para siempre en un mar de amargura: nos despiden cuando nos vamos de la tierra.

El tañido de las campanas es eterno como el *ritornello* de una canción infantil. Cambiaremos de modas, de gustos; remozarán las calles de nuestro pueblo; veremos rostros nuevos, gentes que desaparecen, gentes que tornan, el oleaje incesante de la vida, siempre igual y siempre distinto; el tiempo, generosamente, irá borrando de nuestra vida de amarguras que creíamos eternas, alegrías que juzgábamos permanentes; asistiremos á la renovación de nuestros afectos; sentiremos cómo los años nos van convirtiendo

apenas en sombras de lo que queríamos ser; veremos cómo se truecan los caldeados sueños de nuestra adolescencia en otros sueños más plácidos y más tranquilos; viejos, sonreiremos para no llorar.

Y mientras todo cambia; mientras los años nos hacen ser tolerantes, buenos, generosos; mientras aprendemos que el juicio mejor es el que no se formula nunca; mientras vamos teniendo un leve desdén para los hombres inflexibles y sistemáticos que se convierten en jueces de los actos ajenos; mientras el tiempo nos iguala, alegrando á los tristes y rompiendo la dicha de los venturosos, no variará de son el campanero, ni de ritmo la canción infantil. Cantarán viejos romances los niños en las plazas solitarias á la caída de la tarde, los mismos romances que cantamos nosotros y que cantaron nuestros padres; seguirán tañendo las campanas del pueblo como tañían cincuenta, ciento, doscientos, quinientos años antes. Advertiremos cómo hay algo invariable, permanente, en la vida paradójica y tornadiza que amamos tanto. Los niños al cantar y las campanas al tañer unen la infancia con la vejez, el recuerdo con la esperanza, los tiempos que se fueron con los que no han llegado todavía.

Las campanas abren una interrogación en nuestras afirmaciones más rotundas y en nuestras más tenaces negaciones. Las campanas son

una promesa de liberación para el esclavo y una voz de recuerdo, de aviso fatal, para el que no vive nunca vida interior, envuelto en locos devaneos estériles. Como las olas del mar llevan al puerto más humilde emanaciones de otras playas, las campanas traen á nuestros días voces olvidadas de otras generaciones que parecían perdidas. Son el tiempo, la eternidad humana las campanas, el vigilante que no se duerme, la voz querida que nos habla desde lejos, la estrofa rota que hilvana en nuestra esperanza una canción, que nos recuerda algo misterioso, vago, impreciso: el contorno de un día dorado de niñez, las líneas de una remota esperanza que nos hace temblar de dicha en el silencio.

Amigo mío: ama las campanas que tañen y los niños que cantan. Te harán sentir por un momento algo inefable, de retorno de un paseo vulgar, cuando te ahoga la soledad de un ambiente que no sabe serte grato.

LAS RUINAS DE SAN LEONARDO

Tarde de Julio asfixiante, abrasadora. La vega mimosa de tonos delicados y femeninos, con el telón austero y grisáceo de los encinares en el fondo. La sierra de Béjar, al Sur, recortando con manchones zarcos el paisaje casto y limpio.

Tarde de Julio abrasadora. Pero en este momento se respira; un airecillo sutil refresca la cabeza, que dejamos al aire. ¡Mira enfrente de ti! Las aguas del Tormes están rizadas y parecen escamas argentinas. Llega hasta nosotros el ruido monótono de la molienda de la aceña del puente. El torreón del homenaje se espeja con deleite en el cristal del río. El puente tiene abierta un grieta á la entrada; á la salida, iniciando la calzada de Ciudad Rodrigo, se divisa la mota blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía. Se divisaba antes... Pero yo veo ahora este paisaje de mi pueblo con los ojos de la infancia, cuando todas las cosas desgranaban su poesía misteriosa á nuestro alrededor.

Tarde asfixiante. Otra vez se ha parado el

vientecillo sutil. Ya no ondean en los sembrados las opulentas espigas rubias; la canción del Tormes se oye mejor ahora, sin el viento. He aquí la vega, con toda su gracia mimosa y femenina. Unas cuestras: Otero. Un pueblecillo entre una nube de polvo allá arriba: Terradillos. Un manchón gris al SO.; el monte de Revilla, las ondulaciones de Torrejón. El pueblo, enfrente, durmiendo su modorrera estival, unas ruinas abajo, con un campanario hueco: San Leonardo.

¡Dulce vega de mi infancia! ¡Estás ahora tan hermosa, á prima tarde, como cuando yo paseaba por tu regazo mis sueños de niñez! Más hermosa todavía; que antes no te comprendía y ahora te comprendo. Cerrando los ojos, sé tus matices, tus encantos ocultos, ¡dulce hermosa vega de mi infancia!

Vamos á San Leonardo. En una cesta. Es una deliciosa excursión de ocho minutos. La dehesa del pueblo, á la derecha, lamida por el río; caballerías que pastan tranquilamente; un ambiente de calma augusta, de majestad. Y advierto que se ha formado una islilla nueva, casi á la vista de Torrejón; las aguas han buscado su cauce más sencillo, más suave. ¡Sabias aguas del Tormes que dais una lección de vida á los humanos! Y del otro lado, á la izquierda, la mole ingente y grietosa del castillo preside un paisaje amarillento, tostado por el sol, de espigas que se desploman al peso de su fruto. ¡Otra lección

de vida de las espigas, á los hombres que descansan sin merecer su sueño!

Pero ya estamos ante San Leonardo, ó como dicen mis paisanos, ante San Jerónimo. Franqueamos la puertecilla de un huerto. Unas ruinas de piedra á la derecha. Un árbol añoso y corpulento que nos ofrece su sombra grata para tumbarnos en el suelo. De nuevo, otra puertecilla. Alba aparece recortada, precisa, en el cielo cobalto. La torre de San Juan dijérase que se inclina ligeramente hacia el río; es de un efecto óptico muy bonito. Los arcos de una solanera descubren con vigor sus líneas; la ermita de Otero, allá arriba, pone una nota de dulzura al paisaje, que ha perdido sus tonos agrios para fundirse en un manchón azul, lo mismo que se funden los colores de Barcelona en una mancha rosa desde las cumbres del Tibidabo.

San Leonardo era... Oid lo que decía Ponz en su *Viaje de España*, publicado en el siglo XVIII. San Leonardo era «un edificio grande, con dos patios: uno antiguo y otro moderno; el primero, muy magnífico, adornado en la galería inferior de columnas y de veinticuatro arcos entre ellas, los cuales son cuarenta y ocho en la galería superior...»

Y sigue el buen Ponz describiendo sus impresiones. Hoy es muy poco. Y, sin embargo, mucho. Unas viñas, unos muros. Tres columnas caídas, como recuerdo del patio muy magnifi-

co. El esqueleto de la limpia iglesia gótica. El ingreso á la iglesia formado por un arco copial, bocelado elegantemente, adornado con follajes y agujas de crestería. Trozos de la gallarda y graciosa nave. Restos bellísimos de enterramientos.

El arco atrevidísimo del coro. Unos escudos con águilas imperiales de Carlos V; otro de los Alvarez de Toledo, á ambos lados de los muros de lo que fué altar mayor.

Y un patio. El patio nuevo que vió Ponz hace ciento treinta y tantos años, cuadrado, de dos cuerpos, de nueve arcos por lienzo, de granito los de abajo y de ladrillo los de arriba, con el escudo de un obispo y otros borrosos é indescifrables.

El sol cae como plomo derretido sobre nuestras cabezas. A la vera de la iglesia, en lo que fué patio muy magnífico, están trillando unos chiquillos de faz tostada. El verde brillante de los viñedos es una mancha que bordea el tono amarillo hasta Galiana. Oculto por unos negrillos se acurruca Navales. El tren pita á lo lejos, allá arriba, por el monte. El Tormes hace un recodo y esconde pudorosamente su hilillo plateado y curvo.

Me siento en el patio. Mis amigos curiosean. Fragmentos de mármol—racimos, follajes—tirados por el suelo, ahí en la iglesia. Yo hundo mis ojos en el paisaje, siempre igual y siempre dis-

tinto, siempre nuevo y siempre viejo para el que sepa verle. El tren ha llegado á la estación á traernos el afán diario, la idea nueva, la sensación aguda que nos hará vibrar después el espíritu. Acá vienen dos hombres á caballo, con su chambergo del país, jinetes en dos caballos cansinos, lacios y mal trotones. Siguen trillando los muchachos; ahora cantan entre las ruinas, que lo muerto se circunda de lo vivo y la misma muerte es una manifestación de vida.

¡Ruinas de San Leonardo, paisaje de la vega de mi pueblo; paisaje que daba harta recreación á los ojos serenos y puros de Teresa de Jesús! Desde esta tarde, os llevo ya conmigo. Siempre encuentro un poco peor estas ruinas; todos los días cargan los desaprensivos con las piedras más lindas; del patio viejo ya no queda un solo escudo; las columnas de granito yacen maltrechas por el suelo. Pero no me importa. Y que se lleven también el paisaje, si el paisaje no fuera tan eterno como las ansias del hombre. ¿Qué me importa?

Tarde calurosa del mes de Julio. Ni una nube en el cielo. La canción de quietud del Tormes que se ajusta en este momento con la paz de mi corazón.

¡Ruinas de San Leonardo, no me asustáis! Más eterno que la piedra es el espíritu, imagen de Dios que lo creara. ¡Paisaje de la vega, no me inquietas! Todas las almas siguen su cauce,

como las aguas del lecho de tu río. Y con paz, con fe, con dulzura, con amor, con esperanza, buscando el curso más suave, se hacen islas para vivir en ellas, y moradas, y castillos interiores, que nunca podrán hollar la vileza ni el egoísmo de los hombres.

EL ENCANTO DE LA VEGA

«Es de harta recreación mirar
la vega.»

TERESA DE JESÚS.

Esta tarde llega la Madre Teresa de Peñarandilla. Llenas de alborozo y de júbilo están en el convento de Santa Isabel, Sor Juana, la Madre Superiora; Sor María de la Luz, Maestra de Novicias, y Sor Clara, la dulce hermana tornera. Nuevas de la Madre Teresa demanda un paje de los señores Duques. El administrador de los Alvarez de Toledo, Francisco Velázquez, mora enfrente del Convento.

El paje penetra en el vestíbulo del convento franciscano; tira de un cordelillo; una esquila resuena retozona. Sor Clara replica muy dulcemente:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios! ¿Hay nuevas de la Madre Teresa?—pregunta el paje.

—Nuevas hay. Esperámosla hoy mesmo. ¿Vie-

ne de parte de la señora Duquesa vuesa merced?

—De parte de la Señora vengo. Ya sabe vuesa Reverencia—insinúa el lindo paje Juan García, de la familia de los Garcías, los hidalgos de la Casa de la Pizarra—los proyectos que tiene mi Señora la Duquesa.

—De ellos habló su prima Sor Juana—desliza Sor Clara, iniciando el palique—. ¿Don Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio?

—Dotarálo.

—¿Y la Madre?

—Para elegir el sitio, viene la Madre Teresa.

—¡Ay, Dios!—replica graciosamente la hermana tornera—. ¡Menguadas vamos á quedar las monjas franciscas sin la protección de la Señora! Oiga; si no se remoja el campanario, vendrá á tierra. Oiga: sucia quedará la iglesia, sucia y negra como alma de pecador, si no la blanqueamos presto. Oiga: la tapia de la huerta caerá con tanto remiendo y pegote como la hemos echado. Oiga...

—No tema vuesa Reverencia—ataja el paje con solemnidad—; los escudos de la Casa de mi Señora la Duquesa son los escudos del Convento.

Suena una campana dentro.

—Aguarde vuesa merced—dice Sor Clara, alejándose del torno.

Juan García contempla el vestíbulo. Es pobre,

es sencillo, es humilde, como San Francisco, el iluminado de Asís; limpio y alegre como Santa Clara; sonriente como la misma Porciúncula. Un Cristo en la Cruz, con los cabellos ensangrentados, con la mirada torva, muestra sus llagas al paje. La mañana es dulce. La calle de San Francisco es el centro de la villa. Discurren por ella, todo el día, mozas fornidas, pajes desenvueltos, recaderos de monjas, dueñas de palacio, sabidoras de las tretas y murmuraciones que corren por la Villa, soldados viejos que cuentan grandes mentiras de Italia y de Flandes, donde fueron á pelear á las órdenes del Duque.

El paje espera el nuevo recado de la hermana tornera.

—¡Alabado sea Dios, hermano!

—¡Alabado sea, Sor Clara!

Gira el torno levemente. En él aparece un envoltorio.

—Son confituras para la Duquesa mi Señora—dice Sor Clara—. Y dígala que acepte los rendimientos de Sor Juana, su prima y nuestra Madre Superiora, y de Sor María de la Luz, y de Sor Francisca, y de toda la Comunidad. Y que se la pasará recado cuando llegue la Madre Teresa.

Sale Juan García del vestíbulo.

Ya en la calle, piropea á una buena moza; charla con los vecinos; detiéndose á la puerta de Francisco Velázquez con unos labriegos que

traen piedra de Martinamor. Salen unos devotos de la iglesia de San Martín.

Dos padres franciscanos, de luengas barbas blancas, entran en casa de Velázquez, que su esposa, doña Teresa de Layz, está harto quebrantada y enferma. El paje, por la ronda de Santiago, se dirige al castillo. Aún torna á retozar con otra moza y aún se detiene, en la botillería del Manco, á charlar con un soldado bisoño, escanciando ese vinillo alegre, suave, ligero, un poco traidor y fementido, de las viñas de Cordovilla y de Babilafuente, que llena las cantarillas de los artesanos, las cubas de los Duques, las repletas bodegas, como catedrales, de San Leonardo.

La Madre Teresa viene de camino, animosa y alegre, por el alto de Garcihernández. Viene de Medina, por Peñaranda, y apenas se ha detenido una noche para descansar en Madrigal de las Altas Torres, y breves momentos en Coca en casa de una buena mujer, que ha hecho grandes aspavientos de admiración al hallarse en presencia de una monja, decidida y valiente, que no teme la soledad en los caminos, y que lejos de rehuir, provoca y anima la compañía del pueblo. Breves momentos ha pasado la Madre en Coca, en casa de la buena mujer que se hace preciso llegar á Alba antes de cerrar la noche.

Y para siempre ha quedado prendada la buena mujer de la Madre. Teresa le ha preguntado por sus hijos.

Como tuviera una linda chiquilla en la cuna, Teresa la ha besado y festejado sin encogimiento; luego ha lavado y fregoteado á otra mayorcita.

Ha comido Teresa con la familia frugalmente. Aún quería la buena mujer regalar y festejar más á la Madre, que viaja graciosamente en una mula.

De camino, Teresa contempla por vez primera el pueblo de Alba, donde ha de morir algunos años después. La entrada es muy hermosa por aquel paraje. El torreón del castillo está adosado á una galería cuadrada de ocho lienzos y de diez arcos por lienzo. A la conclusión de la galería se inicia un patio de armas; luego del patio, una enorme casona, y al remate de la casona, paneras, carroceras, corrales... Frente al convento de Santa Isabel, la iglesia de San Martín. Alba no es ni más ni menos que su castillo; hasta las iglesias parecen pedirle protección. La vega se extiende á lo lejos, limitada por la mancha gris de unos encinares y por la faja pizarrosa de una colina; á lo lejos, por el telón azul, levemente esfumado de la sierra, unos murallones, de frente, rompen la monotonía de la serena visión. La villa se extiende hasta San Leonardo, y más atrás de la espalda de San Leonardo, el manchón cárdeno de las viñas, el verde brillante de los centenos, un arbolado gracioso más arriba.

Teresa llega al pueblo á la caída de la tarde. El cielo está radiante y puro. El sol se hunde entre fulgores cárdenos rojizos. El Tormes refleja temblorosamente la sangre del crepúsculo. Unos chicuelos cantan el romance de Blanca-Flor en el atrio de San Martín. Uno de ellos enseña á la Madre el camino del monasterio de Santa Isabel. Momentos después, en el locutorio charlan animadamente la Madre, la vieja Duquesa, un carmelita calzado, Francisco Velázquez, el corregidor, que es varón docto y cristiano. Todos están prendados del donaire, del despejo, de la gracia, de la franqueza de Teresa; sobre todo, Sor María de la Luz no puede disimular su júbilo. Francisco Velázquez dotará el nuevo monasterio con rentas convenientes; la Duquesa le ayudará, como está puesto en razón. Los terrenos están cerca de la vega, dominándola. Teresa quiere aire, luz, espacio para que vuelen sus monjitas.

—Es de harta recreación mirar la vegetación— exclama la Madre—. Desde el camino vengo prendada de su hermosura y lozanía.

Teresa, enferma, achacosa, triste, llena de quebrantos y de agobios, viene por segunda vez á Alba, á su convento reformado de la Anunciación. Duras han sido las pruebas con que ha querido tentar el Señor su fortaleza. En Avila, un vocero, un abogado presuntuoso y charlatán,

ha dicho delante del justicia, en pleito que ventilaba la familia de la Madre, que la virtud de Teresa es escasa y suelta su lengua. En Valladolid, la Priora le ha tratado con despego. En Medina del Campo, unos hombres han apedreado la diligencia en que viajaba, y han armado gran estruendo y alboroto, llamándola monja correntona y liviana, mujer sin seso y poco asustadiza, con otros disparates dolorosos de este jaez. Tantos golpes seguidos han hecho mella en el espíritu de Teresa. Doña María de Colón y Henríquez, duquesa de Alba, ha logrado del Provincial de la Orden que Teresa vuelva á la villa de sus blasones. Por eso Teresa está en Alba, donde ha de morir algunos días después.

La celda de la Madre mira á la vega. Teresa, después de comulgar, desmayada y floja, se ha puesto á contemplarla, sin que Sor Ana de San Bartolomé, que es tan devota y tan aficionada á la Madre, haya osado romper el encanto de la contemplación. Unos pinos bordean las orillas del río que han cantado galanamente poetas y troveros. El puente está lleno de viandantes—gañanes, canteros, soldados ociosos y aburridos, que pasan todo el día contemplando el río, rompiendo su mansedumbre de lago con una piedra, viendo cómo se forman rápidamente círculos y más círculos que se ensanchan, que desaparecen, que tornan á formarse—. Al remate del puente se destaca, precisa, la mota blanca de la

ermita de Nuestra Señora de la Guía, cuyas espaldas están resguardadas por una colina. De allí arranca la calzada de Salamanca, cuya línea se pierde á la derecha entre los árboles, para destacarse nuevamente en zig-zag junto á unos ventorrillos, á la vera de un altozano. La ermita, la calzada, llevan el recuerdo de la Madre á sus viajes, á sus ajetreos, á sus fundaciones por los pueblos áridos y secos de Castilla. En esos viajes lentos, incómodos, oyendo al pueblo humilde, empapándose de sus amarguras, de sus anhelos, de sus esperanzas, ha formado Teresa el hechizo de su lengua, repleta de modismos populares, de provincialismos, de giros plásticos y graciosos. En esos ajetreos ha llegado Teresa al corazón de su Castilla. Con la experiencia de sus fundaciones, la tristeza, la amargura, forasteras en su ánimo alegre y generoso, han puesto una nota grave, pero poderosa, al ímpetu de su franqueza y de su generosidad.

Teresa está muy enferma; Teresa va á morir. Sus ojos han perdido su fulgor inteligente; sus labios, blancos y descoloridos, se mueven perezosamente, con desmayo. Contempla la vega por última vez; sonríe con tristeza. Sus ojos vagan absortos de aquí para allá, pensando que también su espíritu, como el paisaje que tanto ama, ha sido sereno, plácido, luminoso y tranquilo.

Suena una campanita conventual. La Madre se dirige al coro.

Y aún tiene su última mirada de comprensión abierta, de infinito amor por la naturaleza; aún sus ojos se posan con insistencia en la ermita blanca y en la sinuosa calzada salmantina. El cielo es azul y las aguas azules como el cielo. Las lavanderas siguen cantando, palmoteando, chillando, jugando con las aguas, contentas de la hermosura del día.

EL SANTO DE VALDECARROS

A Juanito Montero.

Apenas despunta el alba, cuando, encapotado en la fuerte manta palentina, subo al rucio matalón del médico. Llueve. Las herraduras nuevas del caballote, al machacar los chinarrros de la calle, levantan chispas á su paso. La campana de las Carmelitas tañe sonoramente. La diligencia, tropezándose como un beodo, suena su herraje roto camino de la estación. Y todas las campanas de la vieja villa, saludando al bronce carmelitano, prorrumpen en alegre algarabía; primero, la campana de San Pedro, doctoral y grave; la de San Juan después, sonora y viril; la de los Padres, la última. Las cosas van recordando sus contornos, y se disipa poco á poco la tinta azul del telón mañanero.

En la Puerta del Río, junto al Tormes, á los pies de la torre del homenaje de los Duques, va un labriego en su carro. Curte su rostro el frío.

Con la aijada en lo alto, el hombre va cantando
con voz gangosa:

Esquilones de plata,
bueyes rumbones:
¡éstas sí que son prendas
de labradores!

Mi amigo y yo llevamos al paso los jamelgos. Salimos de la villa. La cinta de plata del claro río que cantara Garcilaso, remata á lo lejos, cabe las nevadas montañas de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. Murmura lentamente su canción de quietud. El pueblo, de lecho de pizarra, «alto de torres, pero de muros bajo», se agazapa á la sombra del castillo grietoso. Unos chopos aguantan á pie firme la helada; del castillo son guardianes seculares. Entramos en la dehesa comunal. Las ruinas del convento de San Leonardo, vistas á la madrugada, son de un singular hechizo. Una cabra muerde la hierba en lo que fué coro de la iglesia. Junto al espléndido patio gótico, tendido en una manta, reposa un gañán; su cabeza descansa en un saco de paja, que sostiene un medallón que cayó á tierra desprendiéndose del hueco. Y seguimos nuestra caminata. Las cuevas de Galiana esconden ya la villa; estamos en la llanura parda, ante los surcos infinitos y quebrados. Un puebluco de adobes se ampara al calorcillo de un monte: Varales. Nues-

tros caballos trotan escandalosamente por las vías del lugarejo, y tornamos á salir á la llanura: ni un regato, ni un árbol. En estas veredas, holladas en sus peregrinaciones por Teresa de Jesús; en estos vericuetos, donde escondieron su dolor los franceses después de las derrotas de Arapiles y de Garcihernández; en estos rincones, que cantó el anónimo juglar del *Romancero* con las andanzas de Bernardo el del Carpio y del Moro el del Arapil, la tierra parda adopta un tono ceñudo, adusto, hosco, casi trágico. Se nos antoja que asoma la cabeza el Cid, montado en Babieca, junto al leal obispo don Jerónimo, ó que aparece en la cuesta Don Quijote, caballero en Rocinante, á la vera del burro respingón y nervioso del buen Sancho.

Mas todo es con efecto de espejismo. En dirección opuesta á la nuestra vienen un cura alto y el albéitar del lugar, panzudo y socarrón, que marchan á Alba á yantar, pues un misacantano celebra su misa nueva. Detenemos las cabalgaduras. Temblando de frío, cambiamos el socorrido cigarrillo.

—¿Conque á Valdecarros?

—Sí; á Valdecarros—respondemos.

—¿Y está el Santo?—pregunto al presbítero.

—Sí; allá dejé al tío Roque. Cuidado con preguntarle nada, ¿eh? Si husmea que usted va con malos fines para sacarle en los papeles, su boca se cierra á cal y canto.

Y luego, en una exclamación suelta, donde hay sus posos de picardía y sus migajas de compasión, añade con voz sonora:

—¡Estos literatos!...

Nos despedimos. Cuestas y más cuestas. Desgarra el sol la neblina. Cuando queremos gozarle, nos empotramos en un barranco. Resbala mi caballo y se repone con presteza. En lontananza, Valdecarros.

Es un pueblo como todos los pueblos de Castilla. Más pelado, más seco, más árido que todos juntos. Descubrimos sus casucas, las tenadas de los corrales, los portalones enjalbegados. Las casas de los primates están pintarrajeadas de colores vivos y chillones. La iglesia inicia una plazoleta castiza. Forman un lienzo la casa rectoral y la mansión de un pudiente, y los portales de la alhóndiga el lienzo opuesto.

Nos esperan junto á la iglesia. Asistimos á la toma de posesión del médico. Casi procesionalmente, de un modo formal y ceremonioso, marchamos con la comitiva al Concejo. Se celebra sesión inaugural. Léese el acta <de la anterior>. Los forasteros nos calentamos al brasero del cabildo. Nos ofrecen pitillos de las enormes petacas de cuero. El teniente luce flamantes botones de oro en la rizada pechera; el alcalde viste impecable chaquetilla de terciopelo; un pavelo flamante el secretario. Cambiadas las firmas entre el titular y el Concejo, salimos después, con

cierto aire de jerarquía, á casa del alcalde, de corrobola.

Desfilan los notables. Y llega el tío Roque, el Santo del pueblo, escuálido, flacucho, alto como aijada de picar bueyes, grave como héroe de Calderón que anduviese en litigio con la buena fama espiritual, como aquel San Francisco del Greco, en que la amplitud de la túnica deja adivinar la flaqueza y flojedad de la carne, que apenas palpita debajo. Viste de charro *el Santo*; el sombrero, cónico, juega con timidez entre sus dedos huesosos y largos; los botones del cuadrado chaleco, que antes fueran centenes y medias onzas, son hoy rodajas de hoja de lata; de estameña parda es el paño de la vestimenta; las medias, de grueso algodón, deben de picarle la piel, amarilla y flaca. El buen Roque es la admiración del pueblo. De mozo rondó como todos, cortejó en las verbenas, amó á la lumbre de los escaños, repicó con los nudillos de los dedos la puerta amiga, puso flores silvestres—con matas de tomillo y de mejorana—en el ventanuco de la moza garrida. Pero Roque era de la madera de los místicos. En la alacena de la cocina tenía la vieja *Biblia* de los abuelos, el *Quijote*, el *Año cristiano*, de los abuelos también. Picó en letrado y se dió á la lectura con fervor. Acaso el monje benedictino abrió los ventanales del espíritu del tío Roque, encarándole con el cielo, con este cielo que él ve todos los días platican-

do con la llanura en toda su infinitud; acaso los desengaños del ardiente sultán asiático quebraron los propios sueños; tal vez aquel retorno de las mujeres que á la salida del pueblo del Toboso inspiraron sensatas consideraciones al socarrón de Sancho, le llevaron á sospechar que las Dulcineas no son más que parte de la fantasía de los andantes caballeros. Lo que fuera, Roque lo sabe y yo lo sospecho. ¿Amores desgraciados? Tal vez. Sólo la desventura es fecunda para el ánimo fuerte, y manantial de consuelo. ¿Anhelo de gloria? Acaso. Márchase el placer cuando se busca; torpe cosa es el deleite una vez satisfecho. Solamente la gloria llena el corazón donde no se incuba la ruindad. Ello es que Roque dejó la reja por la confesión, la novia por el padre de almas, el palique del sereno por el áspero examen de conciencia: «Si quieres seguirme—leyó en el Evangelio, Roque—, deja tus riquezas y toma mi cruz.»

Y tomó la cruz del Señor, Roque. Heredó de sus padres seis mil duros. Repartiólos en limosnas secretas y calladas. De amo pasó á criado de labranza. En su rostro hay siempre una chispa de alegría, de equilibrio, de serenidad. Recientemente, por cuenta del Concejo, que le daba peseta y media diaria, limpiaba una charca del lugarejo, con los pies en el agua todo el día. Y recuesta su cabeza, no en blanda almohada, sino en dura piedra. Y deja los romances de los cie-

gos y los papeles de la ciudad, por los versillos del Evangelio y del *Kempis*. Y como buen Santo, fiero enemigo del pecado, es blando y tolerante para los pecadores. Como San Francisco, desea el tío Roque que se inunde la tierra en un baño de piedad y de amor.

Invitan al tío Roque á la corrobla y le ofrecen vinillo de la cosecha nueva; niégase el tío Roque. Le ofrezco un pitillo, y tampoco acepta. Quiero que hablemos de él, y rehusa el tema. Su anhelo es pasar inadvertido, no ser blanco de las miradas de las gentes.

—Tío Roque—le pregunto—, ¿por qué dió usted su dinero á los pobres?

Sencillamente, como quien refiere un incidente vulgar, replica el tío Roque á la puerta de la casa del alcalde, despidiéndome:

—¡Porque Dios lo manda!

Y, esquivándose, añade:

—Y salude á su señor padre y con él goce de bienandanzas para muchos años.

Y con aire señorial, ofreciéndome su diestra, añade los tópicos de la buena crianza de la tierra:

—Ya sabe dónde tiene un amigo y una casa, con *finá voluntad*.

EL CASTILLO DE LOS DUQUES

*A la Señora Vizcondesa Viuda
de Carcigrande.*

Alba de Tormes es su castillo, solamente su castillo. Anidarán en él pajarracos nocturnos; se caerá piedra á piedra; servirá de refectorio á chalanés, gitanos y bohemios; se perderán irremisiblemente, que ya están grietosos, desconchados y polvorientos los frescos que adornan un dormitorio de los gloriosos Duques.

En aquel castillo se caerá también una pieza donde se representaban, allá por los años del Señor de 1492, el dormitorio de Juan de la Encina en el oratorio de los Duques. Era el poeta ingenuo que transporta por primera vez voquibles charros al caudal de la literatura, el ingenuo autor de tantos autos sacramentales y de tantas farsas pastoriles, de un lugarejo cercano, de Encinas de Abajo, aunque la cuna es dudosa. Menéndez Pelayo asegura que el verdadero solar del poeta es Encinasola de los Comendadores,

en el partido de Vitigudino; así es que Vitigudino tiene una gloria segura, la dama chanflona de Doña Tomasa, de tan hondo raigambre en la picaresca, y otra probable, el padre del auto del *Repelón*. Protegido éste por don Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, hacía sus farsas y autos sacramentales en presencia de don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla; de don Iñigo López de Mendoza, duque del Infantado, y del príncipe don Juan.

Y también se perderá la estancia de don Pedro Calderón de la Barca. Es fama que después de las correrías, aventuras y amoríos del famoso ingenio por Flandes y el Milanésado, se refugió en el castillo de Alba para aquietar sus nervios. Coincidió su destierro con la caída del Conde-duque de Olivares, el favorito de Felipe IV, allá por el año de 1648. En el castillo permaneció Calderón de la Barca dos años y medio. Salió de Alba para escribir, en 1650, las bodas reales de don Felipe IV con doña Mariana de Austria. Un año después obtuvo licencia para ordenarse de sacerdote.

Estos recuerdos históricos desaparecerán, señora. Y aquel día, inexorablemente próximo, tendremos que llorar la muerte de Alba. Yo quiero entonar al castillo de mi niñez una elegía prematura. Porque el derrumbamiento vendrá por lo que vienen todos los derrumbamientos de los edificios castizos de nuestra España: por in-

curia de todos, por ausencia de ambiente artístico, por... Sí, á veces también por engaños y supercherías. Los Duques de Alba creyeron en 1885, que poseían en la villa que dió nombre á los timbres de la casa, un palacio confortable, pagaban una cantidad anual por la conservación del castillo, y se encontraron con que el famoso palacio servía para los fines más comunes de la casa entre gentes que carecen de ella.

Y aquel castillo es un hermoso bloque de piedra, entre los siglos XII y XIII construído, alto, con su atalaya de homenaje al frente, dominando la vega del Tormes, que ya cantó Garcilaso:

En la ribera verde y delectosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,
verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Un canto á la vega son las dulces estrofas del bardo cortesano, á la vega y al esplendor de los Duques. Y á la villa ducal, «baja de muros y alta de torres». En la altura se levanta una ladera «con proporción graciosa». Las torres «hermosas» yérguense al cielo con «hermosura extraña», no por la fábrica de los artífices, aunque en ellas pusieron finísima labor, sino porque fueron «ensalzadas» por sus señores, los Duques. Virtud, linaje, haber, bien de natura y de fortuna, son

patrimonio de la villa. En aquellos tiempos, Alba de Tormes tiene hombres de ingenio

....tanto
que toda la ribera adonde él vino
nunca se harta de escuchar su canto.

El Padre Severo, monje italiano, preceptor del gran duque don Fernando, es el hombre del día. Nace en la suave Placencia, allá en las mimosas tierras de Lombardía, cerca de Bolonia, siendo el alma del palacio ducal. Evita que Luis Vives vaya de preceptor á Alba. El fraile se las arregla de tal suerte, que en un viaje á Lovaina, procura descartarse del sereno filósofo valenciano. Atrae sobre él las iras de los Duques, y el P. Severo hácese dueño del campo.

«El buen agüero», nos dice Garcilaso — que reposa en la vega plácida de sus andanzas cortesanas y de sus dulces rimas amorosas, hace del Padre Severo el alma

... de aquella tierra de Alba tan nombrada.

Es un sabio naturalista el fraile. Las piedras, hierbas y animales no tienen secretos para el Padre Severo. Cuando le place:

... á los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales.

En estas estancias, que tanto recuerdan la *Arcadia* de Sannazaro, el poeta rodea de un nimbo de luz el escenario de sus amores. En la vega tienen asiento «el dulce lamentar de los pastores», los discreteos con doña Isabel de Freire, de origen portugués, á quien conocieran Boscán y Garcilaso en los corredores y galerías de Palacio. La vega no se tiñe ahora de rojo; están lejos los tiempos de Don Juan II, que prendió al conde don Fadrique y al Conde de Treviño, tomando la revancha don García, el primer duque de Alba, que guerrea contra su rey desde la fortaleza de Piedrahíta...

Mas continúa el paisaje idílico. El Tormes lame los paredones añejos del castillo y canta lentamente su canción de eterna paz. Los álamos bordean las orillas del sacro río que arrastra pepitas de oro en su carrera. El paisaje—si es en otoño—es de una infinita tristeza. Chirrían las ruedas de las tenerías y molinos; esquilean las campanas de los aguadores. Una moza lozana, remangando su brazo blanco y rollizo, dice una canción monótona y larga como el llano. El puente romano, curvo, remendado á trechos, con piedras blancas en unos ojos y verduscas y musgosas entre otros, completa el fondo del paisaje casto.

Sí, Alba de Tormes es su castillo, como la vida del mozo se reduce á su ilusión primera y á la lumbre de los ojos de la primera mujer que

le habló de la vida... sin hablarle. El castillo es la ilusión, el sueño, el verso robusto de la estrofa coja de mi villa. Cuando anochece, y lucen fogatas rojas en la sierra lejana de Béjar, que cierra el horizonte, retornan de paseo los curas, los médicos, los terratenientes. Hablan de sus negocios, comentan con donaire una boda deshecha, la tardanza de un específico, la muerte de un viejo catarroso quizás. Y la sombra monumental del castillo en ruinas les impone y callan. Es su cuarto de hora de ideal, cruzan pajes, frailes, dueñas, saeteros, enanos, bufones, fosos, pozos fantásticos—donde cayeron franceses—por la imaginación de aquellos buenos señores.

Algún vejete, de ojos alegres y apicarados, piensa en un beso de labios ducales, dado en un foso, en noche veronesa de luna. Algún erudito diserta sobre la no muy veraz historia de *La Maja desnuda*, de Goya, y sobre el absurdo derecho de pernada, de fácil aplauso en las peluquerías.

El usurero piensa, con disgusto, en lo que costarían los buenos oficios de una dueña. Y aquellos hombres, por un momento, ven la vida á través de un verso de Zorrilla ó de una leyenda de Bécquer. Es que el culto siente un escalofrío murmurando unas palabras rimadas de Enrique Heine. La mole negra del castillo sigue proyectando su sombra augusta sobre las casu-

cas vecinas. Y se oye el canto antipático de una lechuza y el ¡cro, cro! repugnante del sapo viscoso.

Señora mía: que recompongan eso, que remienden eso. Alba sin su castillo será un pueblo sin leyenda. Usted, que con su corazón generoso quiso remediar antaño tanto duelo, permítame que escriba esta elegía prematura.

Y que callen los poetas. Aquel castillo es mío, sólo mío. Él sabe del deshacerse de mis ilusiones viejas y del retoñar de mis nuevas ilusiones. Con su tristeza ha tapado la mía.

Y que sepa de los escombros de solar el joven Duque de Alba, y que sus administradores se den maña para ahuyentar sapos y lechuzas de escondrijos solitarios que antes sirvieron de solaz á poetas y guerreros.

Alba de Tormes, 1912.

LA HUERTA DE LOS FRAILES

Al Rvdo. P. Gregorio de la Virgen del Carmen, C. D., Prior del Convento de Toledo.

Y la polémica ha llegado á su período álgido violento. Estoy en vergonzosa minoría, que diría un demócrata al uso. Todos son germanófilos; yo aliado—Dios entregó el mundo á la disputa de los hombres, y no es un dogma de fe desear la victoria de Alemania—. Salen los argumentos *ad hominem*; niego el derecho de opinar á los que no saben de cuántos reinos y ciudades se compone la Confederación germánica, á los que no aciertan el sitio donde cae exactamente Sajonia, á los que no han tenido tiempo de leer una página de Kant.

Don Miguel, más furioso, habla de Italia, de la traición de Italia:

—¡Cirici Ventalló dice hoy en *El Correo Español*!

Me levanto. ¡A la huerta de los frailes! La tarde es plácida, tranquila. Ni una nube en el cielo.

Por los altozanos de Otero, el sol se esconde entre celajes de púrpura. Unos chiquillos golpean furiosamente un cajón de madera que hay á la puerta de un comercio; en la Puerta del Río, el mágico paisaje de la vega está perdiendo sus colores mansos en esta hora crepuscular. Suena el traqueteo incesante de la aceña del puente; pacíficos ciudadanos—obreros, alfareteros, sastres, empleados de consumos—contemplan las aguas quietas del río con arrobamiento. Gano la calle de San Pedro, tuerzo por la calleja que da á la plaza de las Madres. Algún forastero, acompañado de un carmelita, está contemplando las reliquias de Teresa de Cepeda.

El hermano Daniel me sale al encuentro:

—¡Buenas tardes!

—¡Hola, buenas tardes!

—¿Y los Padres?

—Arriba, en el coro...

—¡Voy á la huerta!

—Muy bien. ¿Quiere un vaso de agua fresca del aljibe?

—¡Ya lo creo!

El agua fresca, la huerta... Llevo siempre un libro conmigo. *Los Avisos* de la Madre Teresa. *I Fioretti*, de San Francisco de Asís. *La Vita nova*, del Alighieri. Hoy, *Al margen de los clásicos*, de este querido maestro y amigo mío que se llama *Azorín*, al que debo tantas y tan sutiles sensaciones estéticas. La huerta es pequeña,



Parras, flores, lechugas. Un colmenar en el rincón de la izquierda. La mole del castillo al Sur. Los balcones del colegio de las Siervas de San José fronteros á la puerta de entrada. Silencio, paz. Allá, á lo lejos, se oye el vocear de los chiquillos en la plazuela de la Leña, en la plazuela de Colón...

Esta huerta de los frailes se llamó en el año 68 el *paseo de Prim*. Hubo en el convento un cuartel; luego escuelas públicas. En lo que es hoy rectorio, Julián Sánchez Ruano tronó contra los reyes, contra las monarquías. El pueblo soberano ahogó los párrafos del orador con los compases del himno de Riego. Dos charangas á la vez tocaban el himno de la libertad; Sánchez Ruano contaba que desde aquel día le dejó de gustar el consabido himno:

¡Viva Prim, viva Serrano,
viva Emilio Castelar,
viva Pinilla, viva Ruano,
viva, viva la libertad!

Aquí se educaron los chiquillos que hoy pasan de los cuarenta, con Sánchez Llevot. En estos bancos de la huerta, por las tardes, se hacían el amor nuestros papás. Luego, en el 78, en el 80, el venerable señor Obispo Martínez Izquierdo, de grata recordación, logró del Estado aquel edificio para Residencia de frailes carmelitas descalzos. Habrán de dedicarse éstos, so-

bre todo, á dar el mayor esplendor á los cultos teresianos. Los compases del himno de Riego huyeron de vergüenza ante los humanos versillos del *Miserere*, ante las encendidas loas de los *Laudes*, ante las serenas y litúrgicas exclamaciones del *Tantum ergo*... Y el amor huyó de estos bancos para que los frailecicos pasearan con el breviario. Una vez salieron del convento: cuando el cólera... Curaron los enfermos, enterraron á los muertos con faz serena y tranquila...

El libro de *Azorín*. Las abejas zumban en los colmenares. Aspiro con deleite la fragancia de una rosa. Las mangas de riego empapan los patatales, las rosaledas; la tierra apelmazada y negra bebe con ansia en esta hora de placidez. Del coro viene un grato rumor de salmodia. El Padre Manuel, el organista, hace primores en el teclado, llorando las tristezas de David. Se oye el rumor, cada vez más apagado, de un coche que se aleja...

El libro de *Azorín*: «Romances, viejos romances, centenarios romances, romances populares: ¿quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis aliviado en tanto que la voz os cantaba? Los romances evocan en nuestro espíritu el recuerdo de las viejas ciudades castellanas, de las callejuelas, de los caserones, de las anchas estancias con tapi-

ces, de los jardines con cipreses. Estos romances populares tan sencillos, tan ingenuos, han sido dichos ó cantados en el taller de un orfebre...»

El romance:

Apenas era el Rey muerto,
Çamora ya está cercada...

El libro: «... *A quien conmigo va.* ¿Dónde? ¿Hacia el mar infinito y proceloso? ¿Hacia los países de ensueño y de alucinación?...»

El romance:

—Por Dios te ruego, marinero
dígasme ora ese cantar.
—¡Yo no digo esta canción
sino á quien conmigo va!

Nada más.

El libro: «Llega hasta el calabozo el canto de una avecilla; cuando esta avecilla canta, el prisionero sabe que ya en el mundo es de día y que los seres, las plantas, las cosas—¡todos menos él!—gozan de la luz del sol...» Pero la avecilla ha muerto; ya no canta á la puerta del calabozo; oid el romance:

Matómela un balletero,
¡déle Dios mal galardón!

La campana de San Pedro tañe al anochecer...

Campana, vieja campana, campana de bronce de mi parroquia: ¿qué artífice te fundió? ¿Cuántos siglos hace que cantas desde lo alto del campanario? ¿Cuántas veces has doblado por los muertos? ¿Cuántas, repicado de alegría en las bodas? ¿Cuántas, con tranquilo gozo, has anunciado la muerte de los niños? ¿Cómo recibe la vega tus tañidos? ¿Qué le dices al despertar? ¿Qué confidencias la murmuras á la caída de la tarde? Campana, vieja campana, campana de bronce de San Pedro: ¿por qué no me dices todos tus secretos, todas tus esperanzas, todas tus amarguras?

¡Campana, vieja campana! También tu tañido tiene recuerdos hondos en mi existencia. ¿Te acuerdas, verdad?

Doblaste una tarde del mes de Abril; era yo estudiante... Y el año pasado también; una mañana fué de Enero.

Campana, vieja campana, ¿qué dolores me reservas, qué alegrías me preparas, qué amarguras me harás sentir de nuevo?

Campana de San Pedro: desde aquí, desde la huerta de los frailes, en un ambiente cargado de perfumes, oyendo el rumor del agua que empapa la tierra sedienta, tu tañido es más puro, más vibrante, más... *consolador*.

¡Solamente los poetas y los niños sabemos lo que dices y lo que callas!

Las ocho y media. Los frailes hacen su colación. Va siendo noche cerrada; en el cielo, blanquea el caminito de Santiago. Hay un rumor de fiesta, de júbilo, en esta noche radiante de Agosto, noche

*... para el amor,
para la rumia de las grandes ideas,*

que dijo el pobre Gabriel y Galán.

Y salgo de la huerta. Ya no me acuerdo de los alemanes, de los aliados. La campana de San Pedro ha tañido tristemente esta noche, porque presentía la muerte de miles de hermanos nuestros, allá, en los lejanos campos de batalla. ¡Señor, Señor: acoge en tu seno á todos los soldados que mueren besando su bandera y bendiciendo á sus hijos; que todas las patrias son iguales, que la tuya es común á todos los hombres, Padre celestial!

Alba de Tormes, Agosto 1915.

EL ESTILO DE TERESA

Acabo de leer unos capítulos de *Las Moradas*. Mi admiración á la escritora crece cada día; quisiera ser como ella: espontánea, naturalísima, paraje que recoge todos los ecos, espejo que refleja todas las imágenes, regato por donde corre el agua graciosamente y libremente. Nadie dice mejor las cosas que Teresa; dice lo que quiere y como quiere. No le detiene nunca el artificio literario, ni la preocupación del estilo, ni la afectada elegancia de aquel entonces. Escribe para sus monjitas, y como sus monjitas son sencillas, Teresa escribe sencillamente. Dan todos sus libros la impresión de una plática; parece que se la está oyendo; su jovialidad, su llaneza, su gravedad simpática cuando trata de asuntos espirituales, su punzante ironía, ironía mansa y alegre, de mujer castellana, trasciende, colma el vaso, aparece al exterior en sus relatos. La lengua es la corriente, la que habla el vulgo en plazuelas, ventas y mesones, la que entienden todos. Rica en modismos y giros po-

pulares, flexible, apta para toda suerte de expresiones, la da tal riqueza de tonos, de matices, que el letrado se aturde y se espanta ante abundancia tan colmada. ¿Incorrecta? Sí, es incorrecta la Santa, como lo es Cervantes, como es incorrecto ese pasmo que se llama *La Celestina*, como son incorrectos los juglares anónimos de nuestro sabroso y fresco Romancero. Mas la incorrección es gracia. Y donaire. Y soltura. Y naturalidad. Y elegancia. La incorrección no es decaimiento y flojedad de estilo, sino prontitud de ingenio y ausencia de afectación. Y tengo para mí—y no lo afirmo rotundamente, que no pico en honduras filológicas—que *Las Moradas*, y el *Camino de perfección*, y *Las Fundaciones*, y la *Vida*, y los versos, y las cartas de Teresa, son el testimonio más elocuente, el mejor vestigio del lenguaje *hablado*, de la manera popular de decir del siglo XVI.

Abro cualquier libro de la Santa. Hacinados los tengo en mi mesa de trabajo. «Juan Miseria»—dice Teresa—era «gran siervo de Dios y muy simple en las cosas del mundo». Decidme si hay trazo más sencillo y pintura más cabal. Hablando, en el *Camino de perfección*—abro al azar—del amor, dice Teresa: «Del que digo (del amor) es todo espiritual, no sé si lo que me digo, al menos parece no es menester hablar mucho en él... y aunque yo digo que es algo sensual, no lo debe ser, sino que yo no sé

cuál es sensual, ni cuál espiritual, ni cómo me pongo á hablar en ello.» Decidme si se puede hablar más sencillamente, con más castellanía, con menos dejo de afectación y de artificio. «Si alguna cosa dijere—se lee en el *Prólogo de Las Moradas*—que no vaya conforme á lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana—será por ignorancia y no por malicia.» Absorta en sus contemplaciones, divagando deleitosamente por los alcázares del amor de Dios, exclama: «Parece que hemos dejado mucho la palomica y no hemos; porque estos trabajos (sus meditaciones) son los que la hacen tener más alto vuelo.» «También suele Nuestro Señor—advierte la elegida—tener otras maneras de despertar el alma; que á deshora, estando rezando vocalmente, y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos. No digo que es olor, sino pongo esta comparación ú cosa desta manera, sólo para dar á sentir que esté allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma de Él, y con esto queda dispuesta para hacer grandes atos y alabanzas á Nuestro Señor.» No hay valla que no salte la naturalidad de la Santa; sabe ser siempre gráfica y graciosa. Y en las alturas místicas, en la morada donde calla el apetito y apenas puede balbucir el amor, en los grandes parajes interiores del espíritu, donde la

pluma del más diestro vacila, allí es donde Teresa, reina de su tesoro, en un momento de exaltación, de compenetración con el sujeto de su discurso, poseída de lo que nuestros abuelos llamaban inspiración, y más sencillamente nosotros emoción, llega á ese equilibrio del corazón con la mente, á esas alturas inaccesibles del acierto seguro, de la rapidez y seguridad en el análisis, á caldear el acero de su temple á la lumbre de su amor, para que salga de la prueba más brillante, más bruñido y más perfecto.

No fué Teresa lo que llamaríamos una mujer hartamente leída. No puede contarla, á lo que presumo, la Condesa de Pardo Bazán, mi respetable amiga, como uno de sus más gloriosos precedentes. Santa Teresa de Jesús fué, á derechas, una mujer hartamente inteligente y despierta, con la cultura que en su rango y en su clase tenían las mujeres en aquel entonces. Santa Teresa adivina las cosas mejor que saberlas: lo intuye todo. Asombro de genio y no achaque de cultura es su labor. El amor presta alas á su entendimiento, lo purifica, lo transporta á las regiones más altas de la contemplación espiritual. Examina todas las cosas desde su plano, con humildad, serenamente. Si peca—y no peca nunca—es «por ignorancia y no por malicia». Pero no asoma jamás la ignorancia por los escritos de Teresa. Si hemos de creer en el *genio*, explicado á la usanza humana, que es como podemos expli-

carlo nosotros, Santa Teresa de Jesús es genial. Y genial de su tiempo, de su raza, de su pueblo, de sus ideales. Sencilla y grave. Siempre de cada momento y siempre vigilante. La mujer que nos cuenta, en grato calor de intimidad, la calidad y sazón de su amor por el Esposo, es la mujer animosa, que, lejos de perderse en los oscuros laberintos de la vida interior, padece, sufre, viaja, funda conventos, charla con gente soez en los mesones, y encuentra por toda vianda, en el lugarejo, unos higos secos para reponer el cuerpo fatigado. Dama andante del ideal divino, la Santa no se conforma con orar en el momento de la pelea. Ella misma coge sus armas, y á campo traviesa, con el cuerpo ofrece seguro blanco para las balas de los enemigos, enarbola su estandarte y lo defiende por amor de Dios.

LEYENDO «LAS MORADAS»

He aquí que esta mañana me ha traído el correo un hermoso libro, editado por *La Lectura*, de Madrid: *Las Moradas*, de Teresa de Jesús. Y yo estoy en el pueblo donde murió Teresa. Un libro es el mejor amigo que puede tenerse en este pueblo. Id de paseo con él, haceos acompañar por él siempre. No os hablará de caza, ni de rencillas locales, ni de amores anodinos. Poco á poco, apoderándose de vuestro espíritu, os dirá cosas nobles y bellas, os aislará de la llanura que aprieta y ahoga vuestro espíritu, y os hará vivir de nuevo emociones fuertes, perduraderas, y encaramaros al cielo, amplio y limpio, que se abraza con la llanura en un abrazo rabiioso de posesión.

Y he salido con *Las Moradas* de paseo; no es un libro este libro de la Santa andariega y simpática. Más que una lengua que escribe, es una pluma que habla. Es la charla de Teresa una plática natural, sencilla, desprovista de retóricos

artificios, espontánea, flúida, personalísima é incorrecta. Escribe como el agua salta por los regatos, con abandono y con gracia. No sabe de composturas, ni de afeites de estilo, ni de cadencias largas y cortas, ni de literarios cánones. No es una escritora en el sentido que tiene esta palabreja en los tiempos que corren; no es la Santa una literata profesional. La literatura supone artificio y el artificio ausencia de emoción.

En Teresa no hay una sola frase pulida ni trabajada, ni una imagen de talco, ni una metáfora manoseada y añeja. La primera palabra que se le ocurre á Teresa es la palabra mejor, y el concepto más claro y más transparente el mejor de los conceptos. Luego, el público de la Santa es de monjas sencillas y de mujerucas humildes. La Santa lo sabe y aspira á ser comprendida mejor que admirada.

Mientras medito en estas cosas, he salido ya del pueblo teresiano, asentado en un lecho de pizarra; á sus pies, el Tormes murmura lentamente su canción de quietud; las sierras de Béjar cortan, con una línea azul y larga, la monotonía del paisaje. La mole ingente del castillo de los duques de Alba, con su torre agrietada de homenaje, da sabor al puebluco informe de cosa rugosa y vieja. Y comienzan á voltear, presurosas y alegres, las campanas de las monjas. Hay en las campanas éstas la frescura de espí-

ritu de la fundadora del convento: respiran alegría franca, misticismo sano; retozan, brincan, saltan aquellas notas de bronce, en la placidez de la tarde, con tal pureza de expresión, con tal donaire, con tan soberana gracia, que tengo para mí que Teresa habla por ellas, desde el campanario, á las almas muertas del pueblo, atadas á los afanes de vivir. Abro, de nuevo, este peregrino libro de *Las Moradas*. Es un libro pulcro, ligero, de exquisita limpieza tipográfica, elegante en su sencillez encantadora. Santa Teresa no hubiera editado sus libros de otra manera. Releo unos capítulos y torno á cerrarlo. ¿Para qué más? Me hablan de la Santa estos caminos hollados por ella; estos labriegos, que dicen un castellano sonoro, castizo y denso; este convento de Santa Isabel, de monjas franciscanas, pobre y limpio, con los escudos ducales en sus muros, donde la Santa reposara después de su regreso de la fatigosa jornada de Peñarandilla. Me hablan de Teresa estas campanas, y el manso murmullo del río, y las piedras blancas de la basílica, y estos frailecillos de sotana parda y de sombrero negro, que gozan, como yo, de la hermosura de la tarde.

¡Extraordinario espíritu el de aquella mujer singular, que, achacosa y enferma, funda conventos, organiza una milicia al servicio de Cristo, su esposo, sufre persecuciones por la reforma de su Orden, escribe libros, sostiene activa

correspondencia con sus protectores y deudos, y para, con un rasgo de humildad ó de humorismo, el golpe certero de sus adversarios formidables! Cuando es débil Teresa contra los embates de fuera, se hace firme é inexpugnable en su castillo interior. He aquí la razón de la fuerza de la Santa y de su eternidad en el tiempo: su castillo interior. La soledad le hace grande, y exceso de su vida espiritual y de contemplación la empuja á la lucha externa. Las flores de su alma se convierten en frutos de bendición. La acción de Teresa, como en el Santo de Asís, no es algo aparte del pensamiento, sino el pensamiento mismo hecho carne y espíritu. El Reformador, el Héroe, el Santo, no sueñan la poesía: la trasladan en bloque á la vida, cantando himnos al sol, ganando batallas, reformando pueblos. No queriendo estos hombres retoñar en frutos de carne, se perpetúan en flores del espíritu. La fe enorme, que les da fuerzas; el amor, que es el resorte íntimo de sus acciones todas, les hace padres de todos los pensamientos generosos, de todas las acciones grandes, de todos los propósitos buenos que despiertan en nuestra alma al ponerla en contacto con la suya. Corazones prendidos de anhelos, que valéis por cien corazones; almas de fuego, que sentís en un minuto solo una vida más rica y más intensa que mil almas en muchos años; corazón de acero de Teresa; alma de rosa de Juan

de la Cruz, ¿por qué no tornáis á la tierra á inundarla de ideal y de amor?

Otra vez vuelvo á distraerme de mis pensamientos. Un aldeano, caballero en un hermoso bruto, lanza á los aires, con voz gangosa y desengañada, un cantar lento y monótono:

Alégrate corazón,
aunque sea por la tarde:
corazón que no se alegra
no viene de buena sangre.

Y el sol se oculta. Tiene la puesta del sol en mi Castilla una augusta majestad indescriptible. Se oculta el sol lentamente, como si se gozara con el ritmo de su descenso, dejando huella de sangre en el llano. Las piedras, color de oro viejo, se tornan mates, perdiendo su brillo y su luz. El río de Garcilaso, que arrastra oro en su carrera, sigue su canción de mansedumbre y de paz. El sol acaba de ocultarse y la campana de la parroquia ha dejado caer en el silencio de la vega unos tañidos profundos y tristes. Como á un conjuro, de la tierra surge un rumor de presentimiento, de fecundidad, de maternal alegría... He recogido mi libro, he vuelto al pueblo teresiano, pensando, con la Santa y con el cantar del aldeano caballero, que la alegría es un deber y que el pecado es triste y estéril.

PAISAJES LEONESES

SALAMANCA

Evocación del Tormes.

Los que estudian las piedras en los libros, y no las piedras en las piedras, las de oro de Salamanca, encendidas y rojas como el sol de la llanura, les desalienta y aturde. Conocen el Romancero, y Salamanca les da la sensación cabal. Saben de memoria el libro de Cervantes, y no conciben los sueños de don Quijote más que en las llanuras de la Mancha.

Para desenterrar la vida de Isabel, visitan Talavera y Medina del Campo. Estudian el alma plácida del encendido Juan de la Cruz en Fontiberos, los paisajes teresianos en Avila y Alba de Tormes, dan con las entrañas castellanas en Burgos. Como Castilla es tierra de hombres, quiero decir, de personalidades recias y fuertes, cada pueblo tiene su héroe—guerrero ó místico—que imprimió á su pueblo el marchamo de la personalidad. Salamanca no es un pueblo de un hombre, sino de muchos hombres; no de

una generación, sino de muchas. Y Salamanca despista.

Las impresiones de los ojos cargados de lecturas y de crónicas, no saben encararse con las piedras; la sensación que les da Salamanca no es la sensación libresca; como el sol ciega y las piedras se encienden en festival de luz, niegan su valor á Salamanca, que no es un pueblo austero. Echó raíces en su ambiente la sencillez bizantina, la transición de lo románico á lo gótico, pero solamente florecieron, con pujanza de vida, con entusiasta brío juvenil, las góticas magnificencias. La vida, el arte del Renacimiento, los primores platerescos de Salamanca comienzan para el espíritu español con la fundación de su Escuela; expansión de ella es toda la ciudad, que está saturada de su ambiente. Los muros de las calles llenos están de leyendas rojas, de vítores y novatadas universitarias; los conventos, henchidos de la vieja sombra de Daza, el amigo de Colón, de Fr. Luis, el cantor de la Flecha asentada en las plácidas llanuras del Tormes; el espíritu ciudadano de los rencores de los bandos que apaciguara San Juan de Sahagún, y de aquellos otros rencores mozos de las *naciones* estudiantiles, que en la Escuela comienzan y en la Escuela se apagan. Distintos elementos forman la vida de la ciudad é integran su encanto. Mil literaturas tienen en la noble ciudad leonesa su escenario favorito. A la entra-

da de Salamanca, junto al puente romano, flotando en el ambiente plácido de las tenerías, de las herrerías, de las posadas, surge la sombra del mancebo Calixto, de la dulce Melibea y de la cotorrona Celestina. Y allí mismo, bajo la peña famosa que bautizara la grey estudiantil con el nombre vulgar de la tragicomedia del bachiller Rojas y Montalbán, brota, graciosa, la tradición. ¿Sabéis por qué se llaman *rumeras* á las mozas alegres y dadivosas? El Concejo salmantino echaba á tan despreocupada gentecilla de su recinto murado en los días austeros de la Semana de Pasión. El domingo de Ramos salían las mozas, acompañadas por los escolares procesionalmente, en barcas que hendían el Tormes, hacia el Matadero Viejo. Allí vivían las mozas, con su cohorte obligada de terceras y zurcidoras de voluntades, viejas proxenetas expertas y mocitos afeminados de voz de flauta, los días santos y la semana de Pascuas. Después, el lunes de Quasimodo—«lunes de Aguas» para toda la provincia, que la tradición cundió, llevándola los escolares á sus pueblos—tornaban á la ciudad las mozas. Hoy mismo, se celebra la tradición con merendolas en mesones y ventas, junto al Tormes, consagrando la tarde, calurosa y limpia por lo común, á Venus y, más que á Venus, á Baco.

Y muy cerca del Puente Romano y de la Peña Celestina —destruyóse el torreón glorioso—Te-

jares, el puebluco vecino, arrabal de la ciudad, que también se contempla al espejo del claro río, henchido de quietud. Y el puebluco, sin embargo, es asiento de pícaros. Solamente en estas planicies abiertas al sol, abrazándose con la inmensidad del cielo, solamente en estos parajes donde no pasa nada y todas las cosas dejan su huella de eternidad, la mente es fecunda en sutilezas, escamoteos, aventuras y picardías. En el Tormes, por azares especiosos de la fantasía, nació el Lazarillo, «por la cual causa tomó el sobrenombre»; pero en Tejares vieron la luz sus padres, Tomás González, ladrón corriente y moliente, y su madre, Antonia Pérez, que lo pare, acaso, de retorno de alguna pillería por aceñas y mesones. Y Tejares es el principio del mundo para el pícaro inteligente y ducho en malas artes; Tejares es patria de hampones y de nómadas, de gente inquieta y trashumante. Del otro lado del puente se piensa y se rima, se ama y se parte á puñaladas el corazón de los bravos; del otro lado del puente, en Salamanca, los escolares de sopa boba, que comen las sobras á la puerta de los conventos entre regaños de un lego malhumorado; los segundones de casa solariega, que entretienen su hambre sutilizando, retorciendo silogismos, pariendo dilemas, cantando y poniendo en limpio las *liciones* de los maestros, pararán en Lázaros; en Tejares, quieto y manso lugarejo, el hijo de Tomás Gonzá-

lez y de Antonia Pérez, sin filosofías, azotado por la quietud y por la fantasía, pone desde luego en práctica lo que luego justificarán, entre rosarios de argucias, los letrados pobretones.

Y junto á Tejares, lugar de la picardía, el Zurguén. Acaso pensando en sus huertas escribió la donosa Condesa de Pardo Bazán que «Castilla, especialmente Salamanca, son la Arcadia española.» Al Zurguén van los poetas, que cantan el amanecer, pereceando en el lecho hasta mediodía, los árcades hueros que huelen, no á romero, á tomillo ó á cantueso, sino á estufa y á cristales, á flores de trapo y á rosas deshojadas y mustias, de trapo también. Cantan el Zurguén los poetas artificiosos y vanos del siglo XVIII; don Juan Meléndez Valdés, admirable en sus informes forenses que fabrica, en los ratos de ocio, pastorcillos de cartón, en una calle donde suenan constantemente los martillos de los herreros, donde los artifices bordan y labran láminas de plata, donde reinan el barullo, la canción monótona, el prosaísmo y la ciudad; Iglesias de la Casa, preocupado en salir del callejón de sus achaques, luchando á puñadas con la vida ingrata, con su temperamento pobre que no puede soportar el frescor del alba, ni el *recencio* de la noche. Jovino amanerado y trivial en temas campestres; Francisco Sánchez Barbero, hombre de recio temple, de gran saber de humanidades, ingenuo y descuidado versifica-

dor que cree gustar del campo porque le gusta á Horacio... El que sabe gozar la quietud del paisaje, el que se llena de su mística alegría, mientras desconcierta á sus colegas á fuerza de paradojas, arbitrariedades y extraños embolismos, es el muy humano, inquieto y zumbón doctor don Diego de Torres y Villarroel, medio clérigo, medio estudiante, medio torero, pícaro de tomo y lomo y ejemplar castizo del hombre de cultura del siglo XVIII. Las gentes le creen un mago y un brujo y él se ríe de las gentes. La plebe incrédula y boba, el pueblo que oye de boca de los escolares toda suerte de fantasías y de hipérboles, rodea á don Diego de una aureola de misterio mientras don Diego, encerrado en su oscuro caserón de la calle de Libreros, amigo de desconcertar, de quemar troncos verdes de mulleras vacías á fuerza de calor y de vida, pasea todas las tardes por las afueras de la ciudad dorada, junto al Tormes, por la calzada de Zamora, por el camino del camposanto, hacia Tejares, antes de saborear el grato soco-nusco. Platica con escolares, doncellas, charros que vienen de compras, con alcahuetas, con gente de toda condición y estado. Y no pierde nunca la mocedad de su brío, ni el ímpetu de la energía contenida. Aumenta su vitalidad con los años «que le iban dando fuerza, robustez, gusto y atrevimiento para desear todo linaje de enredos, discusiones y disparates».

Y del otro lado de Salamanca, en la ribera derecha del Tormes, la Flecha. El paisaje es aquel donde dialogaban, en preñadísimos diálogos sobre los nombres de Cristo, Sabino, Marcelo y Juliano, en la quinta agustina. A lo lejos, se esfuman las torres de la ciudad, las catedrales, con su bosque de agujas, el cimborrio macizo de las Agustinas, la flecha pretenciosa de San Juan de Sahagún, los dos centinelas de la Clercía.

Corta la monotonía del llano, con sus tierras pardas, con sus surcos derechos que parecen curvos, la línea azul de la Sierra de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. El campanario de Aldearrubia, con sus casucas de adobes apretujadas; las motas blancas de las casas de los camineros; la silueta de algún gañán que canta una tonada larga á pulmón abierto para que impregne el aire y se la lleve aprisa, no son parte para distraer el espíritu de su unción religiosa.

Solamente en aquel paraje, en tarde calurosa de Junio, en mañana fresca de Abril, oyendo el cantar de las aves no aprendido, oyendo las endechas aldeanas, bañándose en el río á la caída de la tarde, en que todos los ruidos de la ciudad se estrellan y agonizan, menos el tañido de alguna campanada grave que estremece la tierra, solamente allí puede olvidar el espíritu agitado las preocupaciones ciudadanas, el mun-

danal ruido y el fragor de los imperios que se hundieron; solamente en la Flecha, mientras el aire orea el huerto y menea los árboles con un manso ruido imperceptible para el profano, se olvida el agujijón del oro, el peso del cetro imperial y se desea un plato de tosca loza de Alba en rural mesa de pino; solamente en la Flecha puede Fr. Luis calmar las violencias de su espíritu, hecho á las peleas del claustro, murmurador y cominero, que no le perdona su intuición artística, su elegancia horaciana y su amistad con Martínez de Cantalapiedra. Sigue la huerta, bien poblada de árboles, puestos sin orden ni concierto. Sigue la pequeña fuente, con su hili-llo de agua fresca y cristalina. Sigue la alta y hermosa alameda. Sigue torciendo su curso el Tormes por aquella vega. Siguen los mozos sentados en la encina caída, cabe las aguas, gozando de la paz del campo y de la fresca sombra de los chopos amigos. Tornó á cantar aquella paz y aquel sosiego Gabriel y Galán. Sonó, serena y breve, la voz que pedía sementeras á los campos yermos y á los espíritus estériles. La musa del fraile agustino resucita, inconsciente, en el poeta labrador de las pardas onduladas cuestás, de los mares de enceradas mieses y de las castas soledades hondas. Roba el poeta el secreto al llano, á fuerza de arañar sus terrones, de removerlos y de solearlos. El campo, que es religioso, la llanura, que es templo para Gabriel y

Galán, habla de eternidad y de vida. Pasan las ciudades, pasan los hombres, y queda la llanura fecunda, retoñando cada año y devolviendo con prodigalidad la simiente con que el hombre la nutre. Aquella ansia de perpetuación, de retoño, de paternidad copiosa y patriarcal, ¿no se la insinuó á Galán el campo, que le hizo poeta? Galán, que en viendo verde, como los pájaros y como su maestro, tiene que hablar ó cantar, renueva el gesto clásico en estos tiempos de olvido y de farándula:

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir como las brisas,
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño
fácil el bien y pura la conciencia (1).

Y el Tormes que nos recuerda sucesivamente el desenfado del Bachiler, las andanzas de Lázaro, la bobería y artificio de los árcades, la zumba de don Diego de Torres y Villarroel, el estro de Fr. Luis y la espontaneidad campesina de Gabriel y Galán, evoca, tierras abajo, los amores del cortesano Garcilaso, la frescura de Juan de la Encina y el empaque de Calderón de

(1) *Obras completas de José M.^a Gabriel y Galán: El ama.* Tomo I.

la Barca, junto al castillo de los duques de Alba. Allí también, á la sombra de la torre del homenaje del mismo castillo, flota el espíritu ligero y simpático de Santa Teresa, la monja andariega y donairosa.

Mirad si habla al espíritu el «sacro río» que añorara Garcilaso, en sus églogas elegantes y armoniosas, compuestas para ser recitadas calladamente al oído de una dama gentil.

La escuela.

Recorramos una mañana temprano la ciudad á la hora en que el cimbolillo universitario despierta á los escolares. Vivimos, por ejemplo, en una calle típica, la de Libreros, junto al patio de Escuelas Menores. Y nos detenemos en el sugestivo patio. Poca gente. Chiquillos con el manualite al brazo, que entran en el Instituto, cuya fachada coronan dos soberbios medallones. De oro mate son las piedras del patio. Una lápida de mármol, plebeya y fea, que recuerda una tragedia estudiantil reciente, rompe la armonía del tono. Los paredones, llenos de trazos rojos. Enfrente, la fachada plateresca de la Escuela, recargada de adornos, elegante, detallista, labor mujeriega, bordada en piedra roja y obediente. La fachada, que ocupa todo un lado del cuadro, vive aislada entre dos muros almenados. A la izquierda, la casa rectoral, de sober-

bio balconaje, suntuosa. El Hospital de Estudios, hoy Secretaría universitaria, sobrio y severo.

Entrad en la Escuela; el cimborio sigue trenzando sus notas alegres en el silencio de la mañana. Inscripciones latinas de viejos poetas; rasgos contemporáneos, anecdóticos, de la edad presente. Penetrad en sus aulas. Todas las de la parte baja son iguales.

Un púlpito fraileesco al centro; unas estancias sombrías, oscuras, hechas para rumiar ideas ó para soñar pláticas de reja; los bancos rotos, con nombres de mujeres grabados á navaja; ventanales anchos, conventuales, con luz hacia la calle, hacia el mundo. ¡Grato sosiego el de estas aulas! Veinte generaciones de mozos condensaron en este claustro sus ensueños; si cantaran las sombras, surgiría de la Escuela gloriosa un himno de mocedad y de pujanza que haría brincar de gozo á las piedras labradas. Y en el coro sagrado se oiría la voz de Fr. Luis de León, serena y armoniosa, cantando las excelencias de la dama casta y limpia, enamorada de su marido, mirándose en sus hijos.

La cátedra de Fr. Luis de León, donde hoy los estudiantes de Salamanca celebran sus reuniones tumultuosas, es más grande que sus hermanas. Yérguese en el centro el púlpito del «decíamos ayer», frase que no pudo pronunciarse porque el maestro no tornó á explicar sus lecciones en la Escuela, después de sus querellas con el

Santo Oficio. Constantemente el fraile reclama dineros al Claustro, que se le adeudaban de los tiempos de su magisterio. Pero, ¿qué más da? Lo cierto es que Fr. Luis hubiera dicho la hermosa frase, llena de perdón, ante los escolares traviosos que ahondaron las divisiones del Claustro para derribar al agustino, que era hombre de fuertes pasiones, y quizás poco cauto.

Pero la Universidad no es este patio, ni la espléndida escalera levantada en tiempo de los Reyes Católicos, ni la estupenda biblioteca. En Salamanca, como en Bolonia, la Universidad se extiende, se ramifica, desparrama su espíritu por la ciudad. La Escuela, que en 1569 contaba, según Chacón, con diez cátedras de cánones, diez de leyes, siete de teología, siete de medicina, once de lógica y filosofía, una de astrología, otra de música, dos de hebreo y de caldeo, cuatro de griego, y diez y siete de gramática y de retórica, no podía encerrarse en aquella angostura. Y comienzan, como en Oxford, los colegios que viven hoy. Se levantan, primero, cuatro mayores: San Bartolomé ó el Viejo, el de Cuenca, el de Oviedo y el del Arzobispo. El Colegio Viejo copia los estatutos que para el Colegio de San Clemente, de Bolonia, estableciera su fundador, el cardenal Gil de Albornoz. Don Diego de Anaya, fundador del Colegio, instituye quince becas y dos capellanías.

Los colegiales serán de buena opinión y de

sangre limpia. No han de ser de la ciudad, ni de cinco leguas en contorno. Anaya nombra á su fundación heredera de sus bienes. De los claustros del Colegio que ahora mismo se alza gallardo frente á la Catedral Nueva, junto á la casa matriz, surgen el Tostado y San Juan de Sahagún. Luego, Cisneros copia aquellos estatutos para regir fundaciones análogas de Alcalá. Por aquel Colegio se desliza la vida de toda la ciudad. Benedicto XIII, Martín V y otros Pontífices cubren á los colegiales de privilegios. Tórnase el Colegio en señor de pueblos, en patrono de iglesias. Pierde la humildad y la pobreza primitivas. Carlos V reforma el Colegio, estranjerizándole. Los colegiales tienen tan buen valimiento de fortuna al concluir sus estudios, que, luego, son en la vida cardenales, padres del Concilio de Trento, virreyes, grandes inquisidores, presidentes de consejo y de chancillería. El manto y la beca se codician con tesón por los nobles para sus mayorazgos. Las cátedras universitarias se cubren entre colegiales por concurso; de cinco vacantes, cuatro son para ellos y una para los colegiales menores ó de «manteo». Son rígidos en las etiquetas de corte; suscitan mil incidentes pintorescos, de los que están llenos los archivos universitarios. En la Catedral, los canónigos no se atreven á desairar á los colegiales opositores. Carlos III intentó echar de los colegios gente ociosa; no le fué posible. Hoy, el rasero buro-

crático ha matado los internados, menos el de San Ambrosio, y los privilegios; pero no los excelentes efectos de tales instituciones, que funcionan y que ya enviaban mozos al extranjero cuando el Estado no se acordaba de ello. Destrozaron las balas francesas los colegios de Oviedo y de Cuenca. El del Arzobispo, habitado hoy por los nobles católicos de Irlanda, que se consagraron á la vida sacerdotal, merece detenida mención.

Goza del patio más bonito de la ciudad, y cuidado que Salamanca puede llamarse la ciudad de los patios. El de los Irlandeses es una muestra del arte plateresco, tan frecuente en Salamanca. Tan holgado y espacioso es, que en él caben unos cuantos millares de almas. Tiene dos cuerpos: los del primero dan un sabor clásico en la esbeltez de su medio punto; los del segundo, por fustes caprichosos, retroceden al arte de transición.

La portada que da al patio, de Alonso de Covarrubias, aunque pertenece al Renacimiento, conserva huellas del greco-romano. La espaciosa capilla ojival—como el patio—es obra de Pedro de Ibarra, y el retablo de la capilla, del famoso Alonso de Berruguete «quien—escribe el señor Villar á Macías—según escritura otorgada en 3 de Noviembre de 1529, se obligó á hacerle en año y medio—y le fueron anticipados 600 ducados de oro».

Y los colegios se extienden por la ciudad, los mayores y los menores, convertidos ahora en cuarteles, en oficinas, en casonas deshabitadas y tristes, y Salamanca recibe el alma de su escuela, que hoy mismo, silenciosamente, incuba sueños de grandezas futuras en los estudiantes.

Acaso torne de nuevo la edad de oro.

Las catedrales.

¡Cuántas mañanas he pasado en la Catedral Vieja, saboreando el silencio, contemplando sepulcros de guerreros y de princesas, en esta Catedral Vieja de Salamanca, de la que escribe el Baedécker: *Avec des tombeaux et des tableaux insignifiants.*

¿Insignificante aquel silencio que tan mansamente susurra la historia pretérita? ¿Insignificante aquella paz, semillero de inquietudes?

Se fundó en el siglo IX. Los repobladores de Salamanca, Raimundo y Urraca, pusieron la primera piedra de la vieja iglesia que es fortaleza y templo, castillo y altar, como la ruda religiosidad primitiva, como el alma nacional que nos legaron los visigodos. Treinta obreros empiezan á levantar la fábrica un Lunes Santo. Alfonso el Emperador los declara exentos de pecho y tributo. Confirman el privilegio, según va levantándose la fábrica, otros reyes.

¡Y qué iglesia! Fuera la torre del Gallo, pi-

rámide de torreones, perfectamente oriental, que nos da la sensación de tierras lejanas, llenas de luz.

En el Patio, con cadenas, sobresale el brazo de un crucero, se descubren tres ábsides románicos; luego, en el interior, fresco y sedante, entre la doble serie de columnas que avanza hasta el crucero, se respira quietud. Hay ricos capiteles románicos en el sagrado recinto. Sobre los capiteles, ménsulas. Las ventanas, de arcos semicirculares.

Hay epitafios en los sepulcros, epitafios sabrosos, que vamos delectando con sosiego, queriendo llenar los nombres del contenido. Junto al retablo, á la diestra del presbiterio, está el enterramiento de doña Mafalda, hija del rey Don Alfonso VIII de Castilla... «que finó por casar en Salamanca, año de 1204». ¡Que finó por casar! Princesita lejana, que vivió para el amor y que llevó á la tumba su secreto, ¿no dice su epitafio mucho más que el relato menudo del cronicón farragoso?

¿Y la sombra de don Jerónimo, el amigo del Cid? ¿Tampoco le inspira una página al Baedécker? Este don Jerónimo, monje benedictino, oriundo de las tierras mimosas del Perigueux que, al decir del poema de Mío Cid, era recio en manejar la espada y en domeñar el caballo, está enterrado en la vieja Catedral. El poema glorioso nos ha cantado las andanzas del obis-

po salmantino, guerrero y monje, amigo de Rodrigo Díaz de Vivar. Don Jerónimo ruega á su amigo que le permita pelear con moros, y Rodrigo quiere hacer del monje Arzobispo de Valencia:

En tierras de Valencia fer quiero Obispado,
 é dar-gelo á este buen christiano.
 Vos quando ydes á Castiella levaderes buenos manda-
 [dos,
 plogo á Alvar Fáñez de lo que dixo don Rodrigo;
 á este don Yherónimo y al otorgar por obispo,
 diéron-le en Valencia ó bien puede estar rico,
 ¡Dios qué alegre era todo christianismo
 que en tierras de Valencia sennor avie obispo!

El viejo poema rudo nos recuerda, varias veces, al Obispo salmantino. En medio de la llanura le contemplamos más tarde á caballo, recibiendo á las hijas del Cid:

*El obispo don Yheronimo adelant se entraua
 y dejaba el cauullo pora la capiella adelinnaua.*

Y hay un pasaje, en que el Obispo, después de decir misa, y de bendecir sus huestes, y de absolver á los pecadores, pide al Cid entrar en el combate, á la cabeza:

*Pido-uos un don: e seam presentada
 Las feridas primeras que las aya yo atorgadas.*

¡Atorgar las feridas primeras!
 De esta recia estirpe espiritual son los varo-

nes que encierran los sepulcros de la Catedral Vieja.

Estas piedras nos hablan de las turbulencias de la Edad Media, del gracioso balbuceo del romance, de la formación lenta, segura, del espíritu leonés. Las piedras se levantan con sosiego; años y años dura la construcción de la fábrica. Desde 1102, en que empiezan las obras, la infanta doña Urraca y don Ramón de Borgoña, su marido, colman de beneficios y legados, materiales y espirituales, á la Basílica; imítanles monarcas y pontífices. La Catedral nos habla de Alfonso VI, y de Sancho IV, y de doña Berenguela, y de doña Constanza, princesas castellanas, protectoras del culto.

Pero llega un momento en que el templo parece mezquino, estrecho, pequeño, para la piedad y la oración. Y se construye la Catedral Nueva, opulenta, clara, elegante, rica, de fachadas suntuosas, de cúpula airosa y sencilla, amplia, risueña, amiga de la vida y de la pompa. Las dos catedrales juntas, tapando la novel á la hermana mayor, dan una sensación distinta. No he de describirlas menudamente; no hace falta. Acuda el erudito á sus libros, que yo vierto sólo mis recuerdos. No son estas páginas para turistas.

Se diría que no es el mismo Dios el que se venera en ambas catedrales. La Catedral Vieja, silenciosa siempre, limpia de adornos y artificios,

austera, con su claustro lleno de sarcófagos y de sepulcros, remota, severa, llena el espíritu de unción y puebla la mente de recuerdos. La Catedral Nueva, mundana, con el órgano que llora las tristezas de David, haciendo crujir la bóveda de espanto, cuando suenan las trompetas y los canónigos sostienen perezosamente la canturía lenta, habla de multitudes llenas de fervor. La Catedral Vieja es dogma y la Nueva liturgia; aquélla entraña y ésta vestidura. Espléndidas las dos, nos hace pensar si la Reforma no penetró con cautela en el dormido espíritu religioso de nuestra raza, heredando del paganismo su inconsciencia y su luz.

Hechizos y brujerías.

Don Diego Pérez de Mesa, catedrático de la Universidad de Alcalá, que moceó por Salamanca en 1560, escribía, condensando sus recuerdos: «De la Universidad finge el mundo la cueva, que no sé por qué es llamada de Clemen-sín, en donde entraban debajo de tierra siete estudiantes á estudiar por siete años, aprendiendo el arte mágico de una cabeza de alambres, y al cabo de ellos se quedaba uno allá adentro, sin tornar á verse más» (1). Y añadía Pérez de

(1) DORADO: *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca*.—VILLAR Y MACÍAS: *Historia de Salamanca*, t. 1, pág. 522.

Mesa: «Estudiando yo en Salamanca, procuré averiguar la verdad, y hallé que el maestro francés, gran filósofo y catedrático antiguo de Salamanca, estaba en opinión de que la invención de esta fábula fué de la manera siguiente: un cetre de la iglesia de San Ciprián sabía mucho de las artes mágicas vedadas y prohibidas; enseñábalas á algunos estudiantes, y entre ellos á un hijo del Marqués de Villena, y porque no le hallaran en aquella lectura y pasantía, metióse con los discípulos á enseñarles en una cueva ó concavidad grande que había detrás del altar mayor de dicha iglesia; logró sacar á algunos discípulos bien diestros, y entre ellos al referido don Enrique de Villena.» ¿Recordáis la famosa cueva de los brujos, las burlas de don Enrique, la preocupación de toda la ciudad estudiantil encarándose con el misterio? En 1322, acaecen estas burlas y travesuras. Se habla en Salamanca de geomancia, de hidromancia, de piromancia, de aeromancia, de necromancia, de astrología judiciaria. El cetre de la iglesia de San Ciprián—iglesia que estaba junto á la plazuela de Carvajal, unida con la iglesia de San Pablo—era harto diestro en engañar escolares, en ofrecerles mediante dineros, la suerte de quebrar sin riesgos la honestidad de las doncellas, de asegurarles montones de oro para disiparlos en francachelas, de regalarles polvos milagrosos para sonrosar el cutis, aguas para remozar el

cuerpo, fortificar el brazo, gozar de garbo y de apostura. El cetre ó sacristán tuvo siete discípulos, entre ellos don Enrique de Villena. Dejemos la relación al profesor don Juan de Dios, que informa al curiosote Padre Feijóo de los incidentes de la famosa cueva: «Los siete primeros discípulos que tuvo el tal maestro —escribe don Juan de Dios (1)— propusieron qué estipendio se le daría, y acordaron determinada cantidad, y echaron suerte entre los siete á cuál había de tocar pagar por todos, pactando primero que al que tocase pagar, si no pagaba pronto, había de quedar detenido en un tránsito ó aposentillo que había en la misma sacristía, hasta que sus amigos se lo prestasen ó se lo enviasen de su tierra, y que habiendo otros siete discípulos, los nuevos hubiesen de hacer lo mismo, y creciendo el número siempre para la paga, se procediese por el número septenario. Sucedió que unos podían pagar luego y otros no, y así solían estar detenidos ó presos tres ó cuatro juntos. Duró esto hasta tres curias, en una de las cuales vino un hijo del Marqués de Villena; y como en el sorteo los compañeros le barajasen la suerte, pagó una vez por todos. Pero haciendo con él la misma trampa segunda vez, quiso ser de los detenidos; pero fué para hacer una pesada burla al maestro, sin ser bastante á estorbarla cuantas

(1) *Obras escogidas del Padre Feijóo*, edición de Rivadeneyra.

artes sabía, y desde entonces cesaron dichos estudios en la cueva ó sacristía.»

El Marqués de Villena se hace invisible. Desaparece, se evapora; su destino excita el miedo, el terror, la fantasía juvenil de sus compañeros. En la cárcel de los tramposos, donde su triste sino le condujera, cuenta un viejo manuscrito que había una tinaja; en la tapadera, trastos, achiperres y cachivaches de la sacristía. En la tinaja se metió don Enrique, á la sazón en que su criado, acompañado del cetre, le llevaba luz y cena. Al no verle los dos, quedaron mudos de sorpresa. Nadie más bobo que el engañador profesional; nadie más crédulo que el embustero recalitrante. Encima de la mesa del aposentillo, extraños libros de artes mágicas. Criado y cetre salieron de la estancia, dejándola abierta. El mozo don Enrique de Villena salió de la tinaja, y, presumiendo que la gente dormitaba ya, subió á la sacristía. Entró en la iglesia, y advirtiendo que un altar del Santo Cristo tenía cortinas, metióse detrás, hasta que, á la mañana siguiente, el monago abrió la puerta de la sacristía.

La aventura creó todo un fárrago de libros sobre la magia salmantina. Ercilla, hablando de Salamanca, escribe:

... Salamanca que se muestra
Felice en toda ciencia, do solía
Enseñarse tambien nigromancia.

Ora en una comedia de Ruiz de Alarcón, ora en un sainete de Miguel de Cervantes, ora en una pieza de Rojas y Zorrilla, se alude desembozadamente á los brujos y magos de la ciudad del Tormes.

Hartzenbusch resucita la tradición clásica con *La redoma encantada*.

Doña María la Brava.

Las agitaciones del reinado de don Sancho, las minorías de don Fernando IV y de don Alfonso XI, llenan de rencores las ciudades leonesas. No puede sustraerse al ambiente tumultuoso. Salamanca, ni otros pueblos cercanos, Ciudad Rodrigo, Ledesma, Zamora, luchan con tesón, ya por la preponderancia de los blancos, ya de los negros. Los Estúñigas, los Solís, los Monroyes, viven en continua pelea. Y de la historia de los bandos no hablaríamos, si ellos no hubieran servido para probar el temple de ánimo de la dama salmantina, doña María la Brava, famosa en la historia y en la leyenda famosa.

Un cronista local, don Alfonso de Maldonado, contemporáneo de doña María la Brava, testigo tal vez de los sucesos, nos cuenta, sencilla y vigorosamente, el épico relato. Cuenta Maldonado que doña María de Monroy casó con el caballero de la ciudad, Enrique Enríquez de Se-

villa, señor de Villalba. Murió el marido; quedó la viuda harto moza y hermosa, solicitada por los galanteadores y enamorados, con dos hijos y una hija. Los varones, Luis y Pedro, trabaron amistad con dos mozalbetes, Simón y Alonso Manzano. Porfiaron los amigos y sobrevino una refriega. Se echó mano á las espadas; los Manzanos y sus domésticos hirieron mortalmente á los Monroyes, añadiendo al crimen la cobardía. Muerto Luis, los Manzanos decidieron, para ocultar su mala desgracia, rematar al pequeño. Huyeron los Manzanos, después de la perfidia, á tierras portuguesas. Conocido el crimen por toda la ciudad, fueron llevados los hijos muertos á la madre. «Doña María—dice el cronista—les ponía los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningún acto mujeril; mas estaba con el corazón tan fuerte, que ningún varón romano se le igualara; asaz se parecía en su gesto la ferocidad de su ánimo, y todos tomaban espanto de vella con tanto sosiego. Los parientes de los mancebos muertos le dijeron que los enterrasen; doña María respondió: que ellos hiciesen dellos lo que quisieran; y en siendo noche, doña María cabalgó, y se fué á Villalba.»

Se fué á Villalba doña María la Brava, con veinte caballeros, á fin de sorprender á los Manzanos. Y recomienda á sus deudos que no sean traidores. Y en el camino, de noche, después de una larga y fatigosa caminata, arenga á los su-

yos doña María. Dice que su corazón se nutre de odios y de rencores; que vive para la venganza; que hasta que no la sacie no tendrán luz sus días, ni reposo sus noches, ni manjares su cuerpo, ni su lengua palabras. La arenga es fiera y recia. «En gran manera espantados los suyos —dice al llegar á este punto el cronista—le respondieron, que los Manzanos estarían ya en alguna fortaleza de Portugal, adonde por entonces no podían ser habidos; doña María respondió no haber cosa más fuerte que el corazón del hombre, y queste, queriendo, todo era suyo, y que ella quería dejar su hábito allí y usar el oficio de buen capitán; que en los peligros les prometía ser la primera; y diciendo esto, se fué á Portugal, y envió sus espías á saber dellos.»

La jornada es trágica. Doña María camina con los suyos por veredas desconocidas, aposentándose en mesones plebeyos de tierras de Vitigudino y de Fuentes de Oñoro, en ventas donde discurre gente soez y mal nacida.

Un mes dura la investigación dolorosa. Al fin se topa á los Manzanos. Los veinte escuderos llevan vigores y hachas para derribar portones. Llega doña María á la posada de los matadores de sus hijos ansiosa de sangre. Caen las puertas de la venta al suelo; diez escuderos protegen á doña María en las piezas de la venta dentro; otros diez custodian la salida. Los Manzanos pelean; llaman en su auxilio á los portugueses;

arrecia la pelea.—Llegan tarde las ayudas, y doña María tiene las cabezas de sus rivales en la mano izquierda. Sin perder tiempo, al galopar de los caballos, toma á Salamanca, «fuése á apearse derecha á la iglesia donde estaban sus hijos enterrados, y puso las cabezas que traía sobre las sepulturas de sus hijos, y de ahí se vino á su casa».

Y concluye la relación del cronista: «Gran espanto puso este hecho en toda la tierra.»

En la Plaza de los Bandos hay una casona solariega, triste: la de doña María. Ella inicia una calleja estrecha y silenciosa. De noche, diríase que se siente el galopar de los caballos al retorno de la venganza de Villalba.

Las torres de Monterrey.

Id á contemplar de noche las torres de Monterrey. Tal vez regresáis del campo. El oro de las piedras se ha tornado mate. Anochece. Sobre el fondo de silencio de la ciudad se oye, á lo lejos, vocear de chiquillos en las plazas solitarias; luego, alguna guitarra escolar; después, un pianillo; finalmente, limpiando el aire de aquellas profanas estridencias, el tañido grave de una dulce campana de monjitas: ¡*Ave María!* Por las calles de la ciudad, escolares. En alguna reja luminosa asoma una muchacha, que también espera, con anhelante esperanza, el final de un curso.

Es Salamanca á la caída de la tarde, cuando el sol se ha hundido dejando huellas de luz en el llano, encendiendo sus piedras, dorando las mieses de sus campos. ¡Las mieses!

De eternidad nos habla la ciudad al recogerse, de mieses del espíritu; á cantar nos enseña las horas de mocedad que lloraremos luego.

Y entramos en Salamanca por el campo de San Francisco casi siempre. El cimborrio de las Agustinas pone una nota de inquietud en el ambiente plácido: misterio, esperanza, muerte; no lo sé. Acaso, al abocar la plazoleta, suena la esquila del convento. Y pensamos en las monjitas, en su vida quieta, en los deliquios y en las pláticas con el Esposo Amado; en la vida monótona, tranquila, limpia, de aquellas tapias. Pero enfrente se alzan románticas y soñadoras las torres de Monterrey.

Hablan de ensueño aquellas dos torres gallardas de la fachada, aquella graciosa sencillez de los muros. Solamente al remate, sirviéndoles de cimera, se alzan las galerías con sus arcos rasgados, con sus columnas de primorosos capiteles. Aquel encaje de atletas, dragmas, quimeras, desafía la limpidez del cielo, y dice que también la inquietud es noble, que bien vale el afán del vivir diario cuando unos ojos puros nos alumbran el sendero.

¡Torres de Monterrey! Se dijera que un juglar invisible dice endechas á la beldad de una

dama; que detrás de los muros discurren pajes y bufones dialogando con sutiles razonares florentinos. Falta en aquella plazuela una mandolina, la queja llorona de un violín, la blasfemia de una guitarra que hace crujir sus cuerdas de celos; falta la princesa encantada.

En aquella hora, ante aquel silencio, las torres de Monterrey hacen resbalar por el espíritu toda la poesía, todo el encanto de la ciudad plate-resca, sostenida por manos veladas de magas que no olvidaron que la ciudad era de mozos que estudian y, sobre todo, que sueñan.

Pero Salamanca, lentamente, por incuria, por dejadez, va encerrando sus recuerdos, haciéndose avara de ellos, ignorando acaso que los tiene

Pocas ciudades más sugestivas y más nobles. Da la esencia de la raza, la piedad unida á la fantasía, la austeridad al verso, la sobriedad á la locura. Orgullosa de su tesoro, no quiere mostrarlo á plena luz. ¿Por qué? ¿Hay, por ventura, algunas piedras más evocadoras que las que escondieron las tercerías de Celestina, las malas andanzas de Lázaro, los encantamientos de Enrique de Villena, los sueños de noche estrellada de Fr. Luis de León, las boberías de los árcades y el canto aldeano de Gabriel y Galán?

Salamanca, 1911.

ZAMORA

Para Paco Antón.

El espíritu leonés.

Zamora pertenece al Reino de León. Históricamente, geográficamente, espiritualmente. Con las provincias de León y de Salamanca, como todos sabéis. Zamora confina con Orense y con Portugal; Salamanca, con Portugal y con Extremadura; la provincia de León, con Asturias y Santander, tierras costeras, y con dos provincias gallegas: Orense y Lugo. Son, pues, tierras fronterizas las tierras de León.

Históricamente conocéis las andanzas de estos pueblos; Zamora, entraña de León, fué pisoteada por Castilla.

Espiritualmente—tradición, carácter, paisaje, piedras, fisonomía de sus hijos, sabor actual, ecos de leyendas pretéritas—, ni Zamora—Toro, Benavente—, ni Salamanca—Ledesma, Ciudad

Rodrigo, Alba de Tormes—, ni León—Astorga, Sahagún—son pueblos castellanos. Y en Zamora hay pueblos portugueses: Alcañices. Y en León, pueblos gallegos: Ponferrada. Y en Salamanca, pueblos extremeños: Béjar.

Así, León es una cosa distinta de Castilla. Castilla, Castilla la Vieja, es Burgos, *caput Castellae*. Castilla, Castilla la Nueva, es ¿Madrid, Toledo, Cuenca? Pero León es, ante todo y sobre todo, Zamora. He descubierto estas cosas aquí en Zamora, ante este románico típico, leonés, ante este paisaje, y no voy á ocultar mi descubrimiento á los sociólogos é historiadores de hogño.

León es un pueblo exótico; la Catedral estaria bien en Alemania, en el Este de Francia; puesta donde está desentona de los portales de la farmacia del señor don Fernando Merino, Conde de Sagasta, y de las casucas miserables que la rodean. Frente á la puerta principal de la *Pulchra leonina* han visto mis ojos una fuente retrechera que estaba pidiendo á gritos tres docenas de cartuchos de dinamita. San Marcos tampoco está bien en León. En León sólo nos recuerda la tierra San Isidoro, el panteón de los Reyes. Y alguna casuca hidalga; nada más. Salamanca es un pueblo opulento, monumental, mimado por el sol; pueblo italiano á ratos... Solamente la Catedral Vieja, San Martín, San Marcos, nos hacen evocar la historia de Salamanca. En Zamo-

ra, en cambio, todo es leonés. Media docena de iglesias estupendas: San Juan, Santiago, la Magdalena, Olivares; otras que no recuerdo—sin contar la Catedral, San Salvador—. La leyenda zamorana es leonesa: Doña Urraca, sus amores con Rodrigo, Men Rodríguez de Sanabria, el fiel amigo de Pedro el Cruel—la casa de los Sanabrias es hoy el parador de los Momos—, el recio obispo Acuña, el comunero. El paisaje es leonés: el Duero, tierras del Duero, vegas del Duero, valles mimosos; Valorio, transición del paisaje salmantino al orensano, al astur y al de la provincia de León. Ninguna opulencia, ningún exotismo en los edificios. Están colocados donde deben de estar. La Catedral, mirando al río; la Magdalena en una plazoleta llena de hechizo, frente á la Virgen feúcha del Tránsito; lienzos de murallas dando cara á la carretera de Toro; hasta el ridículo Instituto Provincial de segunda enseñanza está fuera de la ciudad, que dentro de ella estorba.

He tenido, voy teniendo, tendré en Zamora la sensación de lo que era el reino de León, de lo que todavía es y de las diferencias que le separan de la región castellana. León no era una mera nomenclatura geográfica; León era un pueblo intermedio entre lusitano, astur, gallego, extremeño y castellano. Más flexible que Castilla y, por ende, de menos personalidad. Con su amor á lo sencillo, á lo sobrio, á lo se-

vero. Pueblo que sabe recogerse y saltar sin estruendo. Pueblo de altivez, de individualismo, repleto de gestos rebeldes. Pueblo el de León, colocado entre corrientes opuestas y fluctuando, sin irse al fondo, en medio de ellas.

Mirad estas gentes zamoranas, leonesas, salmantinas. Esa unilateralidad, esa pobreza mentales del castellano, no rezan con ellos. Tienen algo de la ondulación portuguesa y de la zorraería gallega—maragatos, sanabreses, charros—. Ni idealistas como los castellanos, ni prácticos como los catalanes. Las dos cosas, en dosis suaves, á la vez. Viven una democracia llana. Nadie es más ni menos que nadie. Los que están en lo alto de la cucaña social divierten á los espectadores. Los diputados á Cortes son mandatarios; los diputados de la provincia, recaderos; los concejales son eso para que les molesten. No son vanidosos. A ratos, sólo á ratos, soberbios. Y la dureza aparente—como la de esta piedra arenosa y dúctil—es capa de ternura, y juegan á la seriedad decorativa los que están llenos de alegría.

¡Suaves tierras de León! Zamora es la entraña del viejo reino. Es ahora de noche; voy á salir de viaje; dentro de media hora rodaré por esas calles. Zamora duerme en el calor de una noche de Agosto. Allá, en el fondo de la plazoleta, se destaca un manchón negro: el campanario de Santiago... Ya he subido al tren. He aquí el Due-

ro, los tres puentes, las cúpulas de la Catedral en aquel altozano. Y en todo esto veo yo la fisonomía actual leonesa: Doña Urraca, Padilla, Bravo, Acuña, *Clarín*, Ruiz Aguilera, Sánchez Ruano, gente rica de recursos, taimadilla á las veces, pero bonachona siempre. Y con la imaginación veo en una sola plazuela San Isidoro de León; la Magdalena de Zamora, la Catedral Vieja de Salamanca, la vega de Teresa en Alba, el pardo Duero, el Agueda lamiendo el castillo de Enrique el Bastardo... Otra cosa que se parece á Castilla, pero que no es Castilla. Una cosa cuya sensación da Zamora y solamente Zamora, algo Ledesma, algo Ciudad Rodrigo, menos Benavente y Astorga, casi nada Salamanca la dorada y León la paradójica, con su Catedral gótica de países lejanos que duermen cerca del Rhin...

Zamora es una ciudad inefable, única, donde la tosquedad de las piedras areniscas, los remiendos de sus muros, la pobreza y la austeridad de sus gentes nos recuerdan continuamente al buen Rodrigo Díaz de Vivar pendiente de la gloria, Dios sabe si enamorado de aquella infanta doña Urraca que recuerda su gallardía moza, y pendiente, ya que la boda de sus hijas con los de Carrión ha sido cosa poco razonable, y pendiente, decimos, del botín. En el reino de León, las almas, cuando vuelan, no pierden de vista los terrones patrimoniales, y debajo de la gloria se ofrece el botín con sus codicias tentadoras.

En la Catedral.

La Catedral de Zamora está á un extremo de la ciudad. Junto á los restos de la problemática casa del Cid. Cerca del castillo. Dominando el paisaje, verde y mimoso, las aguas turbias del Duero. Allá á lo lejos tierras portuguesas.

La Catedral de Zamora no atrae muchos turistas. Es recogida y huraña. La situación geográfica del pueblo de doña Urraca y de *Clarín*—*Clarín* nació en Zamora y no sé que haya una calle que lo recuerde—no puede ser más enojosa. Es un paso entre Salamanca y Astorga. Se comunica también con Medina, pero tiene un ferrocárril tan lento como una carreta de bueyes. Las horas de llegada á Zamora de los correos del Oeste son deplorables: la una y media de la tarde, la una y media de la noche. Cuando no hay retraso, que lo hay un día sí y otro no. Así, Zamora vive aislada. ¿No puede ponerse remedio á tal estado de cosas, señor Delegado Regio del Turismo, querido señor Marqués de la Vega-Inclán? Porque Zamora podía vivir como Burgos, como Toledo, como Avila, de sus piedras. Y á las fondas van sólo los viajantes. Y á las ferias de Semana Santa los sayagüeses.

Hablaba de la Catedral... A mí me gusta mucho. Sin embargo, mi impresión personalísima no vale nada. Pero es el caso que los arqueólogos, que los artistas, que los hombres de vida

espiritual, dicen lo mismo. Y esto ya debe tenerse en cuenta...

Yo la he visto esta mañana, bajo un cielo radiante, desde el otro lado del río, desde el arrabal de Olivares. Me ha causado una impresión que no se borrará nunca; le debo esa visión inefable á Paco Antón, zamorano, una de las mentalidades más vigorosas de la juventud castellana. La torre del *Gallo* de la Catedral Vieja de Salamanca no vale lo que las cúpulas zamoranas de San Salvador. Se diría que estamos en Constantinopla. ¡Qué gallardía, qué elegancia, qué majestad, qué ligereza de cúpulas! ¿Y aquella piedra arenosa, tosca, indómita, altiva como el alma de mi raza? ¿Y las aguas pardas del Duero que dicen romances? ¡Corazón, corazón, puedes estar satisfecho! Has bajado á las Catacumbas, has paseado por Venecia, has soñado en Tarragona y en Toledo, has visto al amanecer la silueta elegante, femenina, cristiana, de la Catedral de Zamora.

¿Fechas, datos, detalles? Para salir del paso se han inventado los diccionarios enciclopédicos. Nosotros no queremos hacer eso; quédese para los eruditos que no admiran una piedra si no saben la fecha en que fué labrada.

Las primeras horas de la tarde. Hemos venido á la Catedral bajo un sol agosteño, de plomo.

Hemos entrado por la Puerta del Obispo. Silencio. Subimos por la escalinata y penetramos en el interior. Canturrean los canónigos perezosamente. Un fresco delicioso nos azota la cara. Leemos las inscripciones donde yacen enterrados algunos obispos. ¡Pobre señor Ortiz!

¡Horas de paz, horas de calma, horas de alegría! Hemos vivido mucho en pocos años; nos ha perseguido el hastío siempre; aquí nos sentimos calmados, fervorosos. Estas piedras hablan al corazón. Estas piedras han oído siglos y siglos, dolores de madres, esperanzas de hijos, tragedias calladas, alegrías silenciosas también. Estas Vírgenes bizantinas, estos Cristos sangui-nolentos, estos cuadros renegridos, han visto llorar á los abuelos de nuestros abuelos; verán llorar á los hijos de nuestros hijos. Si no es tan eterna la piedra como el espíritu del hombre, es menos fugaz que nuestra existencia. Para la piedra no existe el tiempo. ¡El tiempo que todo lo explica, que todo lo justifica, que lo perdona todo!

Se marchan los canónigos. Penetramos en el coro. Es la joya de la vieja Catedral, la perla «de la perla del siglo XIII» que llamó á esta Basílica Quadrado, el trota-tierras. Cánovas cantó este coro, y al cantarlo, su estilo fué menos retorcido que nunca. Caveda, Manjarrés se extasiaron ante la estatuaria del coro. Además, no se sabe quién fué su autor. Conjeturas de Fernández

Duro, de La Fuente, de Antón, de Quadrado, pero conjeturas. La fantasía—madre del arte—puede volar mejor así. Lo más probable es que el autor del coro fuera Rodrigo Alemán (1470-1542), que también labró la sillería de los coros de Ciudad Rodrigo y de Plasencia. Aquí, en un cajón, dos hombres tocan unas trompas. Aquí, ante una mesa llena de viandas, un frailecico gordo se hace el remolón. Profetas barbudos. Este fraile lee un libro ameno—¿Boccaccio? ¿Aretino?—. Hémos ante David con cetro, corona y manto real. Unos aldeanos á la greña disputándose un pellejo de vino. Dalila: Sansón; un Sansón afeminadito, barbilindo... Un Abel de expresión ceñuda, de gesto amenazante. Viste Abel un traje florentino del siglo xv. Su lema es «*Vox Sanguinis*»: ¡voz de la sangre! Voz de la sangre que provocó el primer fratricidio. ¿Comprendéis el torvo ceño de Abel el bueno?

¿Para qué seguir describiendo? El llavero nos mira con impaciencia. Hoy se ha ganado la propina. ¡Y vendremos tantas, tantas tardes á reposar del diario afán en este coro de la Catedral de Zamora!

Querido Antón: toda la tarde le recuerdo. Usted por los Madriles, entre ateneístas, oyendo los apotegmas del general Vallés y de Julio Cejador.

Y yo en su pueblo. En su pueblo que usted
me hizo amar de adolescente.

Un sol rojo, de fuego; la puerta del Mercadi-
llo; el portillo del Carmen:

Estando del rey don Sancho
la gran Zamora cercada,
y puesta en muy grande aprieto
por la gente castellana,
el traidor Vellido D'Olfos
deseando libertalla
hace un portillo en el muro;

murallas ruinosas que miran al río la Zamora de
usted, querido Antón, la mía, nuestra Zamora.

Zamora, 1915.

LEON

«Pulchra leonina».

Me levanto temprano para renovar impresiones estéticas ante este prodigio de piedra que se llama la Catedral de León. Acaban de sonar las ocho; el cimbalillo capitular llama á los canónigos de la vieja Santa María de la Regla para los cantos matinales. Enfrente de mi ventana, en el patio del hotel, sobre los tejadillos, sobresalen las agujas cresteras de las dos torres, altas y desiguales, de la Basílica.

Poca gente en la calle Mayor. Lucen unos geranios rojos en el bello balcón esquinado de la Casa de los Guzmanes. A lo lejos, limitando una calleja transversal, se columbra el lienzo negruzco de una enorme casona solariega. Abren sus tiendas los comerciantes con estrépito. Y el sonoro cimbalillo sigue trenzando en el silencio de la mañana los alegres tañidos de su bronce.

Ya estoy en la plazuela, ante el pórtico primoroso de la Basílica. Las arcadas apoyan su ojiva

sobre pilares aislados y redondos. Las estatuas, peanas y doseletes se agrupan, llenas de gracia, bajo la portada. Santa María de la Blanca, coronada, con su niño Jesús en el brazo izquierdo, sonríe presidiendo su corte peregrina de apóstoles barbudos, profetas pesimistas, reyes vanidosos y santos humildes, desde el trono de su columnata gótica. El adusto ceño de estas estatuas, la expresión, la fisonomía, el vestido, contrastan grandemente con la alegría de la plaza, soleada por este sol mañanero y alegre, que da á las cosas una transparencia de cristal.

Antes de penetrar en la iglesia me detengo en el testero de la puerta. Las figuras de este Juicio final, tallado en piedra, han llenado otras veces mi espíritu de emoción inefable. He aquí el Supremo Juez, con su diadema en la cabeza, airado, ceñudo, adusto, con los brazos extendidos, enseñando las llagas de su pasión en el Calvario á los protervos y pecadores; he aquí dos ángeles que le custodian, y Santa María, y el discípulo amado, pidiendo al buen Jesús que deponga su ceño y perdone á los mortales que pecaron. Y debajo, ángeles y arcángeles, serafines y vírgenes del yermo, penitentes y obispos doctorales escuchan la sentencia, mientras á la izquierda espantables demonios arrojan á los protervos en calderas hirvientes. En ellas les tragan y vomitan monstruos horrorosos de muy difícil clasificación zoológica.

Ya estoy en el templo. La luz mañanera entra de lleno en las naves á través de la policromía de los cristales. Muy pronto pierdo en la Basílica toda noción de gravedad. Los delgados y esbeltos pilares, las columnas adosadas, los nervios delicados, los rosetones de piedra, parece que se desprenden de la tierra, que no están sustentados en ella, que son de humo, que son de fuego, y que ascienden hacia lo infinito, como asciende una hostia en las manos de un sacerdote, en el momento del sacrificio. El órgano llora en estos momentos las tristezas de David, zumbando roncamente lamentaciones centenarias, mientras la iglesia, globo de cristal, asciende con nosotros por los cielos, depurándonos de toda suerte de escorias terrenales.

Rezamos en la iglesia. Nuestra plegaria, envuelta en el incienso de nuestra emoción, nos lleva á un paraíso de luz y de cristal, donde las cosas no proyectan su penumbra, donde los ángeles caribobos sonríen con gestos aññados; donde las Vírgenes del Señor nos cogen de la diestra para enseñarnos un camino nuevo. Esta iglesia tiene su perfume, su encanto, su alegría, su optimismo, su niñez perenne. No tiene paredes, no tiene muros, no tiene cimientos la Catedral de León. La piedra en ella no es fruto ni flor. No es siquiera piedra. Es anhelo, gloria, ansia de eternidad y de vida.

Y ya no veo, ya no sé definir mis impresiones,

ya no sé percibir la elegancia, la esbeltez, la gallardía de sus tres naves caladas, de su bóveda arrogante y desafiadora, de la preciosa galería de su triforio. La línea de las ventanas bajas, coronada por un antepecho plateresco, es, en estos momentos, una raya cegadora, donde el haz de rayos solares se descompone en vetas rojas, amarillas, añiles, azules, verdes, que encincha la iglesia de cristal, iluminándola, alumbrándola, quemándola, como si el padre Sol no hubiera venido á la tierra más que á besar ardorosamente á su hija predilecta, que extiende por los hombros de su fachada, ahí fuera, sus cabellos rubios y esplendorosos.

Me siento en un banco gozando de la frescura de la hora y de esta grata disposición que presta al ánimo la fragancia del momento. Un clérigo dice misa en uno de los altarcitos laterales. Los canónigos siguen lanzando al aire sus notas guturales y largas. Una devota lee en un devocionario atentamente. Unos ingleses, seguidos de un *cicerone* singular que ya conozco, curiosean el trascoro de la Basílica.

Sigue diciendo su misa el sacerdote. *Orate, frates...* Esta misa, con esta paz, con esta transparencia, con esta cegadora luz estival, es de un hechizo inefable. El sacerdote, contagiado de la hermosura del lugar, da al rito una solemnidad austera y conmovedora. Apenas tiene oyentes. La iglesia, á medida que avanza la mañana, va

ganando luz, y las naves se encienden en una hoguera que enhechiza los sentidos.

Seguimos en el banco, prisioneros de la hora. Con estas catedrales españolas intima y se familiariza inmediatamente nuestro espíritu. Toman cuerpo en estas iglesias mayores de Castilla los lamentos de las gentes que han venido á llorar sus cuitas á los altares silenciosos, los ayes de dolor de cien generaciones que se han apagado bajo estas naves con el bálsamo de la oración y el consuelo de la fe, los anhelos de esperanza y de optimismo que han nacido, como flores de emoción, en estos palacios encantados de cristal. Y oyendo el órgano, respirando el perfume del incienso, brota del alma el sentimiento religioso que vive apagado en ella, el sentimiento religioso, que no es otra cosa que el reflejo de lo infinito en nuestro corazón, y nos sentimos anonadados ante la presencia del misterio que nos interroga.

¡Ay! En esta Catedral de León revive esta mañana mi espíritu alegrías pasadas, amargas pretéritas, y ante el sacerdote que pide en este momento misericordia al cordero inmaculado que borra los pecados de los hombres, me desposo solemnemente, para siempre, con la fe. Con la fe en algo, con el entusiasmo, con el brío, con la mocedad, con la confianza en un ideal, en una persona, en una cosa. Triste cosa es que tengamos que refugiarnos, como Teresa

en nuestro castillo interior, contra las asechanzas de fuera. Triste cosa es que tengamos que vivir con los ventanales del espíritu herméticamente cerrados á todo linaje de confianzas. La Catedral de León baña el espíritu en optimismo y en fe.

Permanezco no sé cuántas horas en la Catedral. Y salgo contento de mí mismo, animoso, resuelto no sé á qué, oyendo una voz interior que me designa una misión, no sé cuál. Fuera, en la plazuela, bajo los soportales fronteros á la fachada norte, un organillo desgrana las notas de una canción canallesca. Pero yo me he saturado de pureza dentro de estas naves y mi espíritu no percibe las estridencias de la tierra, y sueña despierto, con los ojos abiertos, por las calles de la vieja capital del reino de León.

San Isidoro.

Callejas estrechas, plazas silenciosas. Primeras horas de la tarde. Toca sonora y atropelladamente las campanas de las iglesias las vísperas del Señor Santiago.

Llevamos en León unos días. Ya nos vamos familiarizando con sus soportales, con sus casonas, con sus iglesias, con sus paseos, con sus gentes; conocemos las bellezas indígenas y la fisonomía castiza del señor Merino. Hemos admirado la barriada nueva que han construido, á

la entrada de la ciudad, los negociantes de carbón. Sabemos que las minas de Villabrinés pueden competir con las inglesas. Hemos visto los barrios populares, los mesones con sus tenadas típicas, los jardines de las afueras, la ermita de Nuestra Señora del Mercado. Hemos presenciado una sesión municipal. Tenemos nuestros amigos. Y queremos saborear, en estos últimos días, una impresión única en el reino de León: la visita á San Isidoro.

Tocan á visperas las campanas. Sin preguntar á nadie, nos perdemos, adrede, por las calles más típicas, más estrechas, más inextricables. Una buscona nos ha salido al paso, fumando un cigarrillo, diciéndonos no sé qué cosa, con una voz angosta y quebradiza. Un cura camina presuroso por la plaza. No sabemos dónde está San Isidoro, y vamos sin priesa, atraídos por las campanas, que percibimos más clara y distintamente cada vez.

San Isidoro. Aturde el tañido de los bronce. Ciega la luz solar en la plazuela. Desde el atrio, contemplamos la fachada peregrina. Predomina el carácter bizantino en San Isidoro. Todas las ventanas—las de la nave baja, las de la principal, las del crucero—llevan en sus jambas distintos capiteles. El edificio está ceñido por cornisas y canecillos. Se destaca, junto á la portada, un ábside lateral de proporciones reducidas. Están en obra, han tapiado la mitad del atrio, y

el escandaloso resonar de las campanas forma endiablada algarabía con los martillazos de los carpinteros.

Desde el atrio me voy dando cuenta lentamente del *sabor* de San Isidoro. El brazo del crucero avanza á la derecha. Entre sus rudos contrafuertes se destaca la puerta románica: dos cabezas de león sostienen su dintel. Una imposta ajedrezada sostiene dos magníficas ventanas de columnas dobles. Sobre la línea del brazo mayor, la puerta de ingreso á la Basílica.

Héme dentro de ella. Tiene la iglesia tres naves; las bóvedas son arrogantes; los pilares están asentados sobre zócalos. Media iglesia está tapiada por un panderete. Apenas puedo curiosear á mi antojo la austeridad, la llaneza, la elegancia, la exquisita sencillez de la Basílica leonesa. El abad, con una maza de plata, se dirige al presbiterio; lleva una magnífica capa granate. Inicia sus laudes y los canónigos, desde arriba, contestan á las plegarias del abad.

Como son vísperas solemnes, el órgano ruge, llora, canta, brinca de gozo, se estremece de espanto, insinúa con mimo, increpa con estruendo, según que los capitulares se lamentan, cantan las glorias del Señor, dicen alabanzas, se enternecen de amor ó lanzan apóstrofes. El canto es llano, de días solemnes. Los canónigos regulares, amantes de los cánones de la liturgia, un poco viejos y apocados ya, tienen voces temblo-

nas que resbalan bajo las bóvedas, estremeciéndose.

Estos cantos, oídos en San Isidoro durante una tarde de Julio, ante dos pobres mujeres que están arrodilladas delante del Sacramento, tienen una emoción singular. Las arcadas del crucero dejan apagar el estruendo de los cantos litúrgicos. Las ventanas bizantinas tamizan y velan la luz de la calle para disponernos al recogimiento. La iglesia está llena de sombras. El preste—que es el abad—tiene una voz fuerte y juvenil; las voces que llegan del coro son temblonas y apagadas. Y en este contraste tan bello, de la templanza refrenando el brío, de la calma dirigiendo la fuerza, hay una grata invitación á la vida del claustro, que ya se ha desengañado de de los vaivenes mundanales.

Las sombras se van adueñando de San Isidoro. Veo el panteón, adosado á la iglesia. Sus bóvedas bajas y sombrías descansan sobre dos columnas sueltas. Otras cilíndricas están empotradas en los muros.

El calor de la estación se ha deshecho en una tormenta. Gotea la lluvia sobre la piedra; relámpagos cárdenos iluminan la estancia; ruedan y zumban los truenos clamorosamente desde lo alto. Alumbrado por una luz amarilla, veo los túmulos de los señores reyes de León. Doce túmulos sencillos, severos, sin labores, están alineados bajo las bóvedas. Vistos con esta luz de

tormenta, me producen una impresión extraña. Me parece ver á la infanta doña Sancha descendiendo por el caracol de la iglesia con su amplia túnica, con sus mangas arrocadas, con sus cabellos recogidos en redecilla, hacia el panteón, rezando por el alma de su hermano Alfonso V el Emperador. Me parece revivir, ante esos huesos de reyes, príncipes é infanzones, épocas rudas de una fe que se impone á tizonazos. Y aquí mismo, en esta iglesia, relicario de santos, donde los restos del gran arzobispo de Sevilla San Isidoro, y los del pobre San Martín que de tonto se hizo listo á fuerza de arañar teologías, y la mandíbula inferior de San Juan Bautista se exponen y reverencian, revivimos la historia de León, no la estruendosa, sino la otra, la subterránea, la formada por el trabajo, lento y obscuro, de los que dieron fisonomía al reino fronterizo.

Saludamos al abad. Vemos el Monasterio. De noche ya, al perdernos de nuevo en la plazuela, yo os aseguro que he visto en el atrio las sombras de los dos Velas asesinando al dulce conde don García la víspera de su boda.

León, Agosto 1917.

UNAMUNO, POETA

Y mientras va cayendo la tarde y el cielo se ilumina de un resplandor rojizo, Unamuno nos dice gravemente que acaba de componer una oda, una oda á Salamanca. Unamuno da largos paseos todas las tardes, y rara vez es acompañado, en sus temibles caminatas de la carretera de Vigo, por los serios y doctorales colegas suyos. Prefiere la compañía de los muchachos, de los estudiantes, y como él tiene más que un alma moza, un espíritu infantil, con ellos se entiende á maravilla, y con ellos charla, y ellos son sus mejores confidentes y sus más leales amigos.

Y comienza el rector de Salamanca la lectura de sus sáficos, á campo abierto y en pleno atardecer. Recítalos en un tono salmodioso, litúrgico, un tanto extraño. Mueve la diestra en ondulaciones pintorescas: recita con todo el cuerpo y con toda el alma, ruda, nerviosamente, y nosotros que contemplamos su facha exótica, sus vestidos de pastor protestante; que sentimos cómo aquellos sus pensamientos van tejiendo en nuestras

almas mozas, comenzamos á interesarnos vivamente en la lectura.

Y recita Unamuno, imperturbable:

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo
que año tras año maduró en tus aulas
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y es el tranquilo curso de tu vida
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

Continúa su oración el pensador formidable, el robusto pelotari vasco de las ideas. El poeta ha prohiado á Salamanca; siéntese, en sus versos, padre de la ciudad toda y sabe cantarla con paternal amor. Después de todo, él ha concluido con su modorra de ciudad muerta; él ha sacudido su pereza inacabable, excitándola con diabólicas paradojas y con extraños embolismos.

Riéndonos por dentro, nos vengamos todos, á nuestras anchas, de Unamuno. Nos dice mil veces que él ha conquistado á Castilla y ha sido nuestra Castilla, la que le ha conquistado á él, hombre fuerte pero no tan fuerte como nuestro pueblo. Cantares de amador viril son las estrofas, cuyos ecos se pierden en el campo, durante esta tarde memorable. A lo lejos, las torres de la ciudad, los enormes corpachones graníticos de sus monumentos, nos hablan de

fe, paz y fuerza.

Y después de ensalzar á Salamanca paternalmente, habla Unamuno de nosotros, sus estudiantes. Oímos religiosamente. Ya sabemos que va á cantar nuestras rebeldías, nuestras intimidades novieras, la imagen que en nuestros ojos, cargados de lecturas soporíferas y boyunas, ha dejado la visión de una muchacha, cuyo nombre hemos grabado mil veces, furtivamente, en los pupitres universitarios de las aulas.

Como en los troncos vivos de los árboles
de las aulas, así en los muertos troncos
grabó el amor por manos juveniles
su eterna empresa.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olaya, Concha, Blanca y Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Y Unamuno concluye la lectura de sus sáficos. Dice que guarda en las honduras del corazón el alma robusta de su ciudad, y pide que Salamanca pregone su nombre en los venideros siglos.

Anochece. Se ha perdido el oro crepuscular en las doradas piedras que vemos desde el campo. Este comienza á cantar su tonada nocturna. Nos han llenado de paz, de una suave y deleitosa paz, los versos del maestro. ¡Los hemos vivido todos, como ahora dicen, y el rector los ha vivido en nosotros! Recordamos nuestros ensueños de la mañana, el odio que nos ha inspirado

un profesor pedante, el amor con que hemos mirado al piadoso bedel cuando nos ha anunciado la conclusión de la insoportable conferencia. ¡Aquel buen bedel, nuevo Sansón, libertador de filisteos, merecía un canto triunfal de Saint-Saëns...!

Callamos todos. Entramos en la ciudad, cuyas callejas, oscuras y castísimas, semejan, según la oda, los quebrados surcos de un campo urbano. Y de trecho en trecho, rasgando el jirón de la neblina pétrea, en una reja luminosa asoma una mujer. El galán estudiantil, despreciando la proximidad del examen, da rienda suelta á su libertad y á su amor.

Despídese Unamuno de nosotros. Es muy tarde para él—las nueve de la noche—, y Unamuno se acuesta muy pronto, como las gallinas. Odia el trasnocheo, y á duras penas conoce al sereno de su calle de Libreros. Los estudiantes comentamos, en alegre plática, las hermosuras de la oda, y más tarde, prosaicamente, la cuestión social del día: el casamiento de Lola y la riña de Concha y de Rodríguez. Luego, se retiran á sus deliquios amorosos los más, á la intimidad de sus hogares algunos, á la exégesis grave y docta de las Pandectas los menos.

Y cuando entramos en los patios de la vieja escuela salmantina aquella triste mañana del 2

de Abril, Unamuno, agitado, nervioso, con el rostro completamente enrojecido por la emoción, nos manda que entremos en el Paraninfo. La situación comienza á ser grave verdaderamente; los chiquillos continúan apedreando las ventanas del Gobierno civil: los polizontes custodian el edificio, y un orador, que tiene una tremenda semejanza con Krapotkine, dice cosas terribles contra aquel pobre poncio que por ser débil fué pecador, y que por no saber manejar cuatro latiguillos retóricos en la plazuela, llenó de luto el corazón de una ciudad tranquila. La Guardia civil, acuartelada, espera un aviso cualquiera para cargar sobre nosotros...

Unamuno, frenético, descompuesto el cordaje de sus nervios, rompe á perorar desde las gradas del Paraninfo. Nadie atiende. Unamuno insiste, vocea, chilla, se impone al fin... Habla...

«Queridos estudiantes: Contened vuestros arrebatos. Esto no puede ser. Se os hará justicia. Calmáos. Os pido, os suplico que os calméis. Contra la razón de la fuerza, oponed vosotros, muchachos, la fuerza de la razón...»

¡Plan! Una piedra rompe los cristales, que caen, estrepitosamente, sobre el suelo. Unamuno se entristece y calla. Se vocea por todos; la garganta de la ciudad vomita apóstrofes. Salen los estudiantes del Paraninfo atropelladamente; la Guardia civil viene á lo lejos. Relinchan los caballos, ansiosos, ¡ellos también!, de sangre.

Los estudiantes salen á la plazuela. Unamuno, pálido, los ojos brillantes, cargados de una inmensa melancolía, destroza los grupillos, ordena que abran de par en par las puertas de la escuela, pateo, grita... ¡Nada! La mañana es hermosa; los pájaros están de charla en los hilos del telégrafo: un sol dulce ilumina la mañana triste. Hay ganas de retozar...

«¡Orden, muchachos, orden; digo que orden! ¡Adentro!»

Y cogiendo á éste por las solapas, á aquél por la cabeza, al otro por las piernas, logra que unos cuantos entren en la Universidad.

«¡Todos dentro!»

La Guardia civil se acerca. Vomitan piedras de las ventanas, del cielo y del abismo. Una calle ha sido desempedrada en menos de un minuto. Aquella expectación es horrible; la muerte nos acecha.

Unamuno impone orden. Una pedrada, que ha cambiado de curso, rompe un botón de la chaqueta rectoral.

Iba á la cabeza, pero el traidorzuelo perdió el tino.

Unamuno se domina con un angustioso esfuerzo; acaso sabe quién ha sido el malcriado. Mas, como antes que él, están sus estudiantes, sigue metiendo pelotones en la escuela. Los guardias apuntan; aquel momento es horrible. Entramos de cabeza todos en la escuela. Gritan

los más pequeños; los mayores, horrorizados, afónicos, perdemos la noción del tiempo y del sitio. ¿Y Unamuno? Unamuno está en su sitio, sereno. La mayor parte de los estudiantes están dentro de la escuela y ya no hay peligro...

¡Tiros al aire, un bonito espectáculo! Suena el mauser con un sonido seco, cortante, lejano, como una tabla de madera que se raja. Reímos los encerrados en la escuela. Otra descarga. ¡Bien, bravo! ¡Qué bonita es la pólvora!

Ayes de dolor; los escolares que están en los claustros altos bajan atropelladamente. Las paredes de las clases están agujereadas. A la biblioteca, atravesando tres paredes, ha llegado una bala. Los que están arriba, los que no han podido bajar, están tumbados á la larga sobre el pavimento. Están poniendo como nuevas las aulas. ¡Mejor que mejor! ¡Así, mientras las arreglan, hay huelga forzosa!

¡Sí, huelga!

—¡Un cura, un médico, Federico se ha muerto!—grita un fantasma arriba.

Y subimos todos. Un estudiantillo, pálido y delgado, que era el sostén de su madre, yace... para no levantarse más. Creemos que es una broma.

Es un chiquillo con mucho miedo. Y al levantarlo por la chaqueta, horrorizados, vemos que tiene una enorme brecha en el corazón y que nos ha llenado de sangre.

Aquello es doloroso. Estamos rendidos. Queremos llorar y no nos deja la rabia.

—¡Abajo, en el Instituto, otro muerto! ¡Carreras, herido gravemente! ¡Bajad!

Nueva descarga, fuego nutrido y cerrado y un inmenso ¡ay! de la ciudad que gime, polvo...

Abajo está Unamuno. Queremos violentar las puertas que miran á la estatua del maestro León. Estamos, seguramente, locos: locos de dolor.

—¡Eso no se abre! ¡Esperad! ¡Yo saldré con vosotros!

—¡Otro muerto arriba, don Miguel!—decimos todos.

—¡Otro muerto! ¡Ah!

Y, silencioso, vuelve á imponer calma, sosiego:

—¡Todo sea por Dios! ¡Eso pasó! ¡Evitad lo que venga! ¡Quietos!

Y después de dos horas de una mortal angustia sale el rector con nosotros. En la ciudad hay un movimiento inusitado. Las muchachas, asomadas á los balcones, lloran; hay madres desoladas en busca de sus hijos; unas camillas de la Cruz Roja son conducidas al Hospital, á la sala de autopsias. Se reparte profusamente una hoja, unas líneas que no he podido olvidar todavía. Son palabras de un poeta y de un padre:

«Estudiantes salmantinos: Hoy es un día de luto para nuestra Escuela, atropellada, y para la ciudad toda de Salamanca.

.....

»La gravedad misma de los sucesos, la sangre derramada y los infelices que han perdido la vida, os exigen la mayor prudencia.

»Sobre todo, yo, que sólo tengo recibidas de vosotros pruebas de cordura y que he visto esta misma mañana cómo cesabais en vuestra actitud con sólo mi presencia, sin más arma que ella, os ruego que depongáis toda actitud levantisca y que confiéis en nosotros, en vuestros profesores, que como á hijos os consideramos y tomamos como nuestra la ofensa que habéis recibido.

«Retiráos á vuestras casas, ya que mañana mismo, viernes de Dolores, empiezan aquí, por antiquísima costumbre, las vacaciones de la Semana de Pasión, que para vosotros ha comenzado ya.»

Esto escribía Unamuno el día 2 de Abril de 1903.

El libro *Poesías* que acaba de publicar Miguel de Unamuno ha traído á mi espíritu, entre otros muchos, estos dos recuerdos: el de la tarde abrileña y el de la mañana triste, abrileña también. Juzguen los críticos los errores y los aciertos del libro. Yo me conformo con señalar aquí que tiene alma de poeta el hombre que cantó á Salamanca en una tarde clara y que supo, luego, en un momento terrible, darle aquella paz de que tan necesitada estuvo.

Madrid, Mayo 1907.

UN POETA CAMPESINO

Nuestro amigo José María vive aquí, en esta casa de dos pisos, con ancho soportal, de entrada apuntalada en arco. Unas macetas de flores decoran el balcón. Hay un grato olor á heno quemado. En la ancha antesala, colgadas de las paredes, vemos unas viejas litografías de santos anémicos, retorcidos y tristes. En la cocina cuelga de una argolla la ancha caldera, y al lado, en el rústico escaño de nogal, se sientan unos mozállones. Un pasillo largo y obscuro comunica con el corral. Picotean en él unas gallinas, y oímos el relincho de dos potrancos en la cuadra cercana. Sobre las bardas del corral columbramos, á lo lejos, sobre este lienzo de manchones grises de la loma extremeña, los picachos siempre blancos, de la sierra de Gredos.

Hay un grato silencio en este lugarejo del Guijo de Granadilla. Asomado al balcón del corral, se destaca la rapada cabeza de José María besuqueando á su hijo mayor, un nenote rubio, caribobo y nutrido, que sonrío.

Subimos al despacho del poeta. Es una pieza sencilla, modesta, casi franciscana. Un armario viejo guarda una ringlera de libros. El *Cancionero*, de Jorge Manrique; los *Auctos*, del paisano y amigo Juan de la Encina; una *Antología poética*, del obispo de Plasencia Sr. Jarrin y Moro; el *Kempis*, el *Flos Sanctorum*, las *Floreциllas*, del pobrecito de Asís; *Don Quijote*, *Las Novelas Ejemplares*, *La Celestina*, *Baltasar de Alcázar*, *Gutierre de Cetina*, *Manuel Esteban*, de Villegas; *Los Nombres de Cristo*, *La Perfecta Casada*, *El Lazarillo*, las Poesías de Fr. Luis, *La Guía de Pecadores*, *El Romancero*; los *Aires murcianos*, de Vicente Medina, Maragall, Campoamor, Zorrilla, Bécquer, Núñez de Arce, Quintana; libros de Unamuno, de Macías Picavea, de Domínguez Berrueta, del Padre Cámara, de Luis Maldonado, de cordiales dedicatorias. Periódicos, revistas, folletos...

En los claros, retratos de personas conocidas. El hermano del poeta, don Baldomero, retratado el día de la boda con la esposa; la fisonomía ancha, abierta, simpática del Padre Cámara, con los hábitos episcopales y agustinos, de pie ante una mesita con un crucifijo, bendiciendo en una letra horrible á su querido feligrés; la cabeza de Unamuno sumida en meditaciones tempestuosas, con los ojos desprendiendo luz detrás de los quevedos; una litografía de Laurent del *Cristo velazqueño* y los hidalgos macilentos, escuáli-

dos, tristes, que presencian el sepelio del Conde de Orgaz.

Sobre una camilla redonda escribe el poeta; hay debajo una dorada caja de brasero. Apiñanse sobre la mesa cartas, cuartillas y pruebas.

Habla el poeta, risueño. Sus ojillos azules bucean errabundos, de acá para allá; su ancha frente requiere el apoyo de la diestra; el chiquillote rubio, caribobo y nutrido, nos hace la merced de su carita para que estampemos un beso sonoro en sus mofletes. Es el poeta ocurrente y chancero. Bromea, ríe, traspira salud y fuerza, optimismo, equilibrio. Estos versos del poeta, empapados de paisaje oliendo á tomillo y á romero que dan gloria, silvestres, lozanos, alegres, limpios, nos dan la más exquisita, la más espontánea impresión de la raza.

Salimos al campo. Están trillando en las eras. Gravemente charla José María con sus aperadores y trilliques. Bromea, ebria de sol, de luz y de naturaleza, la gente campesina. Una churra ha parido aquella noche, no hay churra como la *Galana* en el Guijo; ¡habrá que ver la cría, dentro de unos meses, cuando vaya á la feria de Plasencia, talluda y gorda como la madre!

Luego paseamos lentamente para cruzarnos con el médico; con el cura, que salen de casa cuando no quedan de los rayos del sol más que unas franjas—rojas como la sangre—por el Oriente; llegamos charlando, charlando, hasta la er-

mita. El señor cura es reposado, sobrio en la glosa, tranquilo, paradito; el señor médico es un manojo de nervios, contundente, dogmático, seco, preciso. José María es una cosa y otra á la vez; José María se calla á lo mejor para otear el panorama; José María lleva dentro de su espíritu una música interior que le obliga á recogerse, á adentrarse, á ensimismarse, á extasiarse como un santito iluminado. Pero José María tiene carne mortal y hay en él el empuje primitivo, la agilidad mental, del pícaro. Los castellanos somos místicos y pícaros á la vez. José María hubiera sido, sobre todo, un enorme poeta satírico. Respetaba lo grande y se burlaba donosamente de lo pequeño y de lo mezquino.

Llegamos hasta la ermita—la ermita del *Cristu Benditu*—. La ermita, pobre, desnuda de todo ornato, rústica, descansa sobre un altozano, como si hubiera surgido naturalmente de la pedrada roca que la sirve de sustento, sin manos del hombre que la levantara, para adorar al Señor de los Señores. Hay unos canchales pedregosos por el camino; los informes manchones grises decoran el paisaje; las crestas blancas de la sierra de Gredos se levantan al Norte; una cigarra canturrea su monorritmo. Y momentos después, rasga el silencio la campana sonora del lugar.

¡Ave Marial

En Salamanca; José María ha venido á Salamanca. Ha sido consagrado como poeta en los Juegos Florales; Joaquín Costa, manteniendo la fiesta decorativa, ha dicho que en España no quedan más hombres que las mujeres...

Se ha leído *El Ama*. Gabriel y Galán aprendió cómo se hace la dicha más perfecta en el hogar. Seamos como nuestros padres; busquemos por esposas á las que tengan en su faz algún rasgo de la madre muerta... Ha muerto la madre de José María.

El arte, este gran amigo del dolor, ha convertido el dolor del campesino en el dolor de Castilla. Pero le ha salvado la esposa de la desesperación. Una sencilla labradora humilde le hace feliz. Es buena, amable, cariñosa, seria, cristiana, la labradora. Habiendo amor en casa, en el corazón, se suaviza el penoso trajín de las faenas. Con amor, las gentes se interesan por la casa, todos la cuidan, y Dios aumenta la hacienda. La vida en la alquería gira en torno de la esposa.

Canta en los valles el vaquero, cantan las mozelas en el regato al lavar, canta el tierno cabrerillo en la cuesta pelada. ¡Y canta el esposo! Del amor brotan cantos; de la tierra, frutos; de Castilla, paz...

El equilibrio del paisaje castellano ha entrado en el alma del poeta; su espíritu está empapado de la grandeza de estos ámbitos de tierras y de cielos.

¡... qué serena
la atmósfera azulada se extendía,
por sobre el haz de la llanura inmensal

La brisa de la tarde menea en la vega los
guindos, en el cercado los zarzales, en la vieja
encina la copa verde. La gaita del pastor llora
las dulces tonadas de Castilla:

cafan las cadencias
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.

Y el pensamiento es puro, y las penas man-
sas, y los placeres austeros, y el sueñecito repa-
rador, y el bien fácil, y la conciencia tranquila.
«Porque hay amor en casa»; sólo por eso...

Y aquí viene la ficción del poeta. No canta su
amor personal el poeta; canta el amor de sus
padres. ¡Ya no vive ella! Se ha teñido la vida de
tristeza en la alquería; en la besana no cantan
los mozos; los criados cenan en el escaño sin
decirse una palabra:

que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Días lentos, noches lentas de dolor. Las horas
ruedan sobre las almas que están solas. Se reza
el rosario por la difunta. Tiene el pan levadura
amarga de lágrimas calientes; pesan las faenas;

se cae la casa encima; ha perdido el pobre viudo
el cariño de la hacienda:

¡Qué me importan los bienes,
si he perdido mi dulce compañera!

Pasan los años lentamente sobre el espíritu
angustiado:

«El ama era una santa!»,
me dicen todos cuando me hablan de ella.

El velo del dolor no permite ver al querido
José María la luz de la belleza.

No le entra en la médula del alma la intensa
melodía del silencio que *se acuesta*, que se tum-
ba en el llano. ¡Ay! No le alegra el vivir de los
mundos, no le baña en bienestares el ambiente,
no le suenan á música las brisas, no le envane-
cen ya los partos de la churra, no le envanece
el galopar del caballo favorito. Resbala sobre él
la poesía sin agitarle. Los dolores grandes no
duelen. Acorchan, ensensibilizan. No mueven el
alma de poeta de José María los atardeceres
otoñales, las auroras de Mayo con cánticos de
alondras, las noches románticas de Agosto, estas
noches de Agosto—en que nosotros escribi-
mos—:

noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que á la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

Hay frío en la alcoba del ensueño de José María. Pero... pero él sabe hablar como su madre:

«¡Dios lo ha querido así!
¡Bendito sea!»

¡Pobre José María, muerto en la flor de la vida, recitando en los últimos minutos de tu existencia las eternas coplas de Jorge Manrique, el hijo del Comendador!:

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar á la mar,
que es el morir;
allá van los señoríos,
derechos á se acabar
y consumir!

¡Tú no te has acabado, tú no te has consumido, pobre amigo nuestro! Lo que tenías de arcilla fué á la tierra; lo que tenías de Dios... ¡Dios nos lo devolverá á nosotros, los castellanos, diluído en la eternidad de tus estrofas! Nuestro Dios es muy generoso...

Salamanca, Agosto 1915.



VENTURA RUIZ AGUILERA

Ventura Ruiz Aguilera ha nacido aquí, en esta noble ciudad de Salamanca, en esta plazuela silenciosa, en este caserón viejo y bello de San Boal, de los marqueses de Cerralbo. El padre de Ventura es el *boletero* del Concejo. Expliquémosnos. El boletero es este empleado humilde, este subalterno obscuro que, en nombre del Concejo, reparte á los vecinos las boletas para el alojamiento de las tropas. Son estos años de 1822, de 1824, de 1826, hartos revueltos y bulliciosos en todas partes. Se ha destapado la botella, y el amado rey don Fernando VII, amado hace... veinte años, ha visto cumplida su profecía. Se desparrama la espuma, cunde la desconfianza, las gentes viven con el natural recelo y todo son barullos y alarmas. Así el Concejo tiene su boletero y el boletero es el señor Ruiz, padre de Ventura.

Ventura nace en Salamanca, y en Salamanca se educa pobremente. La madre es muy ingeniosa y vivaracha; el padre sabe ganar el pan de los

suyos bravamente y conoce la virtud del ahorro. Ayudado con la protección de los Marqueses va el chico al Instituto. Después estudia Medicina. Lee sus libros predilectos: Meléndez Valdés, Jovellanos, Quintana. Aprende francés, y los nobles irlandeses del palacio del Arzobispo le dan á conocer la lengua inglesa. Lord Byron, Víctor Hugo, Musset, Leopardi, son entonces sus lecturas favoritas.

Ha heredado el mozo de la madre una ternura innata, una delicadeza, un instinto prodigiosamente fino para contemplar el mundo; el señor Ruiz ha legado al estudiante de Medicina una solidez moral de roca viva. El mozo adora lo misterioso, lo fantástico, la esperanza de la mocedad que no tiene contornos. Los libros de los poetas, los tratados médicos y los dulces amores escolares—en la calle de Libreros, en la de Traviesa, en la de Calderón, en la plaza de San Millán—consumen gratamente sus horas. Acaba la carrera; recibe la titular de Baños de Montemayor, en la provincia de Cáceres, muy cerca de Béjar; allí pasa escasamente un año Ventura Ruiz Aguilera. La imagen de Madrid le atrae como un imán.

El poeta, recomendado al Marqués de Valdegames, secretario de la Reina madre, para que completase la carrera de médico cirujano en el

Colegio de San Carlos, recordaba sin cesar las tertulias salmantinas de los románticos, apenas fué establecido el régimen constitucional «en la ciencia, en las letras y en las artes». En la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Eloy—que aún existe—, en el palacio de Monterrey de la casa de Alba, alternaban con las representaciones dramáticas de Shakespeare, las comedias de Moratín y los sainetes de don Ramón de la Cruz. Don Martín Sánchez Allú, discípulo del músico Doyagüe, Barbieri y el escribano don José Gallardo eran los románticos más devotos y aturdidos.

¿Qué hacía el poeta en Madrid? Con su «ingénita propensión al aislamiento», con su amor á la soledad, con su férrea altivez leonesa, ¿qué lauros iba á conquistar en la corte donde todos bullen, intrigan, cabildean, murmuran, enredan, sutilizan, engañan, vocean y declaman para ganar el pan cotidiano?

He aquí un busto del poeta, grabado en el año 1849, en Leipzig, por Weger. Imagináos á don Quijote con el traje de la época. La frente es ancha y prominente, los ojos azules, los bigotes y la barba canosos, cuidados, limpios. Hay una altivez muy grata en la fisonomía del poeta. Parece un tipo del Norte, un príncipe noruego, alemán, ruso... Es serio, agradable, don Ventura

Ruiz Aguilera; nuestros abuelos que le conocieron, adolescentes por esa época, nos lo pintan como una figura veneranda. Pasea por el Salón del Prado muy de mañana; va siempre solo; director de periódicos batalladores—*La Prensa, La Opinión, La Nación, La Europa, La Tribuna del Pueblo*—, no se codea con los gacetilleros y diaristas, ni ha sido diputado por ningún distrito de la provincia, ni personaje de campanillas.

Es don Ventura á secas; las mujeres le admiran; tiene un público numeroso y constante; su fama ha llegado antes al corazón que al cerebro de las multitudes.

Poeta civil, ha sacudido la fibra patriótica en los *Ecos Nacionales*, y la sentimental en los *Cantares*. Es un poeta popular.

Del *Libro de las Sátiras*, hablan los literatos, los críticos de la época—Giner, Pérez Galdós, Rivera Delgado—, pero las composiciones que dan un renombre exquisito á nuestro poeta son las *Elegías* y *La Leyenda de Nochebuena*.

Las *Elegías*... El poeta se ha casado en Madrid; ha tenido una hija, Elisa, un botón de rosa, y la hija se le ha muerto. Conocemos el dolor del hijo que llora la muerte del padre—Jorge Manrique en las eternas *Coplas*—, de la madre—Gabriel y Galán en *El Ama*—, pero no conocíamos en la lírica castellana dolor tan intenso, tan desgarrador, como el que inspiró á Ruiz Aguilera estas estancias de las *Elegías*. El dolor

del hijo por el padre es plácido, melancólico; sentimos que somos su continuación, su historia futura; vemos un alargamiento de su personalidad en nosotros que, lejos de ser ficción jurídica, es eterna y humana ley de vida. Pero el dolor de la muerte de un hijo es desgarradura de la propia entraña; es dolor moral y físico al mismo tiempo; es la muerte en vida para sobrevivir sin algo necesario; es el miedo horrible á que nuestro pobre nombre se hunda en el mar insondable del olvido. Parecen de una mujer, de una madre, las *Elegías* del poco á poco olvidado poeta salmantino. Y se complace en su dolor el poeta, lo desmenuza, lo analiza de tal suerte, que hace daño la lectura de las *Elegías*. ¡Linda como una flor era la niña! Aquí la tengo delante de mis ojos, grabada también por Weger. La frente es noble y abierta; los ojillos son melancólicos; es una nena seria la nena de Ventura Ruiz Aguilera. La boquita permanece cerrada; fina y recta, señorial es la nariz; los revueltos mechones rubios se dividen por una rayita. El cuello perfecto, llenito, da una grata sensación de salud.

«Por siempre ha muerto» el corazón de Ruiz Aguilera. Su espíritu se pierde, en adelante, con el de las cosas; su corazón vive de recuerdos y de esperanzas. Es un niño el viejo que espera la muerte como liberación para unirse en el cielo con Elisa. Rumores celestes, lejanos, tienen las

cuerdas de su arpa. ¿Es órgano que nos envuelve en nube de incienso, que nos aísla de la carne, que nos transporta al infinito? ¿Es guitarra que llora y que cruje, que rabia y que suspira, que implora y que exige, que ríe para no llorar, y que llora para no reír? No es órgano, no es guitarra la lira de Ruiz Aguilera. Es instrumento de serafines y de arcángeles; es la trompa de oro que llevan los angelitos de Fr. Angélico en los frescos de Fiésolo, de Florencia y de Prato; es momento de inspiración del artista cuando oye sonidos para él solo, que á duras penas sabe llevar al pentágono; es la revelación del destino espiritual del hombre y el abrazo de la Cruz á nuestro dolor.

¡Silencio!... ¿Oísteis?...
Suena en su estancia
un rumor tenue
cual si dos alas
un invisible
ser desplegara.

Don Ventura Ruiz Aguilera murió en Madrid en 1885.

ANDANZAS Y CORRERIAS

BEJAR

Para D. Pedro Dorado Montero.

Balcón en un altozano.

Aquí, desde un balcón de Las Madrileñas, enfilo los gemelos de campo para saborear á mi placer un soberbio paisaje bejarano. Va cayendo la tarde dulcemente. Abajo, á mis pies, la ciudad blanca se alarga encintada en el verdor. Los tejados rojos se destacan sobre la blancura; las solaneras del mediodía descansan sobre pórticos graciosos y simétricos; el cuadrilátero macizo y panzudo de San Juan sobresale de los aleros y tejadillos. Y los rayos de sol—de un sol de fuego—hieren con luz cegadora las cristalerías; y las persianas verdes, y los muros viejos de los jardinillos, y la espuma de este riachuelo que es venero de riqueza para las fábricas, componen una decoración llena de gracia y de finura.

Béjar, que es ciudad castellana según la Geo-

grafía, pertenece espiritualmente á Extremadura. Por un momento aparto los gemelos de la ringlera blanca de la ciudad, y los dirijo al Norte. Abruptos peñascales por todas partes; luego, la mancha azul y zarca de la Sierra. Y nuevos pueblecitos blancos—Valdesangil, La Hoya, Navacarros, Vallejera—, y espesos bosques de castaños, y copas elegantes y alegres de cipreses—de los cipreses que, sin saber por qué, se han trocado en España en arbolucos trágicos y melancólicos—y caprichosos zis-zás carreteriles, y nuevos manchones zarcos de la serranía vecina.

¡Deliciosa balconera la mía! Béjar parece una ciudad de nacimiento, un lienzo primitivo que hemos contemplado alguna vez en una buena pinacoteca de Flandes. Patinir, Petrus, Christus, han visto en ensueños esta linda ciudad. La hora y la sazón envuelven el paisaje en un silencio sedante y confortador. Solamente una campanuca del Castañar se ha permitido romper el encanto de esta tarde de Mayo con un tañido seco y grave.

Los rayos del sol van declinando poco á poco. Las seis. El sol ha dejado de perseguir las cristalerías de las solanas. El verde brillante de los centenos se torna más opaco. Y envolviendo, apretujando, abrazando amorosamente á esta ciudad que fué cuando moza bullanguera y romántica, este cerco extremeño de verdura perenne, estos castañares, aquellos cipreses del al-

tozano que da frente á mi balcón, el picacho de la sierra de Francia, y, en fin, las tierras paniegas de Castilla más arriba.

Anochece. Este crepúsculo es más breve que el de la llanura, donde la tierra roja adquiere un matiz sangriento, antes de apagar y diluir su tono. Se encienden allá abajo las luces de la ciudad. Y Béjar adquiere en esta hora una fisonomía extraña y peregrina. Parece un molusco de muchas patas; una sola calle es el eje, el caparazón; las patitas numerosas son las callejuelas breves, absurdas, asimétricas, que nos indican las primeras luces que comienzan á temblorizar en la noche.

Y en este balcón de Las Madrileñas gozo de una paz tan completa, de un reposo tan absoluto, que mi espíritu vibra al unísono del paisaje que es ahora un reflejo de mi propia emoción.

Nieve en las crestas.

Y otro día, lentamente, con el reposo que da esta ciudad á los espíritus fatigados, observo los tonos de color que ofrece Béjar á las distintas horas. Sobre el fondo eterno de verdura, coronándola y amurallándola, hay crestas roqueñas, pedregales. Que á ratos son rojas. Que después son azules. Que se anaranjan á la puesta del sol. Que son grises al anochecer. Que tornan á sonrosarse con la aurora. Que se platean cuan-

do el cielo se vela y lo cubren las nubes pardas. Que son siempre distintos y siempre iguales.

Y en el seno de estos peñascos, antesalas de la Sierra, yace á trechos la nieve blanca que reposa mejor en las cimas que en las faldas de los montes. Y se derrite por entre las resquebrajadas pedregosas en hilillos transparentes que rebotan con bullicio, cubren de espuma estos hilillos las raíces de los chopos elegantes y esbeltos de los castaños cumbrosos y de los cipreses salvajes. Y así el monte es fecundo en manantiales y regatuelos y el terrón está siempre fresco y esponjoso. Y la nieve, al ponerse en contacto con la tierra fecunda, al descansar amorosamente sobre su regazo, buscando el aire limpio y los espacios altos, la nutre de savia bienhechora y sabe vivificarla con su abrazo.

Y yo, que amo con ternura franciscana la nieve porque es pura, y el agua porque es alegre y juguetona como un niño, detengo la mirada sobre los manchones de nieve que blanquean las rocas. Y no sé apartarla de las cimas altas. Y este paisaje adquiere entonces á mis ojos toda la majestad de un símbolo. «Lo inaccesible—me digo—se hermana siempre con lo candoroso, y en las alturas se destaca lo sencillo. La nieve que surge de la tierra parece cosa del cielo, y el agua que sabe robar á los ríos, la devuelve después purificada á los campos sedientos y á los terrones apelotonados. De abolengo plebeyo se

purifica al solidificarse, y al hartarse de ser elemento decorativo en las crestas montaraces, vuelve á su estado primitivo para convertirse en útil.»

Algunos de estos manchones de nieve son eternos y no se deshacen nunca á simple vista. A simple vista nada más. Allá arriba, en esa cresta meridional, he contemplado esos manchones este invierno, torno á verlos ahora y los veré más cuajados en Diciembre. Y cercenan, sin embargo, su volumen en estío. Y saben poner una nota de frescura, de alegría y de limpieza al paisaje. Parece que le añiñan y le remozan á todas horas. Y además de añiñarle y de remozarle, le purifican.

¡Ah, nieve blanca, nieve pura, nieve que decoras las crestas, y que luego, derretida en agua, te despeñas bravucona por esos guijarros, empapando y refrescando esta perenne alfombra de verdor! ¡Dame tu blancura, tu elegancia, tu sencillez, tu pureza, nieve amiga; dame tu gracia infantil! Que abrevando amarguras en el lecho de la vida, nos purifiquemos como tú para derretirnos luego en arroyos de amor que refresquen los páramos ingratos de otras almas.

¡Santa nieve la de estas crestas serranas! Calmas el corazón; empapas el espíritu de optimismo y de alegría; infundes alientos para este batallar perpetuo por la vida, donde no se acaba

de vencer el eterno anhelo que no nos deja so-
segar nunca, nunca...

¿Dónde está tu hechizo, nieve? ¿En la gracia
de tu blancura, en la humildad de tu origen, en
la utilidad de tu destino, cuando te derrites por-
que te cansas de ser bella? ¿Dónde está tu he-
chizo, nieve de las crestas bejaranas?

Béjar, Mayo 1917.

CANDELARIO

Jadeando.

El auto jadea en la deliciosa ascensión. Cielo claro y nítido, la fábrica blanca de Navahonda, en un cercado el verde brillante del centeno, el más apagado de los castañares, el manchón zarco de la Sierra. Y el riachuelo espumoso va describiendo un semicírculo, y la carretera va trazando absurdos zis-zás, y el auto del «pobre Lucas», jadeante, asmático, afirmando los frenos con destreza, inicia tímidamente los virajes, deteniéndose ante la violencia de las cuestas, que es largo el pobre auto, y el precipicio atrae, y es estrecha la curvatura, y empinado el camino, y difícil y peliaguda, como pocas, la ascensión.

Piedrecitas en las ruedas traseras. ¡Ajajá! El auto retrocede á treinta centímetros del abismo, se afirma y agiganta como Anteo al contacto de la tierra, se detiene de nuevo y avanza por fin, sorteando el continuo peligro. El *chauffeur*,

atento á su volante, no se conmueve ante la blandura, ante la feminidad, ante la alegría austera y perenne del paisaje que tenemos delante de los ojos. Es el mismo paisaje de Béjar, más abrupto, más bravucón y más solitario. Aumentan los manchones de nieve en las crestas altas; los álamos, más densos, más tupidos que allá abajo, bordean las riberas del riachuelo; los vallecicos, densos y umbrosos, son frescos y escondidos como las tierras vírgenes; los pájaros trenzan sus notas agudas y aflautadas en el silencio de la tarde. Y nosotros, hombres de llanura, sorbemos con deleite esta dulce poesía que nos envuelve, recordamos paisajes de tierras lejanas, comparamos, añoramos horas de mocedad perdidas, y de estas añoranzas y de aquellas comparaciones, surge el juicio ponderado de estos lienzos complejos y armoniosos de serranía, primitivos y decadentes al mismo tiempo, como almas de mujer.

Como almas de mujer, decimos. Y como almas de mujer que hemos amado y olvidado á lo largo de nuestra vida. El paisaje serrano tiene su piel, sus ojos, su gesto, su sonrisa, sus contradicciones aparentes, sus muecas, su parlería gárrula y deleitosa. Los penachos nevados son la poblada cabellera; la alfombra aterciopelada tiene para el tacto la misma sensación que frescas manos femeniles; su coloración cambia á cada instante como ojos que saben espejar de-

seos no satisfechos y emociones que no han sabido colmarse en la realidad. Y la eternidad del paisaje es de la misma calidad que la de nuestras ansias. Por eso nos hundimos en su contemplación, y su personalidad diluye la nuestra, y del olvido surge la compenetración, la identificación de nuestro espíritu con el de las cosas en estrecho y prolongado beso franciscano...

¡Ay! El auto nos torna á la realidad. Un puente, unos molinos blancos á la derecha; las aguas espumosas del riachuelo brincan y danzan alegremente entre las hendiduras rocosas de los pedregales.

El ronco y sostenido clamor de la bocina despierta á un carretero que ronca ante los abismos espatarrangado bajo el toldo de su carrito. El último viraje, en fin. Y escondido, agazapado en un rincón—cinta lechosa en un fondo verde—el pueblecito de Candelario. Agua corriente en las callejuelas; pilones ó *romanas* de lavaderos; muchachitas con su moñito hacia adelante, su serenero ó esclavina verde, su corpiño, su faltriquera, los senos llenitos é insinuantes y su hablar mimoso y musical. En lo más alto del pueblo el campanario de la parroquia. Descendemos en una plazoleta solitaria. El agua de las calles murmura con estrépito...

El huerto del alcalde.

El señor alcalde está en su huerto. El señor alcalde ama la jardinería, sabe el nombre científico de las plantas exóticas, ha plantado un álamo gigantesco, ha hecho un parque francés simétrico y recortado, y posee la más linda colección de pensamientos que nosotros hemos visto en nuestras correrías. Los hay rojos, blancos, amarillos, negros, añiles. Unos ostentan dibujos monstruosos; otros el trazo de la luna llena; éstos, líneas que se cruzan y entrecruzan formando figuras de difícil clasificación geométrica; aquéllos, manchitas delicadas y tenues, granulaciones pintorescas—añiles, anaranjadas, rojas—que se esfuman al más ligero contacto.

El huerto del señor alcalde está en lo más alto del pueblo. Y desde el huerto se otea la más peregrina visión. La Sierra inicia su vecindad desde el paraje; el alcalde, en su doble aspecto de poeta y propietario, la contempla en este momento con fruición, á la sombra de un álamo copudo...

—El señor alcalde—nos dice nuestro amigo.

Estrechamos su mano. El señor alcalde nos gana el corazón en seguida; nos va mostrando los arbolucos tiernos, recién plantados, con la tableta de su nomenclatura; charlamos de política. Y nosotros, representantes de un diario amigo de las instituciones, asentimos convenci-

dos á los asertos de la primera autoridad del pueblecito de Candelario.

—Ya sé que es usted un grande, un excelente amigo de su Alteza Real la infanta Isabel—le decimos.

—Su Alteza Real es muy simpática—nos replica el alcalde.

Y añade con una mueca de mal disimulado regocijo:

—Cuando voy á Madrid no necesito audiencia para visitarla. Y la augusta señora me honra sentándome á su mesa.

Ya no hablamos de botánica; los vallecitos de la Sierra que tenemos delante de los ojos, se han convertido, ante la retina del señor alcalde, en el palacio de la calle de Quintana. Y contempla, ausente de su huerto, las garitas de los centinelas, la fuentecilla del patio, la amplia escalera de mármol, los sillones muelles y regalones de la sala de audiencia. Doña Isabel tiende gentilmente su mano al señor alcalde. Y embebido en su éxtasis, absorto, nuestro amigo oye una voz recia y llena que le dice familiarmente:

—¡Hola, Paco! ¿Tú, por aquí?

Hablamos todos de la Infanta: en Candelario, á la vera de nuestro amigo, gustó de los sabrosos yantares que han dado tanta fama al pueblecito encantador. Y presenció una boda su Alteza, sin olvidarse del presente para los novios. Y ponderó el paisaje con entusiasmo y sin reservas.

Y las fuerzas vivas que la rodeaban, asentían á las frases de su Alteza, diciendo el gobernador que era un sitio delicioso, añadiendo Cardenal que el Marqués de Vega-Inclán se preocupaba del turismo, asegurando don José Méndez, el diputado, que se inaugurarán pronto nuevos caminos vecinales. El señor alcalde, retornando de su ensueño, extiende la diestra ante los picachos fronteros y nos asegura con entusiasmo:

—Para mí que el viaje de su Alteza tenía segundas intenciones. El día menos pensado nos visita don Alfonso.

Recogemos pensamientos de tallos largos. Bebemos agua fresca, recogéndola en la palma de la mano. Abrimos el portón del huerto. El sol se va ocultando detrás de los picachos. El valle adquiere una coloración acerada, gris. Al soplo del viento, las copas de los chopos y de los castaños se mueven rítmicamente. Las calles de Candelario tienen el sabor de una aldeúca de Asturias; aleros y balconcillos de madera se destacan de la línea urbana; recios portones dan acceso á las viviendas; el agua de las rocas murmura alegremente, con estrépito.

El señor alcalde, ya querido amigo nuestro, nos hace la merced de ofrecernos su morada, para descansar unos momentos en ella. Desde la terraza miramos el pueblecito á la luz del crepúsculo. Y es tan blanco, tan blanco Candelario en esta hora, tan bello, tan mimoso, tan recoge-

do, que quisiéramos descansar en él—como descansó el fraile agustino en la Flecha—lejos de las locas baraúndas y de los necios trajinares de este mundo artificial de políticos, gacetilleros y farsantes en que nos movemos, por leyes inescrutables del destino.

Candelario, Junio 1917.

PLASENCIA

Visión nocherniega.

El tren pasa raudo por los primeros vallecicos de la región placentina. Estrellas saltonas en el cielo, el manchón lechoso del camino de Santiago, chispas que se desprenden de la máquina y que trazan círculos caprichosos antes de caer al suelo, frenos candentes y humeantes. El tren silba ronca y angustiosamente. Pedregales, olivos, regatuelos, lucecillas de una aldeúca cercana.

Calor asfixiante. Nuestros compañeros de viaje, unos aldeanos del pueblecito donde murió Gabriel y Galán—Guijo de Granadilla—discurren sobre política cacereña. Rafael Esbrí y Marcelo Rivas Mateo parece que comienzan á entenderse. Y los interlocutores guiñan maliciosamente sus ojuelos pardos y expresivos. En Almendral sube al tren un viajero de guardapolvo, sombrero cordobés, bigotes largos y mirada inexpresiva; lleva á Cáceres los dineros de la

recaudación en sendas alforjas de cuero. Y con los de Granadilla se enfrasca en la plástica politiquera. Y así me entero de las fuerzas que en el valle tiene Cepeda, de que Mariano Delgado volverá á presentarse candidato contra Esbrí en las *próximas*, de que el Obispo de Plasencia es un orador formidable y de que la usura florece en la Vera como fruto virgen, bravío y tempranero.

Me asomo á la ventanilla. Un vientecillo sutil y cortante que sopla desde tierras avilesas, desde Tornavacas, hace más agudo y sonoro el continuo silbo de la locomotora. Y un riachuelo espumoso se desliza por entre hendiduras azigzadas y asimétricas. Y unas luces blancas, desparramadas aquí y acullá, alumbran unas casitas alegres que forman un islote. Y en lo más alto del islote, las almenas de un viejo palacio amurallado. Y la masa maciza é ingente de la Basílica que toma cuerpo entre las sombras. Y unos viejos torreones á la izquierda, y los ojos negros de un acueducto que parece, en la noche, suspendido del abismo. Y olivos, y viñedos, y ringleras de chopos y de sauces en los caminos. Y nuevas luces en la falda del monte. Y la queja del río hendido entre las grietas y comisuras rocosas que sirven de asiento al islote fantástico de la visión nocherniega.

Plasencia. El coche que brinca sobre los rollos de las calles, patios de mesones alumbrados

con candiles, vestigios de murallas, torres altas de monasterios privilegiados, campaniles achaparrados de ermitas toscas. El reloj del Consistorio lanza una sonora y lenta campanada. La fondita.

Y sacudimos el polvo del viaje y vagamos á la ventura por las calles placentinas en las primeras horas de la madrugada.

Luces y sombras.

Y adrede nos perdemos por estas rúas, por estas plazoletas, que ya hemos visto y amado antes de ahora. Nadie en las calles. En este rincón crece la hierba, y la fachada sobria y limpia de una iglesia románica está solamente iluminada por el claror lechoso del camino de Santiago. Un convento á la derecha; las rejas acaban en clavos puntiagudos; las ranas croan en el Jerte.

Calle del Melo; plaza de Sosa... Casonas enjalbegadas con el escudo sobre el portón; los blasones de la ciudad «placentera á Dios y á los hombres» de ventanas enrejadas; la prisión que mandó levantar—leemos en la fachada—el alto y poderoso señor don Felipe III, rey de las Españas.

La Plaza. Allá lejos, la crestería de la Basílica rompe el telón de la tenue blancura que desciende del cielo. Dos lindas iglesias más, una

callecita estrecha, el seminario feote y enchafarinado de rojo, las rinconadas de la iglesia mayor. Y la evocadora plaza episcopal, en fin, que tiene en esta hora un encanto supremo. Un palaciete, de esquinado balconaje, con dobles blasones tallados en piedra, se destaca al fondo; á la izquierda, una rúa en cuesta está limitada, á lo lejos, por la sombra maciza de dos torreones negros; frente á Santa María, sobre la portada episcopal, lucen dos estrellas alumbrando el clásico sombrero acordonado. Y maullan unos gatos lastimeramente, y una codorniz que se despereza canta en golpes secos y rápidos su alborozo madrugero.

Más calles en cuesta, nuevas casonas blasonadas, otros conventos de la linda ciudad episcopal. Y la puerta de Trujillo, junto al puente, que nos recuerda las andanzas cervantescas, sus busconas eruditas, sus doncellas resabiadas y en esquilme, sus virotos trasnochados y trafagosos. De Plasencia es la Tía Fingida, aquella oronda doña Claudia de Meneses que exhiben en una jaula por alcahueta los corchetes salmanticenses; placentina es la buena Esperancica, á la que escoltan pregonando su fingida honestidad dos dueñas de tocas tupidas y de mangas arrocadas; placentino es aquel aventurero, don Cristóbal de Villalba, que saborea en Italia sabrosas aventuras de mocedad; placentinos son aquellos buenos Loaysas, diestros en templar guitarricos,

escalar viviendas de doncellas tempranas, señalar dados y barajas y embaucar maridos inexpertos. Pues en esta puerta de Trujillo florece la vieja picardía española. Las casitas achaparradas y toscas, viejas de cuatro siglos, tienen ese aire de complicidad misteriosa, y en ellas Esperancica primero, y la serrana de la Vera más tarde, concertaron sus trotes y retrotes de placentero amor.

Seguimos paseando ya fuera de la ciudad. Balconajes de madera, tapias altas, un castillete en el palacio episcopal amurallado. En un muro, la hornacina de una virgen alumbrada con un farolillo, mesones clásicos, iglesias, una alfombra verde, el cuadrilátero de la vieja fortaleza de Alfonso VIII. En las estribaciones de la Sierra, casitas blancas entre ringleras de olivos, sobre el verde cárdeno de los viñedos. La rayita cerca del puerto de Tornavacas, azulada como siempre, pero con los reflejos anaranjados del sol naciente que se refractan en él. Una ermita preciosa, románica, de campanil alegre y campesino...

Amanece. Tañe primero la esquilita de un convento monjil nerviosamente; luego una campana grave y sonora; después, con más alborozo y resolución, los bronces catedralicios. Y las viejas acuden á las primeras misas. Y los clérigos caminan presurosos á las sacristías. Y los pobres aldeanos del valle vienen son sus toma-

tes, con sus pimientos, con sus cebollas á los mercados. Plasencia se despierta. El señor Obispo abandona su lecho; la bolita de la ruleta acaba de señalar el 26, descansando hasta la tarde...

Plasencia, Junio 1917.

CÁCERES

Muy poco se sabe de la ciudad de Cáceres. Atribúyese su fundación á Jacinto Cecilio Melelo, quien le llamó *Castra Cecilia*, de donde los eruditos locales, podando y limpiando sílabas y añadiendo otras nuevas, quieren hacer brotar la palabra Cáceres. Indudable es que Cáceres se relaciona con la historia del Imperio Romano; hay en la ciudad vestigios de la dominación; las historias hablan de *Castris Cæciliis*, en el itinerario del camino militar romano de Mérida á Zaragoza; en la geografía administrativa del Imperio —tan descuidada ahora— se dice que en aquel punto preciso se iniciaba la *Via Lata*. Luego, durante la Reconquista, conviene sospechar que levantó armas contra los emires Omeyas. Presa la ciudad de Cáceres de las huestes sarracenas, fué conquistada para los cristianos por Alfonso VII, por Fernando de León y por Alfonso IX.

Se dice que Cáceres fué la cuna de la Orden militar de Santiago; pero si tal afirmación no se

funda en documentos históricos de positiva solidez, escrita anda en pergaminos que no se perdieron aquella otra de que Cáceres fué patrimonio de la Orden militar citada, á quienes la conquistaron, de nuevo, los almohades. Y se reconquistó la ciudad definitivamente al infiel, acudiendo á la pelea los caballeros más bizarros de los reinos de Castilla y de León, de Galicia, del Temple y de la Espada. Mas reconquistada, hubo que poblarla.

Recorda del fuero de Cáceres. Ningún vecino de la ciudad paga pontazgo ni peaje. Pídenla por juro de heredad los caballeros de la Espada, y antes que cederla, don Alfonso IX regala á los caballeros de la flamante Orden los lugares de Villafáfila y de Castroferate con 2.000 maravedises de oro. Del 15 de Abril al 15 de Mayo celebra ferias la ciudad; de Benavente y del Barco, de Alba y de Fermoselle, de los chalanes portugueses que no se atreven á acudir más allá de Vitigudino, llegan feriantes y logrereros. Luego, á la feria de San Andrés, acuden los moros; los judíos engañan á los cristianos con todo linaje de tretas y se dirimen las contiendas; se estrechan las manos y se celebran los alborques en las ventas de la ciudad. La provincia, antaño como hogaño, era fecunda en trashumantes, y las ferias eran tan largas de duración como preñadas de incidentes y de transacciones. Los feriantes no tenían más autoridad que la del Con-

cejo, que se reunía en la puerta de Alcántara.

Partidarios fueron los habitantes de Cáceres de don Pedro el Justiciero; su canciller, Pedro Mateo, selló con su muerte el pacto de fidelidad al monarca. En las contiendas con el de Trastámara, Cáceres dió su alcázar en rehenes á dos caballeros de la ciudad para que no lo entregasen ni al Rey legítimo ni al bastardo hasta que no depusieran sus rencores. Don Pedro concluyó el ineidente cortando la cabeza á los moradores del alcázar.

Con don Enrique III hacen valer sus fueros los cacereños; el monarca quiere enajenar la ciudad y se oponen aquéllos, alegando que la enajenación es contra fuero. En 1402 los procuradores de Cáceres acuden á las Cortes de Toledo á jurar sucesora de la corona á la infanta doña María, hija de don Enrique III.

También hay bandos en Cáceres con don Enrique el Impotente. Históricamente, Cáceres es ciudad castellana, y del individualismo castellano surge tan espontáneamente el espíritu de bandería como de la simiente de sus llanos el trigo que llena las alhóndigas. Las discordias concluyen con doña Isabel la Católica que va á Cáceres para jurar los fueros intangibles y redactar las ordenanzas concejiles de la ciudad.

En la conquista de Granada está representada la ciudad por la flor de sus mozos—ballesteros,

peones, lanceros—perfectamente equipada. En 1575, Felipe II visita la ciudad. A las guerras con Portugal también envía soldados la ciudad extremeña. Y en los tiempos contemporáneos, si no se cuenta la rivalidad de Cáceres con Plasencia que le disputaba la capitalidad de la provincia, nada tiene que referir el cronista. Cáceres, lentamente, se va trocando en ciudad muerta, que apenas tiene más vida que la de los curiales que vocean en el viejo caserón de la Audiencia territorial.

Ciudad muerta es Cáceres. Yo sé que no tiene obispo ni soldados ni apenas vida mental, y de Plasencia marchó á la ciudad extremeña una tarde bochornosa de estío. Ignoro también que tenga joyas artísticas, monumentos notables, arco de la Estrella y arco del Cristo. No sé nada de Cáceres. Pero voy á la capital de la Extremadura Alta porque un amigo me espera, porque las ferias están en su apogeo y porque se cuentan lindezas en Plasencia del donaire y del garbo de las cacereñas. A Cáceres me llevan mis años con pureza de intención; no pienso entonces en crónicas; ignoro que de aquel recuerdo queden posos en mi espíritu. No sé entonces que de aquel paseo venturoso por una ciudad muerta y tristoná, cuyos muros están pidiendo á voces el recitado del Romancero, quede este

anhelo de daros una impresión justa y sobria de una de las más viejas, sabrosas y desconocidas ciudades españolas.

Con mis huesos voy á dar en una fonda salmantina. Acaso me llevan á ella mis preferencias regionales, mi deseo de no platicar inútilmente con los mozos que se disputan, en plebeyo vocabulario, la maleta; no lo sé, pero en el comedor de la fonda hay una ringlera de tipos clásicos. Hay chalanes que cecean; profesores de colegio que disertan de política, de mujeres y de toros; un magistrado catarroso que saborea lentamente una pechuga de perdiz con el gesto torvo; una cómica que engulle con precipitación para ir al teatro en seguida; un cura; un modesto ciudadano con coleta, que en la plaza no se harta de correr y en la mesa de narrar sus fazañas en otros poblados; mi amigo y yo. Y mis compañeros de media hora me llenan de buen humor; pienso que bien vale la pena aquel comedor de fonda, con aquellos singulares y donosos huéspedes. Y salimos á callejear, naturalmente. Lluve. Refresca el cuerpo aquel menudo lloviznar de los trotes de un tren cansino; regalan el espíritu aquellas gotas menudas en la claridad de una noche tibia, en que la luna pugna por desgarrar las nubes, saliendo con el empeño. Desde unas callejuelas angostas salimos á la plaza, donde hay un viejo torreón musgoso. Nos sorprende gratamente aquel encontronazo. Y en el deambu-

lar nocherniego, nos damos cata de que una hilerá de gentes marchan en una dirección determinada, ganando una callejuela, que surge de la plaza, poblada de sombras. Hay una animación extraordinaria en la ciudad. Abundan los chalanes, las aldeanas de pañolones vistosos, el señorito de sombrero pavelo, lleno de polvo, con una vara de fresno en la diestra. Entramos en un teatrúcho. El buen pueblo ríe las donosuras de *El Amor que pasa*, interpretado por comiquillos de la legua, de voz engolada, gesto caballeresco y rostro chupado por la anemia.

La ciudad está dividida en dos partes: vieja y nueva. La ciudad nueva, población del siglo XIX, es una de tantas ciudades españolas muertas de tercera clase, con deplorable arquitectura concejil, con los mismos jardincillos franceses alisados, con las casonas petulantes y feas de los advenedizos sin gracia ni belleza ni gusto.

Pero la parte vieja, la *Castra Cecilia*, con sus recuerdos romanos, con sus vestigios árabes, envuelve y domina á la población de último cuño. Y esta Cáceres que no ha sido hollada por la plaga de los turistas ni de los fotógrafos, ni acaso adivinada por la respetable Comisión de Monumentos de la provincia, tiene un viejo sabor clásico. Sabor que no le prestan un monumento notable, una iglesia suntuosa, las piedras

mohosas de un palacio histórico, sino el conjunto, el ambiente, la colocación de los elementos arquitectónicos. Salamanca, por ejemplo, ciudad del Renacimiento, con sus espléndidas fachadas platerescas, con sus piedras rojas que enrojecen su anhelo de triunfo al crepúsculo de la tarde, tiene su sabor, su carácter, en esta plazuela, la de las Escuelas Menores; su alma escolar en esa calle de Libreros; su misticismo sombrío y austero en la Catedral Vieja. Cáceres, no. Cáceres—como Santiago de Galicia—en otro orden de cosas, tiene su alma en toda la ciudad. En las callejas árabes, sucias, estrechas y empinadas donde, sobre un fondo de silencio, llegan las voces de unos chiquillos que loquean en la plazuela inmediata, el vals frívolo que aporrea la muchacha indígena en el piano case-ro, la voz aguardentosa del narrador de crímenes que vende sus pliegos á los aldeanos extáticos; en el arco de la Estrella, con las almenas musgosas, el altarcito callejero poblado de leyendas, la cruz en lo alto, y como telón decorativo, las casas ciudadanas donde asoma el castizo portal; en la enorme Casa Árabe, desconchada, grietosa, con sus balcones altos y la copa de un árbol que se levanta serena detrás del viejo muro del alcázar; en la graciosa casa de los Golfines, donde asoma un Renacimiento de buen gusto, sobrio, modificado, entristecido acaso por la influencia del ambiente austero... El

alma de Cáceres está en el viejo Palacio Episcopal; en la iglesia de Santa María, de portalón gótico, enclavada en una plazuela desde donde se vislumbran dos torrecillas clásicas; en el Instituto... Cáceres no tiene desperdicio ni piedra ociosa, ni rincón inútil. Cuando iniciemos nuestra historia viva y las gentes quieran estudiar el pasado de la raza, Cáceres, como Toledo, como León, como Salamanca, será la estrella del camino.

Detengámonos con amor en estas piedras viejas, centenarias; en estas torres de matacanas, donde anidan las cigüeñas; en estos palacios de la nobleza regional. Recorrer las calles de Cáceres en la parte alta, cruzar sus callejones—tan hermosos como la clásica *Via delle volte* de Ferrara—es vivir en pleno siglo XII. Esta parte de la ciudad incrustada en una muralla robusta, á trechos romana, árabe á trechos, que corona el cerro de la población, defendida por altos torreones que á la hora presente pregonan todavía su magnitud pretérita. Las cinco puertas de la ciudad fueron los arcos de Santa Ana, del Cristo, de la Estrella y del Socorro, que aún se defienden algo caducos, y la puerta de Alcántara. Las murallas, los torreones viven recosidos á obras posteriores. El arco de la Estrella, por ejemplo, une la parte vieja al casco nuevo por

una escalerilla elegante. Fijémonos en la arquitectura del arco. Abierto en la muralla, une la plaza Constitucional, linda plaza castellana, con el interior de la ciudad y con la parroquia de Santa María. De piedra berroqueña es el material del arco y tiene forma de concha. Sobre su centro, en el templete románico que le sirve de remate, hay una Virgen que dista mucho de ser una joya escultórica.

Y la población antigua es fecunda en encrucijadas, en paredones, en torreones romanos, en casonas deshabitadas del tiempo de los árabes. Toda ella es un museo. El palacio de las Velezas, á pesar de sus pegotes y recosidos del siglo xvi, conserva el alma de aquel alcázar que levantara espléndido y cómodo, Alah-el-Gamí.

El alcázar domina la ciudad muerta y desconocida. Descansa en un aljibe. Dicese que es de piedra todo su pavimento. Con la restauración se deformó el edificio. Hoy es casona solariiega, con sus tres balcones, sus dos escudos de armas, su portada simple y sus ventanas asimétricas. Y muy cerca el palacio de los Mayo-ralgo. Su portaluco y su magnífico balconaje del centro, que circunda el escudo heráldico de la casa, son una hermosa página del siglo xvi.

Y en seguida, la iglesia de San Mateo, gótica. Dicese que se levantó sobre el solar de una mezquita. Es de una sola nave la iglesia; el arco

que sostiene el coro, espléndido. Al lado de la fachada, un castillete.

También la iglesia de Santa María pertenece al casco viejo de la ciudad extremeña. Es más gallarda que la de San Mateo. Tiene tres naves, oscuras, de fábrica gótica. Primoroso el retablo del presbiterio, es de madera de cedro, de acana, de cerezo. No está dorado, por fortuna. Dividido en tres cuerpos, representa la Pasión de Cristo. Por el interior, diseminados, varios panteones. La torre se añadió muchos años después de haberse levantado la iglesia. Y frente á Santa María, la casa del Obispo. Es uno de los palacios más evocadores de la ciudad. ¿En qué estriba su valor? No lo sé; en el silencio de la plazuela, en su austeridad severa, en su sencillez primorosa, en su inutilidad acaso. Porque Cáceres no tiene obispo.

Ya he dicho que todas estas callejas están almenadas. Se comunican por multitud de escalinatas con la población nueva. Las almenas sobresalientes y anchos aleros, con fachadas negruzcas, con sarracenos ventanucos, con portales de medio punto ó con ojiva árabe, tienen más sabor que las callejas toledanas, más ambiente de leyenda que la Salamanca de la calle de los Moros y de la calle de Libreros. Algunas callejas, las que llevan del arco de la Estrella al palacio de Torreorgaz, no tienen rivales más que en Mantua, en Rávena ó en Ferrara. La

plaza de San Mateo, con su casa del Sol, con su torre de las Cigüeñas, evoca toda la España del Romancero, como puede evocarla el arco de doña Urraca en Zamora. La torre de las Cigüeñas está ruinoso. Inicia un callejón flanqueado por un castillete medioeval, de caracol, y por la portalada trasera de la casa de los marqueses del Reino. Un farolillo dormilón ilumina, de noche, la torre vieja, habitada por murciélagos, buhos y cigüeñas.

¿Para qué hablar de la población nueva, lectores? ¿Para qué contaros la suntuosidad de su Casino? ¿Para qué fijarnos en esta urbanización concejil de hogaño que, torpemente, va destruyendo nuestra fisonomía? Mis ojos de muchacho vieron el resplandor de los ojos de las cacereñas, que también son árabes como el alcázar de su ciudad. En ellos descansé y ellos bucean halagos prometedores. He de poner, pues, en las notas elegíacas de estas impresiones á través de una ciudad muerta y melancólica, un brochazo mozo de esperanza y de alegría. Junto á los sudarios, caben los gorritos de los recién nacidos y fajados. Piense Cáceres en remozarse, en brotar de nuevo. Los segundones ya no viven de sus esplendores heráldicos; viven, confundándose con la burguesía, en el trabajo, que es amor y que es paz.

PALENCIA

Para mi amigo el doctor Navarro.

Me detengo unos días en Palencia. Es la única ciudad castellana que yo—andariego incorregible—no conozco. No sé nada de su historia, de sus monumentos, de su ambiente espiritual, de su riqueza. De Palencia no sé otra cosa sino que fabrica mantas, que su cacique se llama Abilio Calderón y que tiene un obispo muy inteligente—catalán—, el doctor Barberá y Boada, que regentando años atrás la diócesis de Ciudad Rodrigo, publicó notables pastorales sobre el absentismo. Y aquí estoy en Palencia, oteando su fisonomía que es tan linda como interesante.

He aquí la característica de las distintas ciudades castellanas. Salamanca es una floración del Renacimiento en plena llanura; Zamora es la ciudad del Romancero, de piedras toscas y románicas, hosca y severota, recogida y pobre; Avila, encintada en sus murallas, sobre el valle del Amblés, se nutre del silencio é invita al éx-

tasis; León evoca los orígenes de nuestra formación histórica y une la modalidad leonesa á la asturiana, preparando la transición de lo sencillo á lo complejo, de lo quebrado á lo curvo, de la llaneza central á la sutileza nórdica; Valladolid es la ciudad en proyecto, que fué corte y que dejó de serlo, que soñó grandes cosas y se despertó miserable, que fraguó un Imperio y no cenaba; el alma del siglo XVI y de Felipe II, su hijo. Pues Palencia es la burguesita del reino de Castilla. Limpia, sencilla, clara y agradable, sin recovecos, sin complicaciones, sobria. Castizos soportales en su calle Mayor; casas solariegas anchas, grandes, cómodas; catedral gótica estu- penda, de ábsides muy elegantes, un poco con- fusa é incongruente en su fábrica externa, llena de sorpresas gratas en su recinto; un paisaje sencillo y sereno, sin la monotonía de los llanos de más abajo, ya que está roto por oteros y mon- tículos; una tierra fría que no tiene el color ace- rado y gris de la estepa, sino un matiz anaran- jado y verdoso, como si ella fuera el punto de enlace entre el tono leonés del Norte y el apa- gado del centro, que en Palencia se inicia para diluirse luego en tonos opacos y parduzcos.

Esta impresión de claridad, de sencillez, de abundancia que da Palencia, se acentúa á medi- da que nos internamos en sus calles, que habla- mos con sus gentes, que nos damos cuenta del ambiente inconfundible de la ciudad. Parece

que simboliza el buen sentido castellano, su ponderación. Hay muchos conventos en Palencia y no le dan, sin embargo, el sello de pueblo levítico y clerical. Hay fábricas de mantas en las orillas del Carrión, y esta industria no parece rebasar los límites discretos de una elaboración casera y provinciana. Recuerda Palencia el sentido prudente de los heroísmos del Cid y los consejos sensatos de Teresa á sus monjas del Carmelo. No en balde casóse el Cid con Jimena aquí en Palencia, en la hosca iglesiuca de San Lázaro—fábrica que tiene más de castillo que de templo—, y no en balde tampoco, Teresa, al recorrer estos lugares, fundando palomares místicos al servicio del Señor, recibió abundante y pródigamente los favores de los palentinos y del obispo de la ciudad, Mendoza. Esta nota de colaboración, de comprensión, de quietismo, que no se mueve, pero que explica, justifica y ayuda la acción ajena, me ha parecido el sentido preterito histórico de esta tranquila y aburguesada ciudad de los soportales y de las mantas.

Porque en Palencia advertiréis bien presto que nada disuena ni desconcierta con bruscos contrastes. No es tierra de fanáticos Palencia, pero tampoco parece serlo de indiferentes y de escépticos. No son flores del llano el romanticismo ni la generosidad. Quiero decir, hablando en romance, que toda acción en el castellano es, inicialmente, una reacción de defensa personal

que podrá ser después, en sus derivaciones y desarrollos sucesivos, manantial de sacrificios y vivero de abnegaciones, pero que nace derechamente de una necesidad vital. Rodrigo Díaz de Vivar casa á sus hijas con unos palentinos, los condes de Carrión, no ya por fortalecer el prestigio y arraigo de la familia, sino porque son ricos los yernos. En todo el poema del *Myo Cid* descansan alternativamente el botín sobre la gloria y la gloria sobre el botín. El castellano sabe que su deber primero es el de vivir, y aunque eleve los ojos al cielo, tiene bien firmes los pies sobre la tierra. Y como Anteo, cobra nuevas fuerzas á su contacto.

Esta noble ciudad castellana no es un pueblo decadente y viejo como Valladolid—que espeja su catedral deforme, panzuda y á medio hacer—, ni un pueblo rico como Salamanca, ni un pueblo tosco y altivo como Zamora, ni un pueblo prócer como León. Es, sencillamente, un pueblo sin adjetivos Palencia. Yo creo que no ha sufrido alternativas serias en el decurso de su historia, del mismo modo que no experimenta graves contratiempos la bolsa, ni muy menguada ni muy ahita, del burguesito previsor. Palencia vive como vivía antaño y vivirá como vive hoy. De espectadora más bien que de actora. Al margen de los sucesos, sin meterse demasiado en ellos. Con espíritu de curiosidad y de atención, no desprovisto de simpatía para las transforma-

ciones que nos depàra el futuro, preñado de misterios.

A medida que va entrando el espíritu en Palencia—y entra muy pronto en ella—se percata uno de que las cosas están mejor de lo que sospechaba gratuitamente antes de conocerla. Da la impresión de que los palentinos obran un poco á la sordina. Todavía, por ejemplo, vive la ciudad comentando los pasados sucesos de Agosto. No pasó nada en ella; pero la represión llegó hasta aquí, llenando sus cárceles de presuntos comprometidos. Y en el jardincillo, bien cultivado, de don Abilio Calderón, brota el cardo del descontento. Que no estallarà iracundo, pero que vivirá alentado, limando resistencias. No chillará agresivo, pero no perecerá confiado. El castellano es así: perdona, pero no olvida.

En Palencia hay tan grato equilibrio entre las cosas, que no parece tener presente porque tiene historia, y que parece no tener historia porque ha ido renovando y remozando el aspecto de su ciudad. La catedral, la linda portada de Berruete del convento de las Bernardas—monasterio que fué primero teresiano y fundado por la misma Reformadora—, las Claras con su estupendo Cristo que es una momia de un viejo almirante de Castilla, casan discretamente con las piedras nuevas. Lo viejo no se oculta, alternando con lo flamante. Lo viejo, dentro de la economía palentina, debe ser un elemento aprovechable y

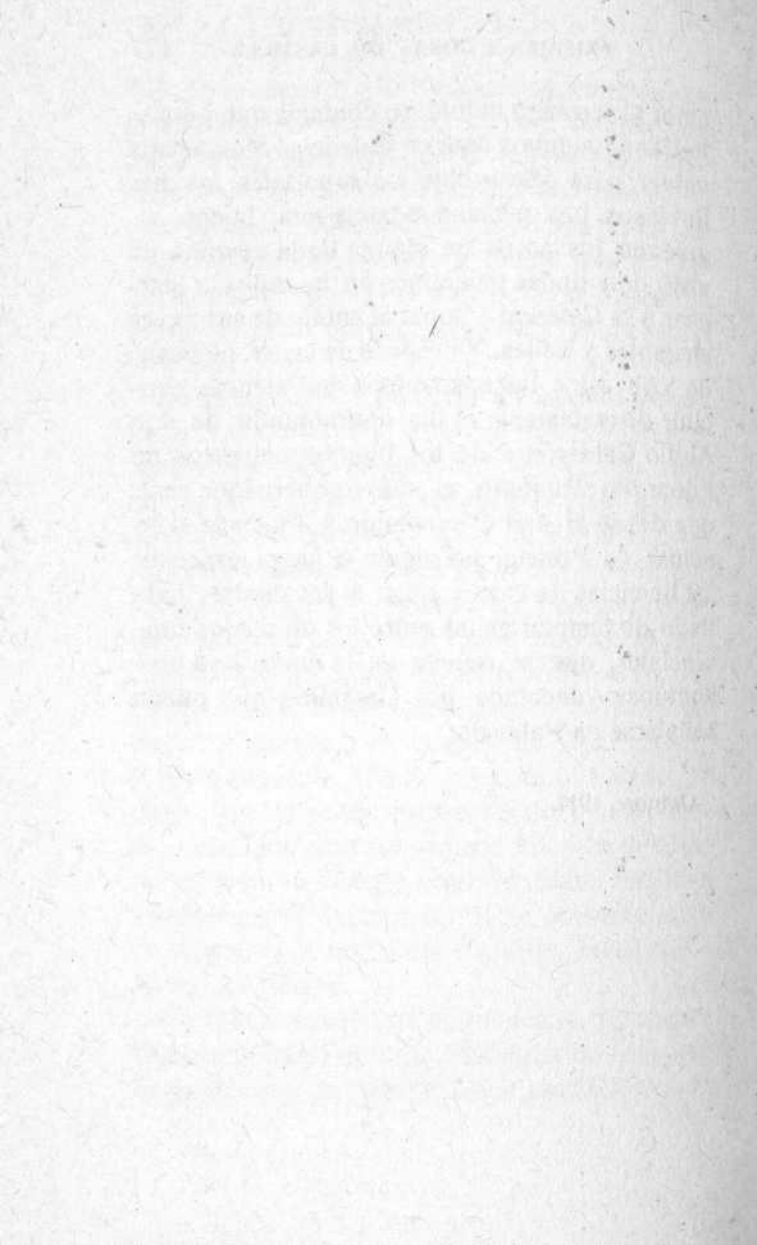
útil. Y lo nuevo y lo flamante no es tampoco presuntuoso ni demasiado chillón. Parece que pide, ruborizado, permiso al viajero para ofrecerle sus respetos en un pueblo que fué corte, que cobijó á Sancho IV, y que fué cuna de aquel hombre ponderado y bueno que se llamó Barrio y Mier. Y el viajero no se asusta de la irreverencia, porque no adivina la huella del *parvenu*.

He advertido en Palencia un secreto recelo hacia Valladolid. De la misma dolencia padece también un poco Salamanca, y hasta León, aunque León explique su reconcomio con graves disertaciones eruditas acerca de las diferencias regionales, más profundas de lo que parece, que separan á leoneses y castellanos. No comprendo que este vano resquemor turbe, ni poco ni mucho, la placidez sólida de los palentinos. Palencia tiene su sello inconfundible de frente á las distintas poblaciones castellanas. Tiene pasado y tiene presente. Tiene porvenir, limitado, es cierto, por las pocas exigencias del que no sueña demasiado para despeñarse á la hora del despertar; pero lo tiene, y acaso su misión histórica consista en no fluctuar con locos vaivenes, sino en mantenerse, poco más ó menos, la misma á través del tiempo.

De esta sensación de permanencia, de eternidad, de ponderación, de equilibrio, de sensatez, de limitación, de honestidad de aspiraciones, de

amor al terrazgo nativo, se contagia uno permaneciendo algunos días en Palencia. Me gustaría volver, para pasear bajo los soportales, los días lluviosos, una mañana dominguera. Luego, siguiendo los pasos de alguna linda devota—he visto muy lindas palentinas en la calle—, marchar á la Catedral y soñar al cobijo de sus naves elegantes y bellas. Y después de cenar, platicando con estos buenos amigos de Palencia, concluir discretamente el día murmurando de don Abilio Calderón y de los bigotes enhiestos de Eduardito Mendaro, el señor gobernador civil, que desde el *A B C* ha venido á Palencia para actuar de Poncio, perseguir el juego, extender las licencias de caza y silbar al levantarse, hastiado de templar gaitas entre los diputados provinciales, que se reúnen en la única casa presuntuosa—decorada por Gargallo—que puede señalarse en Palencia.

Octubre, 1917.



COSAS DE CASTILLA

MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

A Madrigal, desde Peñaranda, en una cesta, durante esta mañanita soleada de Mayo. Tierras fronterizas de León y de Castilla con la visión de los surcos infinitos, trigales talludos, cebadales y centenos. Ni una fuente, ni un árbol, ni una sombra protectora. Cruzamos con la diligencia de Medina del Campo, y el pueblo de Isabel, que nos parece tocar con la mano, está todavía bastante lejos. Divisamos sus altas torres de San Nicolás y Santa María, el alto lienzo de sus murallas desconchadas; el convento de Agustinos en las afueras, los restos de un viejo torreón que se yergue sobre las tierras paniegas. Un sol espléndido, bochornoso, que amenaza tempestad para la tarde, dora esta cruda y limpia altiplanicie avilesa. Casucas amarillas y bajas en la peña que sirve de cimiento á la villa, arbolillos en una hermosa explanada donde se alza un monasterio real, los torreones, cubos y castilletes de la muralla redonda. Y la torre de la pa-

roquia, con sus huecos cuadrados, se perfila ya en el horizonte, y el gallo de su cúpula, del tamaño de un «buche», según los naturales, preside el hechizo de esta dulce mañana luminosa.

Y tornamos á entrar en Madrigal, después de cuatro años de ausencia, por la puerta de Cantalapedra... Una galería desconchada, de cal y canto, remata el torreón de la puerta; una calle larga y estrecha—casas de ladrillo, escudos, balcones de madera—nos lleva á la plaza de la cuna de doña Isabel. En la plaza sobresale el ábside de la parroquia; enfrente, un edificio del siglo XVIII, con soportales y arcadas, nos resguarda gratamente de los rayos solares; solitaria la cárcel del lugar, que Fernando VI mandó levantar sobre los cimientos de la primitiva, evoca la figura de aquel pastelero impostor, Gabriel Espinosa, que apagó su sueño en los calabozos para dejar en el rollo la cabeza soñadora; otra iglesia asoma su fachada en un altozano. Cerrado el atrio de San Nicolás por una hermosa verja de hierro, entramos en la iglesia por la casa del ecónomo. San Nicolás de Bari es, por las trazas de su robusta fábrica, la catedral de estos contornos. Tiene un maravilloso coro del Renacimiento, trasladado desde un convento de agustinos que servía de pasajera vacación al autor de *Los nombres de Cristo*; en unos bajo-relieves que sirven de respaldo á los asientos están esculpidos los barbudos profetas del Viejo

Testamento. Y hay tablas flamencas y vestigios de un rico artesonado en la parroquia.

Asomados luego en la torre, divisamos un ancho paisaje castellano, monótono y uniforme. Las tres provincias de Avila, Salamanca y Valladolid se juntan aquí, al Norte, á cinco kilómetros de Madrigal. Y así vemos la masa creciente de Peñaranda, envuelta en una nube de polvo, allá á lo lejos; las torres de Nava del Rey, con los manchones cárdenos de sus viñedos; el castillo de la Mota, de Medina; los pueblos místicos de la Moraña; Fontiveros, Cantiveros, Bernuil, Cabezas del Pozo, Cisla, toda la calva planicie de Arévalo.

Y seguimos recorriendo el pueblo. Casitas bajas y anchas, de ladrillo siempre; callejas pinas y tortuosas; escudos rematando las portaledas. Un silencio maravilloso, tan intenso como el que encontró Don Quijote en la casa del Caballero del Verde Gabán, envuelve al pueblo muerto.

Salimos á la puerta de Arévalo. Ringleras de olmos bordean la calzada; unas tapias terrosas limitan el paseo; el enorme convento de Santa María de Gracia, antiguo palacio de los reyes de Castilla, forma parte de un trapecio que se inicia en el hospital, que forma una línea paralela á la de las murallas, que se inclina luego á la izquierda y que forma después una soberbia explanada frente al pueblo. La parte de la muralla, del siglo XII, está compuesta de una capa de

tierra y cantos; señala un arco imperfecto y dibuja luego un torreón primitivo. La muralla, muy bien conservada en aquel paraje, rompe su uniformidad con sus panzudos castilletes. Un señor alcalde de la villa ilustre, queriendo ocupar á los obreros durante una crisis invernal, les hizo derruir las murallas por donde ellos quisieron; los obreros dieron gusto al señor corregidor y sólo respetaron este lienzo, que se respetará hasta que llegue otra crisis, consultando los precedentes que para estos apuros se guardan en los archivos concejiles.

Contemplamos la casa de El Tostado, hoy propiedad de un buen amigo nuestro que nos sirve de *cicerone*. Y visitamos á las monjitas á prima tarde para que nos enseñen las preciosidades de su monasterio, donación de reyes; nos exhiben un retrato de doña María de Aragón, otro retrato de una parienta de Felipe II, una carta autógrafa de Santo Tomás de Villanueva. En el trascoro de la iglesia lucen los escudos del cardenal Quiroga. En el centro de la iglesia, la lápida de sus despojos. Un tríptico de la Anunciación de Nuestra Señora da acceso á una capillita.

Anochece. La dulzaina, con sus gritos agudos, chillones, preludia un aire canallesco, de boga en la corte, pero tamizado y purificado en su adaptación pueblerina. Se celebra un baile de boda en la Plaza Mayor. Las muchachitas pasean

con sus atavíos domingueros; los mozos, en corro, á otra banda, contemplan las beldades locales. La torre de San Nicolás proyecta su sombra gigantesta sobre la plaza; suenan las *todas* en el campanario. Y hay en esta danza aldeana algo de rito, de ceremonia solemne y rígida, de baile primitivo. Más desenvuelta que la danza salamanquina, donde apenas juegan más que los pies y las manos, manteniendo el torso derecho, este baile de Madrigal es expresivo y alegre dentro de su continencia, sano, y se desenvuelve con una lentitud majestuosa.

Preparamos la marcha. El coche vuelve á rodar por la puerta de Arévalo. Apenas conocemos la ruta de Fontiveros y es demasiado peligroso el camino vecinal. El viento nos azota el rostro; en un bache rompemos los faroles del coche.

• Tenemos que volver á Madrigal; volcamos frente al monasterio. Dormimos en Madrigal. En el casino presenciarnos las disputas entre francófilos y germanófilos; los amigos del Kaiser están en mayoría en el pueblecito. Saborit y Prieto son cordialmente detestados; se comentan sus discursos con brutal ensañamiento, y uno de los prestigios del lugar nos participa que «hay que cortar muchas cabezas».

... Luego se reanuda el baile del anochecer; la torre de la iglesia sigue proyectando su sombra sobre el lugarejo dormido; el viento silba

con rabia; un manubrio horrendo desgrana sus estridencias metálicas.

Y por la mañana, cuando los objetos perfilan sus líneas, en la neblina azul, orientados ya, proseguimos nuestro camino á través de esta altiplanicie avilesa.

Las espigas de los trigos se balancean rítmicamente en la soledad del campo. En Cabezas del Pozo entran las mujeres en la iglesia. En ningún otro pueblo del tránsito tornamos á ver á nadie. Cerca ya de Fontiveros, el pueblecito de San Juan de la Cruz, mis ojos quieren descubrir, á la vera de la iglesia, aquel soto celestial donde el alma enamorada reposa su cabeza sobre el seno del Amado.

LA SIGNIFICACION HISTORICA CASTELLANA (1)

¿No os habéis preguntado nunca, queridos amigos míos, aquí, en la paz casera de nuestros encinares; aquí, en la discreta murmuración de nuestros casinos; aquí, á lo largo de estas tierras paniegas azotadas por el cierzo, heladas por la escarcha y calcinadas por el sol; no os habéis preguntado nunca qué es, qué significa, qué representa para la vida española, y más todavía para la vida universal, esta ancha meseta de nuestras provincias con sus hombres resignados, sus aldeas como aduares, sus villas amodorradas y sus ciudades impasibles y ceñudas?

¿No os habéis preguntado nunca por el alma que acusan los rastros de esta llanada inmensa encarada con el cielo en toda su plenitud, por el espíritu de estos barbechos amarillos, por la color de estos aldeanos que á tierra huelen y á

(1) De la conferencia *Castilla y Cataluña*, recientemente publicada. (Viuda de Montero, Ferrari, 4 y 6, Valladolid, 1919.)

tierra saben, por la ideología de estos señoritos perezosos y botarates, por la melancolía de estas mujerucas que piden resignación á unos Cristos macilentos y tristes, por esta dejadez y este silencio y esta tragedia de la meseta?

¿No os habéis estremecido de este silencio de muerte, que ahoga todo grito de entusiasmo y de mocedad? ¿No os da la impresión la meseta de un desierto poblado de sordos y de ciegos?

¿No os habéis preguntado nunca para qué sirve el grano que cosecha el campesino, el voto que otorgamos al señorito que dice que nos representa en las Cortes, la confianza que depositamos en el vecino que llevamos al Concejo? ¿No os habéis parado á considerar, después de una ilusión rota, de un desengaño que ha interrumpido el ritmo de nuestro corazón por algún tiempo, á la luz de sangre de un crepúsculo de la llanura que concierta con la puesta del sol en nuestro espíritu, qué es, qué significa, qué representa, para vosotros y para los demás, esta adorada tierra de Castilla?

Si le preguntamos eso á la Historia, la Historia nos contestará con una mueca amarga y con un expresivo encogimiento de hombros. La Historia nos dice que nos colonizó Roma, y que echamos del suelo á nuestros colonizadores, y que creamos una monarquía indígena, visigoda, que vivió para la pelea por el afán necesario,

por la necesidad absoluta de crearse un territorio donde se pudiera asentar.

España, tarda muchos siglos en ser España. Desde Cangas de Onís, desde Oviedo, por etapas sucesivas y lentísimas, vamos avanzando en nuestra propia casa hasta Toledo, hasta Sevilla, hasta Córdoba, hasta Santa Fe y hasta Granada. Una obra pesada, terrible, de ensanchamiento, de reconstitución territorial, nos consume por entero. No tenemos un minuto de recogimiento porque los necesitamos todos para la acción. Castilla, tierra de los castillos, amanece á la vida con sus condados independientes; sus ciudades tienen que defenderse á la vez de las rapiñas de los magnates y de la codicia de los reyes; nace, naturalmente, democrática nuestra Castilla porque nace libre, y es en su estructura primaria, una federación de concejos libres é independientes que se va trocando, poco á poco, en un reino, esto es, en una cosa patrimonial que se hereda, se compra, se vende, se regala, se usufructúa y se permuta.

Pero los primeros balbuceos de nuestra «Castilla» no son para cantar á un rey, sino para loar á un vasallo. Per Abad, el juglar desconocido que en la soledad de un monasterio canta el ímpetu y la pujanza de una raza fuerte de campesinos, se lamenta de que un tan buen vasallo como Rodrigo Díaz de Vivar, el mío Cid, sirva á un rey tan ingrato, tan desleal y tan olvidadi-

zo. Y nuestros romances leoneses, los más viejos, los de «Zamora, la bien cercada», los de «Orillas del Duero arriba», expresan el mismo sentimiento de recelo y de hostilidad al príncipe para simbolizar en doña Urraca—enamorado cuando muchacha del gallardo Rodrigo, ya casado con Jimena—la libertad, ó si queréis decirlo con otra palabra actual, la autonomía de nuestras ciudades. Castilla, esa Castilla que se va ensanchando delante del caballo del Cid territorialmente, se va enriqueciendo también del caudal espiritual, de conquistas democráticas, de derechos gremiales y corporativos, de fueros y de privilegios á medida que sirve á sus príncipes. De igual á igual los trata, con llaneza no exenta de señorío, con humildad sospechosa que, lejos de disimular, subraya el pacto que con ellos ha hecho tan espontánea como libremente. Si una ciudad sirve al rey contra el moro, ó contra el aragonés, o contra un díscolo señor firme en su castillo roquero, el rey tiene que pagar á la ciudad el sacrificio, indemnizándola con exenciones de tributos, ó con honores á sus concejos, ó mediante concesiones á sus mercados. Y así conviven los dos poderes, el monárquico, más simbólico que fuerte, y el concejil.

Castilla, y en seguida León, que con ella se funde políticamente á todo escape, se hace fuerte con sus Cortes. Y con las Cortes tiene que contar el rey cuando quiere dineros, y en esto

de la concesión de los dineros, los pueblos hilan muy delgado y hablan muy fuerte cuando la pretensión pasa de la raya. Y Castilla es rica, riquísima, á la sombra de su libertad. Sus merinas son las más codiciadas de Europa. Y tiene fábricas de algodón, de seda, de alfombras, de cueros, con una democracia artesana y agremiada que campa por sus respetos. La fusión arábica, la cultura arábica, estimulan y perfeccionan su producción. Y los montes públicos, y los prados de Concejo, y los bienes de propios, y la municipalización de servicios, convierten la agricultura en la más pingüe de las profesiones. ¡Ventajas de la federación democrática! ¡Organización admirable de aquel sistema político, de aquellas Cortes de las que—dice Macías Picavea—todavía, en nombre de los grandes intereses nacionales, intervenían el poder que al rey quedaba, fuera de los señoríos, fueros, behetrías y municipalidades libres!

Con el Renacimiento que llega á Castilla con Isabel, y que influye sobre Castilla á través del aragonés Fernando, se acaba la conquista territorial. Y entonces Castilla se derrama fuera. La aventura de las Américas nos despuebla; el gesto de Colón nos aturde y nos despista. Y el matrimonio de la reina con Fernando, que nos trae Aragón, y el condado de Cataluña, y compromisos de familia, sobre Nápoles primero, y sobre las ciudades italianas después, convierten

ya á los pueblos todos hispánicos, á España que es una realidad y no una aspiración, en la potencia militar más poderosa y temida de Europa en los albores del siglo xvi. Pero Castilla es el centro natural, el tronco, la raíz, el suelo y hasta el subsuelo del nuevo pueblo militar y expansivo.

GLOSAS A «LA CIUDAD CASTELLANA»

POR JULIO SENADOR GÓMEZ

Destierro.

Dos libros ha publicado el notario de Frómista: *La ciudad castellana* y *La canción del Duero*. Hablemos hoy de *La ciudad castellana* (Barcelona, Editorial Minerva). Nuestras ciudades—dice el autor—viven exclusivamente en Castilla de la tierra; valladares de granito las separan del mundo; sus dos ríos principales son hoy de régimen torrencial; las tarifas de transporte, encarecidas arbitrariamente, las separan más y más del litoral costero. De esta suerte, mientras las ciudades extranjeras explotan el tráfico, la española del interior, la castellana, vive de los abusos de la propiedad, extiende el dolor en torno de ella y busca amparo en la barbarie de nuestras leyes, para sostener artificialmente los más grandes núcleos de población.

Estúpidamente, del cuartel, de la remonta, de la Audiencia, del Instituto, arrastran su vida estas ciudades. A veces refriegan sus ojos para

cambiar de postura, estirar los miembros y seguir roncando. Debajo de los castillos, de los campanarios monjiles, de las agudas y esbeltas torres de las catedrales, fermenta la gusanera de la descomposición y de la muerte. Y en estos días de invierno, de cielo limpio y de transparencia de cristal, el sol alumbra cementerios vastos, formados de ringleras de casas, donde jamás pasa nada y donde siempre queda todo.

Fragores de tempestad oye nuestro Julio Senador, de vez en cuando, en esas ciudades, cuando bostezan los harapientos. Desde el balcón contempla la tormenta el señorito. Hambre, tiros, un muerto quizá. ¡Y luego, nada! Hastio, sueño, pereza, agonía. Vivir en Castilla es vivir en un destierro. Nos falta tierra bajo los pies; huyen los hombres de la paramera. En la aldea no queda nadie, que los hombres están de arada; en la villa, la ruleta llama á los hombres, y la novena, el rosario, el triduo, la rogativa ó el viacrucis á las mujeres; en la ciudad, el tendero espera detrás del mostrador, el *propietario* espera el mes de agosto... Todos esperan en el destierro.

La linde.

La linde es una de las pesadillas de nuestro querido Senador. «La linde—grita—es un baluarte contra el trabajo y la producción. Es una

garantía de persistencia indefinida de la miseria y de la desesperación en provecho de unos pocos, cuya propiedad tanto más aumentará de valor cuanto más aumente la miseria universal.» La linde es todo eso y la linde es, además, «una permanente amenaza contra la libertad, contra la dignidad y contra la vida de los hombres». La linde se corona de bayonetas «cuando la ley no basta». Detrás de la linde «está la ley que esgrime su espada en defensa de la propiedad de los ricos contra el trabajo de los pobres». La linde...

Hay algo de simplista, de tozudo, de local en esta obsesión del autor de *La ciudad castellana* por la linde. ¿No le duelen más, no le hielan más el corazón á Julio Senador las lindes, los cotos, los hitos, los mojones, las alambreras que tienen aisladas, aplanadas, amodorradas, enterradas á nuestras ciudades de Castilla? ¿La linde de la incomprensión, el coto del señoritismo, el hito del recelo, el mojón de la cazurrería, la alambra del interés, del interés creado? Sí; nuestras ciudades están acotadas espiritualmente. Se cazan á lazo los Quijotes; las emociones se pierden en el vacío; el barreno de la idea no rompe la densa costra de pizarra impermeable que nos sirve de sustento. Caciques, señoritos, abogados, usureros son los carabineros del desinterés y del amor. Aduanas interiores acordonan nuestras ciudades; otras aduanitas más pe-

queñas aislan sus barriadas y arrabales; los pueblos todos están encintados en las murallas de su exclusivismo, de su ignorancia, de su modorra. ¡El cordón sanitario de la pereza castellana! Baraja, mus, novela de Trigo, devocionario de prosa relamida y untuosa, Alcubilla, escritos forenses, directivas de casino, barbarie, abogadismo, falta de unción, frialdad... ¿Dónde está, amigo Senador, la ciudad castellana donde podamos llevar mañana, todos nosotros, nuestros sueños?

No habléis de caciquismo...

¡No, no habléis de caciquismo!, aconseja Julio Senador. El caciquismo, «como todas las manifestaciones externas de la barbarie nacional, obedecen á una sola causa: LA ESCLAVITUD DE LA TIERRA». ¿A una sola causa? La interpretación exclusivamente económica de los flujos y reflujos históricos, ¿no pecará tal vez de un poco candorosa, de un poco unilateral?

Yo creo que con tierra ó sin tierra surgirían caciques en Castilla. Claro está que con la liberación de la tierra se dará un rudo, un brutal golpe de hacha al caciquismo; pero el caciquismo retoñará. Los amos, los caciques, los dueños de horca y cuchillo son á veces propietarios en Castilla; otras, no. El abogadete taimado y enredador no es propietario muchas veces. No

son tampoco propietarios los secretarios, los recaudadores y arrendatarios de contribuciones, los administradores, los funcionarios públicos, y de entre ellos nace muchas veces el cacique en las aldeas.

¿Por qué? Hay miedo al rico, y más miedo todavía al taimado, al cuco, al listo, al que se pasa de listo. Surge el cacique sin que él lo pretenda, por la sumisión, por la servidumbre espontáneas de los demás. En Castilla todos los hombres son grandes, son demasiado grandes para sus ayudas de cámara. Y los más feroces reaccionarios no son los grandes, sino los pequeños propietarios; más que los pequeños propietarios todavía, los colonos en grande escala. Del mismo modo que nuestra clase media padece de fiebre aristocrática. El caciquismo no se extirpará con la libertad de la tierra solamente, sino con la siembra de libertad en los espíritus.

Y los espíritus esquilados, desorientados, ñoños, han delegado en el cacique para que piense y obre por ellos. Abilio Calderón, arruinado, ó Santiago Alba, sin una peseta, seguirían dominando en Palencia y Valladolid. Y con el concepto hospitalero que aquí se tiene de los organismos públicos, el pueblo se encargaría de asilarles y de repartir entre ellos los dones de una beneficencia, de la que viven todos por estas tierras de pan llevar.

EL VIERNES SANTO EN MI PUEBLO

El sermón del Descendimiento.

Parejas de charritos enamorados, cogidos de las manos hacia San Pedro. Las tres de la tarde, una tarde abrileña y transparente, cristalina y calurosa. Florecen las primeras amapolas en los prados; allá, sobre la vega frontera á la parroquia, canta el Tormes su eterno murmullo de paz. Silencio, recogimiento. Rechinan las botas recién estrenadas y se oye el golpeteo de las abarcas sobre las aceras. Y allá van con su mantilla las muchachas á la iglesia, y las aldeanas con su pañolón á la cabeza, y los charritos con el chambergo tocado de las flores primerizas, y el juez municipal solemne, con su bastón á la diestra, y el Concejo, de negro, al sermón del Descendimiento.

Es un espectáculo lleno de gracia y de color. Cuando yo era niño, las multitudes cantaban un romance de pasión antes de que el sacerdote subiera al púlpito. Hoy, al acompañarle los mo-

nagos, se alza un rumor de impaciencia. Unos sacerdotes, de sobrepelliz y estola, se colocan junto al Cristo clavado en la Cruz. Suben á unas escalas, desclavan con el martillo la santa imagen, le quitan la corona de espinas, sostienen su cabeza, le trasladan al sepulcro. Gráficamente ven los fieles el drama del Calvario en la parroquia de San Pedro. La calle de la Amargura, la piedad del Cirineo, el encuentro de las tres Marías, la santa faz que recoge en un lienzo la Verónica... El sacerdote, con voz vibrante y atemorada, va recordando los episodios del tormento del Justo. Los charritos de las aldeas prorrumpan á las veces en interjecciones lastimeras. Hay momentos de una honda emoción. El sacerdote condena en este momento al forajido que abrió con una lanza el divino costado; el pueblo ve manar la sangre del hijo de Dios. Ahora se oye el martillo desclavando el brazo derecho; minutos después, trasladan los sacerdotes el cuerpo del Cristo al sepulcro del que ha de levantarse...

El predicador concluye; los pasos, rematados desde el viernes de Dolores, comienzan á moverse. Los que han de llevarles hacen ejercicios con los cayadones. Aparece la oración del huerto; Jesús, entre naranjas, apura el cáliz de su dolor y lo acepta de su Padre; en el balcón de Pilatos unos grotescos judíos de cartón flagelan las espaldas del acusado... El sepulcro; el puesto de

la Guardia civil; un nazareno con los pies descalzos; las hembras con traje negro; faldas que crujen; una marcha fúnebre; los alcaldes con unos junquillos enlutados. Primavera, recogimiento, fragancia, sol de Abril. Sigue murmurando el Tormes; se oye el paso de una diligencia por el puente; los chiquillos tocan sus carracas en los patios de las iglesias. Allá, por Santa Isabel, en un alto de la comitiva, unos pajaritos huyen asustados hacia la vega—azul, morada, rosa, añil—, hacia la vega que canta su canción de fecundidad en esta hora.

El sermón de la Soledad.

Al anochecer; pasos queditos; cantar gangoso de monjitas; el tenebrario apagado casi del todo; crepúsculo lento... Allá arriba, en el cielo, se remata una fiesta de luz. Las ocho.

En esta iglesia donde yace Teresa de Jesús, ningún adorno extraño, ningún cintajo de mal gusto, ninguna imagen de cartón piedra, te distrae. Los cuadros de Ricci están cubiertos; cubierto también el sepulcro de la fundadora; solamente, en la derecha del presbiterio, María, tocada con abandono, con los ojos cuajados de lágrimas, silenciosamente llora ante ti, cristiano, la muerte de su Hijo.

¡Qué bonita es la Soledad de mi pueblo! Un artista del Renacimiento la esculpió; don Fernan-

do Alvarez de Toledo la trajo de Nápoles á su castillo; la duquesa vieja, amiga de la Santa, doña María de Colón y Henríquez, nieta del navegante, la regaló al monasterio. Es una faz de niña; los ojos castaños están abismados en su dolor; la boquita, purísima, se cierra graciosamente dibujando unos pliegos virginales; las manitas, cruzadas, dejan al descubierto las muñecas de una *ragazza* napolitana, nacimiento de brazos robustos y aldeanos aliados y amigos del trajín.

El predicador nos habla del padecer de María. El artista anónimo ha puesto en su imagen algo más que el dolor de una madre; una secreta y ponderada armonía, una continencia de gesto, nos habla del dolor de la Madre consciente de la misión divina, redentora, de su Hijo. Se diría que padece con gusto para que no padezcan los protervos; se advierte que aquellos ojos no se han secado en el Calvario porque esperan la hora de la resurrección.

El predicador nos habla del padecer de María. Y luego glosa el organista los conceptos del predicador. Las manos ágiles del padre Manuel murmuran, suplican, rezan, lloran, cantan, ríen, crujen de espanto sobre el teclado doble. Se canta el *Stabat Mater*:

«Stabat Mater Dolorosa
juxta crucem lacrymosa
dum pendebat Filius...»

Se apagan todas las luces; los carmelitas salen á la plazoleta, encapuchados, con sus capas blancas; las notas del órgano, oídas desde lejos, son el mejor comentario á la dulzura, á la majestad, á la tibieza, á la fragancia de esta noche del Viernes Santo...

GALINDUSTE

En la carretera.

Al pueblo de Galinduste, á las ocho de la mañana, en el coche de un amigo... Una excursión de propaganda agraria, principio é iniciación de una campaña, persistente y dura... Estos pueblos están emigrando todos los días á Francia, á las Américas; no comen; la vida es mísera y triste en ellos; las garras de la usura les tienen cogidos por el cuello; una protesta sorda, un malestar insoportable, comienzan á barrenarles las entrañas. Después de Córdoba, se alzarán Extremadura; con Extremadura, estos pueblos de Salamanca, comidos por las dehesas, por las tierras de pastos donde alzan al sol su testuz los toros, se levantarán violentamente contra los administradorcillos que les roban, contra los abogadetes que les explotan y estafan, contra estos leguleyos y picapleitos que les arman recursos y les inventan zancadillas en el Concejo, en el Juzgado, en la Diputación.

Vamos á Galinduste en esta mañana clara y limpia de Marzo. Ya florecen los árboles y verdean los pastizales; á la hora y media de camino comienzan las tierras adhesionadas y estériles para el trabajo del hombre. El dolor de la miseria que representan nos ahoga el espectáculo estético de la contemplación del campo. Del otro lado del Tormes, un señorito ganadero ha infectado de langosta siete términos municipales de los más pobres y sufridos de la comarca; al director general de Agricultura, nuestro noble amigo don Clemente de Velasco, hemos llevado ya la protesta y el dolor de los pueblos que sufren la peste de los toritos. Aquí, al lado de la carretera, en Anaya de Alba, el pacto de retro ha ido echando á los labriegos de la aldea; más á la izquierda, en Navales, las familias ricas han comenzado á frecuentar las covachuelas del Juzgado ante una competencia estúpida para apoderarse de las montaracías.

Vamos llegando al pueblo de Galinduste, asentado entre peñas. Nadie en la carretera. Luce la verdura de los prados, renacen los árboles floridos, alumbra el sol dorando las barbecheras. Es domingo, y las campanas de las aldeas tañen sonoramente en la densa soledad. Las once. Las ruedas del cochecillo levantan chispas al triturar los chinarrros del lugarejo.

Historia de una carretera.

—Se hizo una carretera—nos dice el secretario, un hombre simpático y agudo—que no pasa por ningún pueblo. En el oficio que nos mandaron de Obras públicas se nos participa que la carretera no puede pasar por Galinduste, porque eso perjudicaría á los demás pueblos, y á los demás pueblos se les dijo que la carretera no podía pasar tampoco por ellos porque se lesionarían los intereses de Galinduste. Y en la duda, la carretera atraviesa la finca que administra el diputado que tenemos, sobrino, á su vez, de administradores que sostienen aquí el cacicato de los marqueses analfabetos...

Comprendemos; en este pueblo hubo unas elecciones. Los aldeanos, con un fino instinto, votaron al candidato de fuera, un bilbaíno, Ricardo Power, para acabar con las ínfulas de una familia de administradores que les amenaza, á cada paso, con el desahucio, con el hambre, con el recurso, con el expediente, con el proceso. El retoño de los administradores venció después de sembrar estas llanuras de miles de duros. Y comenzó la era de las persecuciones y de las intrigas. El trazado de la carretera ha sido la primera maniobra contra estos desdichados. En Galinduste hay una sorda irritación contra todos y contra todo. Y ya es difícil contenerla y apaciguarla.

Todos, bolcheviques.

—Todos somos bolcheviques en este pueblo—nos dice un labrador acomodado y rico.

—¡Hay que quemar las Diputaciones provinciales!—nos grita, muy convencido, un mocetón que se mira en los ojos de una morenaza que atraviesa el atrio de la iglesia.

—¡Aquí la política está en la tierra!—añade, á guisa de conclusión, un hombrazo fornido que nos pregunta por las cosas que pasan en el mundo.

Todos son bolcheviques en Galinduste. Y es que padecen el peor de los caciquismos: el que á espaldas del amo, que no se entera de nada, fraguan los administradores y los abogados del amo, que suelen tener un concepto harto miserable de la servidumbre propia. En Salamanca, en los pueblos de Salamanca, en nombre de unas sombras lejanas que se llaman el señor duque y el señor marqués, los políticos de librea inician venganzas y persecuciones para satisfacer sus pobres vanidades personales. Si vencen en las contiendas políticas, se indemnizan de los votos comprados vengándose. Si son vencidos, allá en el Gobierno civil, en la Diputación y en el pobre Juzgado campesino, tramán sus insidias, echando sobre sus espaldas una tormenta de rencores y de odios.

En Galinduste, el caciquismo—bastante miti-

gado en el resto de la provincia—descansa sobre la tierra, sobre la organización de la propiedad de la tierra. Los administradores y los sobrinos de los administradores explotan la leyenda del amo todopoderoso para nombrar asesores en los pleitos y para variar el trazado de las carreteras. Y á la misma hora que ellos se frotan las manos porque acaban de jugar una mala pasada al campesino, el campesino se reúne en asambleas populares para soñar con un señor Trotsky ó un señor Lenine, de los que hablan los papeles, que surja en el llano y que la liberte de unos señoritos que les echan de las tierras y que les hacen emigrar á unos países donde aseguran que el pan no es tan amargo ni tan dura la almohada...

LOS PAISAJES DE FRAY LUIS

La huerta de la quinta.

El prisionero lleva más de seis meses de reclusión en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid. Una imagen de Nuestra Señora y un crucifijo de pincel disimulan la desnudez de los muros de la celda; sobre la mesa, unos libros de piadosa meditación—San Bernardo, San Agustín, el tratado de *La oración*, del maestro Granada—constantemente abiertos, ocupan y solazan las horas del poeta. A pesar de las calamidades y miserias del encierro, gusta el agustino «de tal quietud y alegría de ánimo», que ha de recordarlas después, en las horas de libertad, cuando vuelva á gozar del trato de los hombres que le son amigos.

Separado de las envidias, el fraile escribe pedimentos al fiscal y á los jueces, y largos y terribles alegatos que sirven de contraprueba á los cargos que le acumulan sus enemigos y calumniadores. A veces quiebra en estos escritos la

ecuanimidad del perseguido. Una ironía sangrienta, un apóstrofe violento, un inciso desdeñoso, flotan sobre la superficie tersa y bruñida de su estilo. Entonces el fraile, asustado del huracán de sus propias pasiones, que creía acalladas, torna al comercio y á la lectura de su glorioso padre San Agustín, al trato de las masas, á la evocación del paisaje, que abrió brechas de luz en las tinieblas de su espíritu vacilante y congojoso.

¡El paisaje! Mejor bálsamo es en «sus melancolías y pasiones del corazón» que la cajita de polvos que para él confecciona, con exquisito amor, la monjita de Madrigal Ana de Espinosa. El buen maestro comienza á escribir, con su letra grande y clara, el peregrino tratado *De los nombres de Cristo*. Marcelo, Sabino y Juliano departen en la quinta de la Flecha...

Desde la celda del Santo Oficio evoca Fray Luis el apacible retiro de su Orden. Cuando comienzan á cesar los estudios en Salamanca, allá á las vueltas de San Juan, por las postrimerías de Junio, plácele al maestro retirarse «como á puerto sabroso», á la soledad de la granja que tiene su monasterio en las orillas del Tormes. Muy cerca de la ciudad está la granja. A la caída de la tarde, desde el altozano del Rollo, las torres de Salamanca se encienden en festival de luz. Las catedrales son dos ascuas de oro. Las piedras se tornan rojas, y de los campos, rojos

como las piedras, brota un centro de fecundidad. Los rumores de la sazón se quiebran y embotan en la huerta grande de la Flecha. El desconcierto y desorden de los árboles hace «deleite en la vista». Hay en ella frescura y sombra de parras. Una pequeña fuente, que nace de la cuesta que tiene la casa á las espaldas, y que entra en la huerta por aquella parte, corriendo y saltando como un adolescente, «parecía reirse» —nos dice el prisionero.

Desde la fuente se columbra una alta y hermosa alameda. Y más adelante, el río, «hinchiendo bien sus riberas», tuerce el paso por la vega, formando un semicírculo. Los oteros del Arapil á la derecha y las crestas de la sierra de Gredos, moteadas de nieve, más arriba, encuadran la decoración de las tierras paniegas, de las ringleras de olmos y de las mansas lomas de Aldearrubia. Y con la hora fresca, el día sosegado, el cielo purísimo y la fuente correntona y saltarina —allá por San Juan, cuando cesan los estudios y se interrumpen hasta la otoñada—, los tres frailucos, «asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados», sonríen de puro gozo y comienzan á departir...

Las tormentas del verano.

Y ahora, rimando versos desde el calabozo de Valladolid, recuerda y evoca el paisaje de Ma-

drigal el poeta. A la entrada de Madrigal, frente por frente á la puerta de Arévalo, tienen otro convento los agustinos, sobre la llanura pelada, polvorienta y pajiza. En los días claros se perciben las torres de la Mota de Medina, los manchones cárdenos de las viñas de la Nava, los campanarios de Fontiveros, de Cabezas del Pozo y de Barcial, la sombra de unos pinares que inician al Norte.

Desde las ventanas de los monjes se divisa media Castilla. El paraje es el más alto de toda la planicie alta; los vientos riñen sus batallas más duras en Madrigal y aúllan de dolor y de impotencia ante sus almenas, rompiendo las tejamanas, tronchando los sembrados, helando las tierras, haciendo crujir los recios portones de pino y cayendo las casucas de adobes que inútilmente se refugian al cobijo de las murallas.

En Madrigal ha visto el poeta el aire que se turba en el verano, los días que se vuelven negros y grises en el otoño, el polvo cegador que surge del suelo y se eleva furioso hasta los aires. Y ha oído la canción melancólica del viento marcial que prolonga el sonido de las campanas durante largo rato, y la del aire de Mayo, portador de lluvia que beben los terrones apelmazados con alegría, y el norteño de Junio—granizo y piedra—que barre las cosechas, angustia á los labriegos y recoge á los bueyes espantados debajo de las tenadas, y el helado de Diciembre,

que hincha los collados, desborda los ríos y en-
furece y solivianta á los arroyos.

En la *Oda á Felipe Ruiz*, el poeta, libre de las ligaduras de la prisión, quiere volar al cielo para contemplar la verdad pura. No piensa holgar en él hasta no descubrir pacientemente «el principio propio y escondido» de todas las cosas del asiento de la tierra, de las lindes de los mares, de los cebos y abastecimientos de los ríos, de las fraguas de los rayos, de las señales del movimiento de los mundos que ruedan por el espacio. Y al evocar el mundo grande, tiene delante de los ojos la visión de la fría y ancha llanada avilesa, donde él ha de morir una tarde de Agosto; la visión de este páramo inmenso donde los espíritus, helados como los cuerpos, no se preguntan hoy por los principios de las cosas, sino por sus finalidades concretas é inmediatas; la visión de este pobre rincón de Castilla, donde sigue soplando «el gállego insano» y donde los remolinos del sucio viento no nos dejan ver las estrellas que alumbran desde lo alto.

LAS ELECCIONES EN CASTILLA (DEL NATURAL)

Don Ramiro, el maurista.

El candidato maurista don Ramiro Pérez y Pérez, abogado en ejercicio, administrador del duque de Sotogrande, y terrateniente acomodado y «de posibles», presenta su candidatura por el distrito. Esta mañana temprano, después de hojear *La Voz*, se ha puesto á redactar el manifiesto don Ramiro. Don Ramiro es joven, apuesto, guapo; se fué con Maura cuando el Gobierno nacional; antes, estuvo con Dato, y de estudiante, siendo consiliario de la Academia de Santo Tomás de Aquino, con Vázquez de Mella. La vida de don Ramiro cabe en un papel de fumar: fué buen estudiante, frecuentó las buenas compañías, le hicieron diputado provincial y le casaron bien con una heredera rica. Su vida pública es más corta aún que su vida privada. En Agosto de 1917 fué policía honorario; entonces y ahora es acaparador. Aborrece á la plebe,

compadece á Unamuno, admira á Niceto y se desayuna todas las mañanas con el periódico de la localidad, único en el que abreva.

Dicen que es tacaño. Dicen que es violento. Dicen que es malo. La política para él se reduce al verbo reventar. Ha nacido para reventar á alguien. El acta es para don Ramiro un látigo; ya fué diputado en las Cortes anteriores. Natural de Villatriste, levantó la bandera del villatristismo. Salió diputado; gastó ochenta mil duros; se sentó en el Congreso. Dijo dos veces «bravo» al hablar Pradera y al hablar Niceto. Paseó por la corte, y leyó de noche, en la posada, las aventuras de Nick-Carter, por entregas.

Tiene ortografía. Favoreció los intereses de sus parientes. Nombró un peón caminero. Dice que se tutea con Ossorio.

Don Ramiro ha redactado el manifiesto esta mañana. Abunda en el parecer de que las derechas deben unirse. Opina que con caridad en los de arriba y resignación en los de abajo, se arregla en cinco minutos el problema social. Condena el bolchevismo, que ya se ha introducido por estas tierras; don Ramiro llama bolcheviques á unos jornaleros que le han pedido cuatro pesetas de jornal. Y para rematar su oración, don Ramiro canta la patria grande de Cisneros, y la patria chica, la suya, la patria donde los Pérez pasaron la infancia, antes de llevar chinas y agua á los granos que guardan en las paneras...

AL MARGEN DEL «QUIJOTE»

Ejerce sobre el espíritu singular hechizo la lectura del capítulo IV de la primera parte del *Quijote*, que trata, como sabe el discreto lector, «de lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta». Si el lector recuerda, como es natural que recuerde, que Don Quijote salió de la venta, que para su mal se imaginó castillo, tornando á su aldea á proveerse «de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente de las de los dineros y camisas», se comprenderá fácilmente que sobre todo hombre de vida interior ejerza sugestiva atracción la lectura de ese capítulo tan hondamente humano y quijotesco que se sature uno de la dulce melancolía que respira cuando la vida nos recuerda «las prevenciones necesarias que hemos de llevar con nosotros mismos», por muy locos, caballeros y quijotes que seamos.

Don Quijote ha leído en su aldea toda suerte

de libros. Se ha enamorado de la más alta dama que conocieran los siglos: nuestra señora del ideal. Ha limpiado y bruñido las armas de sus abuelos para pelear con ellas. Ha quitado el ocio á su caballo, no muy gordo ni muy bien criado, el pobre. El ama le llama loco, y loco la sobrina, el bachiller, el cura y hasta el barberillo. No tiene el caballero ninguna comunidad de espíritu con la gente que le rodea. ¡Qué amargura! Hasta su casa le pesa demasiado, y por pesarle como le pesa, sueña con la llanura infinita. Quiere amparar huérfanos y doncellas Don Quijote, deshacer entuertos, hacer que reine la justicia en la tierra. Pero está solo y es pobre el hidalgo. Está solo porque nadie le comprende, y por lo tanto nadie le ama. Y es pobre, porque los que tienen un rico tesoro interior no se curan, ó se curan muy poco, de las que hemos dado en llamar pleonásticamente «impurezas» de la realidad, como si la realidad fuera cosa pura y simple y no asentase su verdad sobre un montón de contradicciones.

Pero sigamos adelante. El hidalgo, á la hora del alba, sale de su casa, en busca de aventuras, atravesando los llanos de Montiel; piensa con su salida cobrar fama y renombre por los siglos de los siglos; se encomienda á la dama de su ideal, como hace todo caballero, y ve en lontananza un castillo. Los caballeros hacen siempre de las ventas castillo. Pero es venta y bien venta lo que

tiene delante de los ojos el hidalgo. Han fallado los libros á la primera salida. No hay damas en la venta, como es natural, sino rameras. El oficio de las rameras es burlarse de los caballeros, y las rameras se burlan de Don Quijote. ¿Recordáis? El ventero, que es un ladrón corriente y moliente, á todo ruedo se burla también de Don Quijote. Él, un ventero—¡oh paradojas de la tristeza!—, le arma caballero andante á nuestro buen hidalgo. En la vida confieren los honores los truchimanes á los que sueñan y padecen amor, y con amor, sed de justicia, que es lo mismo.

Llega la hora de pagar el hospedaje, que es el único acto serio para el ventero. Don Quijote confiesa que no ha traído dineros, porque no ha leído él nunca en las historias de los caballeros andantes que se necesite dinero para seguir las aventuras.

Desengaña y saca de su error al caballero el ventero gordo, pachorroso y pacífico. Don Quijote promete corregirse. A la Tolosa y á la Molinera, las dos hembras del ventorro, como no puede darlas blanca el hidalgo, quiere hacerlas donación de gentileza, que Tolosa se llame Doña Tolosa y la Molinera Doña Molinera. Las mozas se ríen; ¿qué van á hacer las mozas de semejante jaez?

Y sale el caballero de la venta en busca de las «provisiones tan necesarias». Todo lo ha ol-

vidado el caballero, todo, por servir á su ideal. Ha dejado la bolsa en casa y con la bolsa las alforjas. Por no llevar, no lleva ni alimentos de que sustentarse en sus caminatas. Y tiene que desandar el camino andado y que perder el terreno ya ganado. Ha de tornar Don Quijote á su aldea, donde nadie le comprende. ¿Comprendéis qué amarga es la lección que nos presenta Cervantes, la amargura de la ligereza y de la imprevisión para que los venteros y las Tolosas y las Molineras se rían á cuenta nuestra, así que nos asomamos á las ventanas de la realidad?

Vuelve Don Quijote á su aldea. Como no ha faltado, no está triste. Además, no se le ocurre á Don Quijote pensar que su Dulcinea pueda mofarse del primer fracaso. Dulcinea no se burla nunca; es el consuelo de Don Quijote y de todos los Quijotes. De regreso de la venta, va pensando—¡pobre caballero!—en la necesidad de surtirse de «las provisiones tan necesarias» y de tomar escudero. Advertid cómo la idea de tomar á su servicio á Sancho nace en Don Quijote del primer batacazo de la realidad y de la advertencia más apremiante del ventero; no es tan loco como parece Don Quijote; nadie es lo que parece y nadie parece lo que es al fin de cuentas. Sólo en el interior del hombre habita la verdad, como dice el Apóstol. En Don Quijote, el ideal tiene más consistencia que su armadura; en el ventero, no hay otra realidad que



los maravedises de las costas de la posada, de los que se sustenta y vive su vida de burla.

Vuelve Don Quijote á su aldea. En el bosque le sorprendé la aventura de Juan Haldudo, el rico, azotando al mozo Andrés. Defiende Don Quijote al menesteroso; prométele Juan pagar la soldada á éste é indemnizarle de la azotaina; no lo hace; se aleja Don Quijote; la burla se repite y el entuerto con la burla.

Pero no se detienen aquí las miserias de nuestro caballero. A los seis mercaderes toledanos que van á comprar seda á Murcia, les detiene Don Quijote para que declaren que no hay en el mundo doncella más hermosa que Dulcinea. Un mercader muy «discreto»—apunta con sutilísima tristeza Cervantes—replica al caballero que se la muestre. Don Quijote no da su brazo á torcer ante el sofisma del mercachifle. Tienen que declarar hermosa á Dulcinea los mercaderes sin haberla visto, que ahí está el toque y la razón de los sueños y de los ideales. Arremete con los mercaderes el caballero; cae de Rocinante, cae apaleado, molido, deshecho. La causa del molimiento es una imprevisión inicial.

Queda Don Quijote vencido, pero con el ideal enhiesto. Se han burlado de él el ventero, las mozas de partido, los mercaderes, por culpa de los dineros que se ha dejado en casa. Es acaso, que los dineros no los tiene el caballero, y no quiere decir que no los tiene. De la tierra le re-

coge un buen hombre, su convecino, Pedro Alonso, que le vuelve á la realidad. Los buenos, los sencillos de corazón, los pobres de espíritu— ¡bienaventurados!—recogen al caballero de su mal trote. Y es, tal vez, la única nota dulce, tierna, conmovedora, que hay en este amargo capítulo y en los dos que le siguen de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*, como llamamiento que es para que los caballeros hagan caso de los venteros, ya que los venteros no pueden ponerse nunca á tono con los hidalgos del ideal.

GLOSAS A UN MANIFIESTO CASTELLANO

En Valladolid se ha repartido profusamente un manifiesto «castellano». Suscribenlo profesores de la Universidad, industriales, comerciantes, médicos, escritores. Entre las firmas que lo autorizan las hay tan selectas como las de los señores Alonso Cortés, Torre-Ruiz, Antón y Maldonado. Los autores de ese manifiesto se dirigen al pueblo, y afirman que «es inútil negar que Cataluña ha manifestado repetidamente su propósito de separarse de España». Y manifiestan con asombro «cómo se trata de desviar en estos días una cuestión trascendental y grande para empequeñecerla y rebajarla». Y consignan el hecho de que «los buenos castellanos... sienten hoy exaltado su amor á Castilla y á España al ver que no hay quien se lo profesa de igual modo». Al sentirlo así, «les importa poco (á los firmantes) *coincidir con tales ó cuales políticos ó no coincidir con ninguno; es cuestión de afectos y de patriotismo, en que la opinión política no debe entrar para nada*».

El manifiesto afirma, finalmente, que el movimiento actual, iniciado en Burgos, «es espontáneo y noble», y que los que ponen en duda esta nobleza y esta espontaneidad es, sin duda, porque su criterio político está oscurecido por «determinadas opiniones políticas..., ya que de su amor á Castilla no debemos dudar...»

Los firmantes del manifiesto están al margen de la política, hasta donde esta abstención es posible en hombres inteligentes y en españoles que viven la hora actual. Son, además, estos firmantes las personas, acaso, de mayor solvencia intelectual de Valladolid. Alonso Cortés es un benemérito y concienzudo investigador de nuestra literatura clásica; Andrés Torre-Ruiz—profesor de Lógica en aquella Escuela—, un altísimo poeta y un perfecto hombre de bien; Antón, el mejor arqueólogo y uno de los escritores de más cuenta de Castilla; Paco Maldonado, profesor de Literatura española, un mozo apenas salido de las aulas salmantinas, de un gran vigor mental, que sabe llevar holgadamente su apellido. No se trata, repito, de indocumentados que piensen con atropellamiento y que no sepan definir una actitud. Por eso quiero contrastarla públicamente con la mía, que es francamente adversa á la de los firmantes del manifiesto, y dilucidar hasta qué punto nuestro criterio está oscurecido por la política ó el de ellos maleado por el ambiente de una ciudad que ha sido, du-

rante tantos años, y continúa siendo todavía, la sede y la corte del caciquismo castellano.

Las pretensiones catalanas ¿esconden propósitos separatistas? Yo no acierto á verlos por ninguna parte en el momento actual. No hablan de secesión los catalanes en esta hora, que sería criminal y peligroso, sino de libertad y de autonomía. No quieren romper las riendas con el Estado, sino aflojarlas, que es otra cosa. Cambó, Domingo, Albert, Puig y Cadafalch, no se hartan de repetir á todas horas estos propósitos, perfectamente lícitos. Yo, que he vivido en Cataluña, y que leo á diario periódicos y libros catalanes, no percibo estridencias ni salidas de tono. Pero en Valladolid se perciben demasiado.

El Sr. Royo Villanova, con una tenacidad baturra digna de mejor causa, pertenece á esa casta de hombres terribles que tienen la obsesión de los recortes de los periódicos. Una *boutade* de *La Esquilla de la Torratxa*, un rasgo de mal humor del *Rapitu*, una ironía amable de nuestro amigo Jori en *La Publicidad*, se le antojan al buenote del senador albista delitos nefandos de lesa patria. Y sañudamente los comenta, y los colecciona, y los da aire en *El Norte de Castilla*, y los exhibe en la pecera del casino y en los bancos del Campo Grande, para concluir con la más honrada de las indignaciones.

«¿Veis? y luego Cambó quiere hacernos co-

mulgar con ruedas de molino. ¡Ya, ya le pondré yo las peras á cuarto en el Senado!...>

Valladolid está envenenado, saturado de recortes de periódicos, de caricaturas, que no son siempre del mejor gusto, ciertamente; de noticias tendenciosas de algún desocupado de Sitges ó de Tarrasa, que cuenta las cosas más espeluznantes á los castellanos de Valladolid. Los albistas han combatido al catalanismo con anécdotas, y estas anécdotas, de un tendero que fué llamado en Barcelona desdeñosamente *castellá*, sublevan á Royo que las circula, y á los hombres de buena fe que las escuchan adulteradas. Escarbando en la actitud de estos queridos amigos nuestros que han firmado ese manifiesto, se percibe la influencia del ambiente. Fuera de Valladolid, alejados de Valladolid, yo creo que no lo hubieran escrito.

Y no lo hubieran escrito, y hubieran visto que importa mucho no coincidir con ciertos políticos jamás y se hubieran dado cata de que su actitud, en último término, solamente favorece á éstos, á los caciques, ante los cuales se legitimarían hasta las actitudes separatistas. España no peligra por ahora. Castilla, tampoco. Nuestro españolismo, hoy por hoy, estriba en mirar con amor á Cataluña, y en... imitarla. Comenzaremos á tener una conciencia regional cuando nos movamos desembarazadamente con una democracia nuestra, con una libertad nuestra, con

una cultura nuestra. Hasta que no limpiemos esta tierra de la maleza de los caballeros que toman magníficas actitudes y hablan en nombre de todos, yo celebraré las anécdotas, las historietas y las caricaturas que colecciona *El Norte de Castilla*. Pero cuando seamos los castellanos dueños de los destinos de Castilla, sumaré mi indignación á la de Royo, y cuando un catalán me hable de mi servidumbre, yo le hablaré de su *ava provertà*, para no ser menos. Pero, hoy por hoy, Juan Maragall me enciende más el corazón que José Zorrilla, y sus tenderos me indignan menos que mis horteras.

CASTELLANOS Y LEONESES

Un escritor segoviano, muy amante de su terruño y muy conocedor de los problemas de su comarca, don Luis Carretero, tuvo hace algún tiempo la bondad, que le agradezco muy de veras, de favorecerme con una larga y substanciosa carta, poniendo una serie de reparos á mi labor sobre Castilla en las columnas de *El Sol*. Según el señor Carretero, todos nosotros—Díaz Caneja, Pérez Solís, Senador, Gascón, etc.—partimos de una confusión lamentable, agrupando, en una misma denominación geográfica, las tierras de Castilla y de León; sin darnos cata de un confusionismo peligroso, contribuimos, con el mejor de los propósitos, pero con la peor de las conductas, á la asfixia de otras tierras que, cómo Castilla la Vieja, ningún parentesco espiritual tienen con nuestras tierras leonesas. Castilla la Vieja es una cosa, y León otra muy distinta. El problema agrario de Salamanca, de Zamora ó de Palencia es de acceso del trabaja-

dor á la tierra, y el de Soria ó Segovia, de pura técnica agrícola. Mientras en León hay un problema de latifundios, en Castilla lo hay de minifundio y de disgregación ó atomización del suelo. Asimismo, y políticamente, Castilla la Vieja adopta los patrones leoneses, cuando en Castilla la Vieja apenas hay caciquismo, porque sus señoritos «ni para caciques sirven en la mayoría de los casos». Otras muchas observaciones escribe el señor Carretero, aunque las más importantes ya quedan consignadas aquí sucintamente.

El señor Carretero me permitirá que no me entretenga ahora en demostrar hasta qué punto se han fundido y compenetrado todas las once provincias de los dos antiguos reinos de León y de Castilla la Vieja, y de qué modo tan eficaz se han influido unas á otras recíprocamente. A cambio del sacrificio de su nombre, las cinco provincias leonesas—Salamanca, Zamora, León, Valladolid y Palencia—se han impuesto á las seis provincias castellanas, unciéndolas al carro de sus problemas y preocupaciones. Valladolid se ha tragado á Burgos y á Soria; la Rioja ha sido absorbida por Aragón; Avila y Segovia han caído bajo el radio de influencia de la corte, y Salamanca se ha apoderado de Zamora. Se trata, en último término, de un problema de cultura. Los políticos y los publicistas que han hablado de Castilla, son netamente leoneses. Las

dos Universidades radican igualmente en término leonés. Los políticos y escritores—Gamazo, Alba, Muro, Ferrari, Zorrilla, Gabriel y Galán, Unamuno—han nacido ó vivido en las provincias leonesas. Macías Picavea y Julio Senador son oriundos de la tierra de León. Los dos grandes escritores de Castilla la Vieja, Pereda y Menéndez Pelayo, se preocuparon, el primero de su huertuco montañés, y el segundo de problemas de cultura general, que para nada se rozaban con los de su región. Así León, suprimiendo su nombre, ejerció una gran hegemonía y la ejerce todavía en las tierras castellanas viejas.

El señor Carretero protesta de esta confusión; pero la confusión, mejor, la absorción de Castilla la Vieja por el antiguo reino leonés, es un hecho. Con sus inconvenientes, que apunta con gran perspicacia el señor Carretero, pero con sus ventajas también, que el señor Carretero se calla con gran imprudencia. Los inconvenientes saltan á la vista: los escritores leoneses generalizan demasiado, dando á una preocupación zamorana, salmantina ó leonesa los caracteres de una preocupación regional; pero la culpa, más que de ellos, es de los castellanos viejos que callan y no aportan puntos nuevos de vista al estudio de los problemas. Las ventajas de semejante absorción consisten en dar mayor consistencia á las aspiraciones de la meseta, y en afirmar una

continuidad espiritual á lo largo de todo el centro septentrional de la Península. En estos momentos en que sopla sobre España un sentimiento de protesta contra los viejos errores y contra la política pseudo-castellano-leonesa de los últimos cuatro siglos, sería una gran imprudencia táctica de esta separación, que pide con urgencia el encendido regionalismo del avisado señor Carretero.

Y ya he pronunciado la terrible palabra, tan exótica por estos llanos: regionalismo. Nosotros, los leoneses, los castellanos, aun apoyando y comprendiendo las reivindicaciones vivas de Cataluña, no podemos ser regionalistas por la razón íntima de que nuestra lengua castellana es la que hablan más de veinte pueblos, en primer término, y en segundo, porque nuestros viejos reinos no pasaron de federaciones de villas y ciudades, sin adoptar nunca la expresión regional. Castilla y León son un conjunto de comarcas desemejantes. La expresión geográfica de ambos reinos es una cosa puramente convencional. Sueltas y libres esas comarcas, es posible que se entiendan; pero sujetándolas á un patrón común, es posible que se den de cachetes y se vuelvan las espaldas. La resurrección del viejo reino de León, sería hoy la apoteosis de Valladolid; la reivindicación regional de Castilla la Vieja daría armas hoy á los políticos madrileños para extender sus tentáculos sobre la mise-

ria campesina de Soria, de Avila ó de Segovia.

Yo no sé si el señor Carretero acertará á ver, en medio de estas diferencias de apreciación, que nos une, sin embargo, una identidad fundamental en el modo de apreciar la urgencia de aprovechar el momento político para dar un sentido liberal y socialista á las inquietudes del llano. Tenemos tantos problemas como comarcas. Estudiemos cada uno las nuestras, sin confundirnos, sin atropellarnos, cada cual en nuestro huerto: en sus pinares los sorianos, en la técnica agrícola los de Segovia, en las dehesas pastizales los salmantinos, en la improcedencia y oficiosidad de la actual política arancelaria los abulenses. Advirtamos que lo urgente es dar un espíritu á este cuerpo castellano leonés y crear en las gentes una conciencia colectiva uniforme. Con que demos una noción de ciudadanía á los campesinos, con que separemos de los cargos públicos á esos señoritos embrutecidos por el alejamiento sistemático de la letra impresa, con que libertemos al campesino de la tierra, y á la tierra del administrador, todo lo demás nos lo irá dando, generosamente, el nuevo tiempo, por añadidura...

ÍNDICE

| | Págs. |
|------------------|-------|
| DEDICATORIA..... | 7 |
| ADVERTENCIA..... | 9 |

PAISAJES TERESIANOS

| | |
|----------------------------------|----|
| Las campanas..... | 13 |
| Las ruinas de San Leonardo..... | 18 |
| El encanto de la vega..... | 24 |
| El santo de Valdecarros..... | 33 |
| El castillo de los duques..... | 40 |
| La huerta de los frailes..... | 47 |
| El estilo de Teresa..... | 54 |
| Leyendo <i>Las Moradas</i> | 59 |

PAISAJES LEONESES

| | |
|----------------------------|-----|
| Salamanca..... | 67 |
| Zamora..... | 95 |
| León..... | 105 |
| Unamuno, poeta..... | 115 |
| Un poeta campesino..... | 124 |
| Ventura Ruiz Aguilera..... | 132 |

ANDANZAS Y CORRERIAS

| | |
|-----------------|-----|
| Béjar..... | 141 |
| Candelario..... | 147 |
| Plasencia..... | 154 |
| Cáceres..... | 160 |
| Palencia..... | 171 |

COSAS DE CASTILLA

| | |
|--|-----|
| Madrigal de las altas torres..... | 181 |
| La significación histórica castellana..... | 187 |
| Glosas á <i>La ciudad castellana</i> | 193 |
| El Viernes Santo en mi pueblo..... | 198 |
| Galinduste..... | 203 |
| Los paisajes de Fray Luis..... | 208 |
| Las elecciones en Castilla..... | 213 |
| Al margen del <i>Quijote</i> | 215 |
| Glosas á un manifiesto castellano..... | 221 |
| Castellanos y leoneses..... | 226 |

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

- I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana. Precio: 3,50 pesetas.
- II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores. Precio: 3,50 pesetas.
- III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme (Venezuela y Colombia.)*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela). Precio: 4 pesetas.
- IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*
Antiguo Profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya. Precio: 4,50 pesetas.
- V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia). Precio: 3,50 pesetas.
- VI.—M. DE OLIVERA LIMA: *La evolución histórica de la América latina.*—De la Academia brasilera. Precio: 3,50 pesetas.
- VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.*—De la Academia de la Historia, de Venezuela. Precio: 4 pesetas.
- VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana.)*
De la Academia de la Historia, de Venezuela. Precio: 3,50 pesetas.
- IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina. Precio: 3,50 pesetas.

- X.—PEDRO M. ARCAÑA: *Estudios de Sociología venezolana.*
 Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores. Precio: 4 pesetas.
- XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
 Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia. Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.
- XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
 Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana. Precio: 4,50 pesetas.
- XIVf.—JOSÉ NICOLÁS MATIENZO: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina.* - Precio: 5 pesetas.
 Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.
- XV.—EUGENIO MARÍA DE HOSTOS: *Moral Social.*
 Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile. Precio: 4 pesetas.
- XVI-XVII.—J. V. LASTARRIA: *La América.*
 Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Repúblicas del Plata y en Brasil, etc. Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.
- XVIII.—CECILIO ACOSTA: *Estudios de Derecho internacional.*
 Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas. Precio: 3,50 pesetas.
- XIX.—WILLIAM R. SHEPHERD: *La América Latina.*
 Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.) Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona. Precio: 3,50 pesetas.
- XX.—EMILIO RABASA: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
 Ex senador del Congreso Federal de México. Precio: 4,50 pesetas.
- XXI.—ALEJANDRO ALVAREZ: *El derecho internacional del porvenir.*
 Secretario general del Instituto americano de derecho internacional. Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—JOSÉ INGENIEROS: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.*
Profesor en la Universidad de Buenos Aires. Precio: 3,50 pesetas.

XXIII.—CARLOS PEREYRA: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antigu. profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

XXIV.—DANIEL MENDOZA: *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
Abogado venezolano.

XXV.—AGUSTÍN CODAZZI: *I. Las costas de Sur-América.*
Director de la Academia de Matemáticas de Caracas. *II.—Los yacimientos de Yaruary.—III. Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV. Los volcanes.*
Precio: 3,25 pesetas.

XXVI.—JOSÉ GIL FORTOUL: *Filosofía constitucional.*
Profesor de Ciencias políticas. Precio: 4 pesetas.

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

I-II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Bolívar y la emancipación de Sur-América.

Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—MEMORIAS DE O'CONNOR sobre la *Independencia Americana.*—5 pesetas.

IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.—7,50 pesetas.

V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.

Por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.

Para la historia de las armas españolas en el Perú. Dos volúmenes á 7,50 pesetas.

VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.

Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.—4 pesetas.

IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Ultimos años de la vida pública de Bolívar.

Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación*; es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.—Precio: 7,50 p.

X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.

San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI.—MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA.

Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.—4,50 ptas.

XII.—MEMORIAS DEL GENERAL RAFAEL URDANETA.

General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia.—7,50 ptas.

XIII.—MEMORIAS DE LORD COCHRANE.—6 pesetas.

XIV.—MEMORIAS DE URQUINAONA.

Comisionado de la Regencia española al Nuevo Reino de Granada.—7 p.

XV.—MEMORIAS DE WILLIAM BENNET STEVENSON.

Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.—5,50 pesetas.

XVI.—MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ.—8 pesetas.

XVII.—MEMORIAS DE FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.—8 pesetas.

XVIII.—LA CREACIÓN DE BOLIVIA, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX.—LA DICTADURA DE O'HIGGINS, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX.—CUADROS DE LA HISTORIA MILITAR Y CIVIL DE VENEZUELA

(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

- XXI.—HISTORIA CRÍTICA DEL ASESINATO COMETIDO EN LA PERSONA DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, por Antonio José de Irisarri.—7,50 pesetas.
- XXII-XXIII.—VIDA DE DON FRANCISCO DE MIRANDA.
General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela, por Ricardo Becerra. Dos volúmenes á 8 pesetas cada uno.
- XXIV.—BIOGRAFÍA DEL GENERAL JOSÉ FÉLIX RIBAS, PRIMER TENIENTE DE BOLÍVAR EN 1813 Y 1814 (ÉPOCA DE LA GUERRA Á MUERTE), por Juan Vicente González.—5 pesetas.
- XXV.—EL LIBERTADOR BOLÍVAR Y EL DEÁN FUNES. REVISIÓN DE LA HISTORIA ARGENTINA, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.
- XXVI-XXVII.—MEMORIAS DEL GENERAL MILLER. Dos volúmenes á 8,50 pesetas cada uno.
- XXVIII-XXIX-XXX.—VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR, por Felipe Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.—8,50 pesetas tomo.
- XXXI-XXXII.—NOTICIAS SECRETAS DE AMÉRICA (Siglo XVIII), por Jorge Jen y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas tomo.
- XXXIII.—HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO, por Mariano Torrente.—8,50 pesetas.
- XXXIV.—LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS DE 1810 Á 1830. (Páginas de Historia diplomática), por Francisco José Urrutia.—8,50 pesetas.
- XXXV.—FORMACIÓN HISTÓRICA DE LA NACIONALIDAD BRASILEÑA, por M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pezreya.—6,50 pesetas.
- XXXVI-XXXVII.—CARTAS DE SUCRE AL LIBERTADOR, coleccionadas por D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.
- XXXVIII.—VIDA Y MEMORIAS DE AGUSTÍN DE ITURBIDE, por Carlos Navarro y Rodrigo.—8 pesetas.
- XXXIX.—SU CORRESPONDENCIA (1823-1850), por San Martín.—8 ptas
- XL.—LA EMANCIPACIÓN DEL PERÚ. (1821-1830), por Daniel Florencio O'Leary.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

- I.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA: *Sus mejores poesías.*
- II.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *Sangre patricia y Cuentos de color.*
- III.—JOSÉ MARTÍ: *Los Estados Unidos.*
- IV.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Cinco ensayos.*
- V.—F. GARCÍA GODOY: *La literatura americana de nuestros días.*
- VI.—NICOLÁS HEREDIA: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
- VII.—M. GONZÁLEZ PRADA: *Páginas libres.*
- VIII.—TULIO M. CESTERO: *Hombres y piedras.*
- IX.—ANDRÉS BELLO: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
- X.—DOMINGO F. SARMIENTO: *Facundo.* (Civilización y barbarie.)
- XI.—R. BLANCO-FOMBONA: *El hombre de Oro.* (Novela.)
- XII.—RUBÉN DARÍO: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
- XIII.—CARLOS ARTURO TORRES: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
- XIV.—PEDRO-EMILIO COLLI: *El Castillo de Elsinor.*
- XV.—JULIÁN DEL CASAL: *Sus mejores poemas.*
- XVI.—ARMANDO DONOSO: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
- XVII.—ALBERTO GHIRALDO: *Triunfos nuevos.*
- XVIII.—GONZALO ZALDUMBIDE: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
- XIX.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *Vidas oscuras* (Novela.)—4 pesetas.
- XX.—JESÚS CASTELLANOS: *La conjura* (Novela.)
- XXI.—JAVIER DE VIANA: *Guri y otras novelas.*
- XXII.—JEAN PAUL (JUAN PABLO ECHAGÜE): *Teatro argentino.*
- XXIII.—R. BLANCO-FOMBONA: *El hombre de Hierro.* (Novela.)
- XXIV.—LUIS MARÍA JORDÁN: *Los atormentados.* (Novela.)
- XXV.—C. ARTURO TORRES: *Estudios de crítica moderna.*—4 ptas.
- XXVI.—SALVADOR DÍAZ MIRÓN: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
- XXVII.—CARLOS PEREYRA: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas.
- XXVIII.—RAFAEL M. MERCHÁN: *Estudios críticos.*
- XXIX-XXX.—BERNARDO G. BARROS: *La caricatura contemporánea*
- XXXI-XXXII.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Motivos de Proteo.*
- XXXIII.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA: *Cuentos color de humo y Cuentos frágiles.*
- XXXIV.—MIGUEL EDUARDO PARDO: *Todo un pueblo.* (Novela.)
- XXXV.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *De mis romerías y Sensaciones de viaje.*
- XXXVI.—ENRIQUE JOSÉ VARONA: *Violetas y Ortigas.* (Notas críticas sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castellar, Heredia, etc.)

- XXXVII.—F. GARCÍA GODOY: *Americanismo literario*. (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona.)
- XXXVIII.—ALVARO ARMANDO VASSEUR: *El Vino de la Sombra*.—2,75 ps.
- XXXIX.—JUAN MONTALVO: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades)* y *Un vejestorio ridículo ó Los Académicos de Tirteafuera*.
- XL-XLI.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *El mirador de Próspero*.
- XLII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Cancionero del amor infeliz*.—2,50 pesetas
- XLIII.—RAFAEL MARÍA BARALT: *Letras españolas*. (Primera mitad del siglo XIX).—3 pesetas.
- XLIV.—EDUARDO PRADO: *La ilusión yanqui*. (Traducción, prólogo y notas de Carlos Pereyra.)
- XLV.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *El doctor Bebé*. (Novela.)
- XLVI.—MIGUEL ANTONIO CARO: *Páginas de crítica*.
- XLVII.—M. ANTONIO BARRENECHEA: *Ensayo sobre Federico Nietzsche*.
- XLVIII.—CARLOS PEREYRA: *El pensamiento político de Alberdi*.
- XLIX.—CECILIO ACOSTA: *Cartas venezolanas*. (Apreciación de Cecilio Acosta, por José Martí.)
- L.—AURELIO MITJANS: *Historia de la literatura cubana*.—5 pesetas.
- LI.—JESÚS CASTELLANOS: *Los optimistas*.
- LII.—R. JAIMES FREYRE: *Castalia bárbara. Los sueños son vida*.—3 ptas
- LIII.—MANUEL SANGUILY: *Literatura universal. Páginas de crítica*.—4 p.
- LIV.—JAVIER DE VIANA: *Campo. Escenas de la vida de los campos de América*.
- LV.—MARÍA ENRIQUETA: *Jirón de mundo*. (Novela.)
- LVI.—MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ: *Idolos rotos*. (Novela).—4 pesetas.
- LVII.—ALVARO ARMANDO VASSEUR: *Gloria*.—*Aventuras peregrinas*.
- LVIII.—RAFAEL BARRETT: *Moralidades actuales*.—4 pesetas.

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

Tomos publicados últimamente:

- IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.
Precio: 3 pesetas.
- V.—PEDRO DE RÉFIDE: *Los espejos de Olio*.
Precio: 3,50 pesetas.
- VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana*.
Precio: 3,50 pesetas.
- VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire*. (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)
Precio: 4,50 pesetas.
- VIII.—E. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires*.
Precio: 3 pesetas.
- IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas*.
Precio 2,50 pesetas.
- X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron*.
Precio: 3 pesetas.
- XI.—R. CANSINOS-ASSÉNS: *Poetas y prosistas del novecientos*. (España y América.)
Precio: 4 pesetas.
- XII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Pequeña Ópera lírica.—Trovadores y Trovas*.
Precio: 3,50 pesetas.
- XIII.—RAFAEL LASSO DE LA VEGA: *El corazón iluminado y Otros poemas*.
Precio: 3,50 pesetas.
- XIV.—JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS: *Paisajes y cosas de Castilla*.
Precio: 3,50 pesetas.



BANCHEZ ROJAS

PAISAJES
Y COSAS
DE CASTILLA

G - 7556